Juan Carlos Boveri

El dedo de Schumann



Imagen: La violinista — JB
Ediciones Bec

Elena – 1953

El profesor

—La música habla.

Dijo Elena Brozovsky.

El profesor Lorenzo Mantovani se quedó perplejo.

Elena, sentada en el taburete frente al piano, movía uno y otro pie, alternativamente. Tenía cuatro años.

—¿Cómo sabe que habla?

—Porque me habla.

Alejandro – 2014

El descubrimiento

Escuchaba el *Concierto para piano y orquesta Nº 2*, de Chopin. Miró por la ventana.

La lluvia caía débil y monótona. Comenzaba el invierno y las noches eran muy frías.

Recordó que Chopin compuso el larghetto pensando en el gran amor de su juventud, la soprano Konstancia Gladkowska.

En el piso, apoyados contra la pared, vio los cuadros amontonados que había quitado de las paredes hacía años.

Encima del resto estaba una gastada reproducción de *Camille con vestido verde*.

En el cuadro, Monet pintó a su amante y modelo preferida, Camille Doncieux, entonces, de diecinueve años. Con ella se casó, tuvo dos hijos, y quedó viudo.

Por primera vez, relacionó a Konstancia con Camille.

Al hacerlo, hizo un descubrimiento.

Recorrió con la mirada las fotografías que cubrían todas las paredes.

Se detuvo en una de las paredes cubierta por una enorme fotografía: una chica con una gorra en la cabeza tocaba el violín en una plaza.

Elena – 1949

El polaco

Elena Brozosovsky nació en Roma. Era hija de un padre polaco y una madre italiana.

Al llegar a Argentina, a fines de la segunda guerra mundial, acortaron el apellido y fueron la familia Brozovsky.

Boleslaw Brozovsky luchó en la guerra.

Fue capturado por los alemanes y escapó con otros polacos cuando eran transportados en tren al campo de prisioneros de Lamsdorf, en Silesia.

En unos meses, pasó a formar parte del segundo cuerpo, al mando del general Wladyslaw Anders. En Tobruk, combatió junto a los ingleses.

Transportado a Italia, luchó en Monte Cassino y Ancona, donde fue herido.

Recibió un disparo de metralla que le partió la clavícula.

Estando internado, conoció a una enfermera, Alida Monteleone. Se casaron al terminar la guerra y, con algunas medallas y el grado de sargento, Boleslaw abandonó el ejército e intentó regresar a Belchatow, el pueblo de Polonia, donde había nacido. Pero nunca pudo ver otra vez a su familia ni saber qué había pasado con ella.

Otros polacos escapaban del país, ocupado por la Unión Soviética después de expulsar a los alemanes que la invadieron en el 39. Por algunos de ellos, supo que no podría volver.

Los signos

En Italia, Boleslaw y Alida vivieron en una pieza miserable de Roma sin conseguir un trabajo estable.

Se mantuvieron con algunas changas que él conseguía y con el poco dinero que ganaba Alida cuidando enfermos durante las noches y como sirvienta de medio día. Les alcanzaba para el alquiler y comer fideos todos los días. Pero ella perdió sus trabajos al séptimo mes de quedar embarazada.

Después del parto, cansado de recorrer las calles buscando trabajo, decidió viajar a la Argentina y se embarcó con Alida y Elena, su hija de dos meses.

Elena nació el lunes 13 de septiembre de 1949, a las 23.30 horas, bajo el signo de Virgo.

En el siglo 19, exactamente ciento treinta años atrás, un lunes 13 del mismo mes y a la misma hora, nació Clara Wieck, más conocida como Clara Schumann.

Esto, tal vez, fue una coincidencia.

O un aviso que el destino envió para que supieran que había nacido una predestinada.

Elena – 1952

La fe

En Buenos Aires, Boleslaw trabajó como electricista haciendo el mantenimiento en una empresa y Alida poniendo inyecciones y tomando la presión a domicilio.

Tuvieron dos hijos más: Mateo y Gastón.

Durante tres años, desde el fin de la guerra, Boleslaw se despertó en la noche. Se levantó de la cama y se acostó en el piso, tapándose con una frazada.

Pasaba el resto de la noche fumando. En ese tiempo, fumó ciento veinte cigarrillos por día.

Hasta que hizo una promesa a la virgen cuando el pequeño Gastón sufrió un ataque de meningitis de la que sanó.

El día en que el niño estuvo fuera de peligro, Boleslaw estrujó el atado de cigarrillos y lo arrojó a la calle.

Nunca más volvió a tener un cigarrillo en los labios.

Era un fervoroso católico y logró transmitir ese fervor a su esposa y sus dos hijos. No así a Elena.

Ella nunca se negó a ir a misa de los domingos, pero no escuchaba al cura y se entretenía mirando las estatuas de los santos y los adornos.

Movía la boca, pero nunca rezaba.

Tampoco tragaba la hostia.

Se ingeniaba para tirarla sin que la vieran.

El pajarito

Como si lo hubiera heredado de su padre, Elena se despertaba en medio de la noche. Se sentaba en la cama y gritaba llorando. Alida conseguía serenarla. Le decía que le rezara al angelito de la guarda y dejaría de tener malos sueños. Elena no le hacía caso.

—Es una nena demasiado sensible. Lloró toda la tarde por un gorrión que encontró muerto en el patio —dijo Alida.

Al día siguiente, Boleslaw entró con una jaula y un canario.

Un día después, Alida le dijo:

—El canario se fue. Elena le abrió la jaula. No le gustan los pajaritos encerrados.

Cuando soltó al pajarito, tenía tres años.

En uno de esos días, dejó de despertarse y de gritar llorando en las noches.

Algo había llegado a su vida para calmar sus angustias.

Alejandro – 1968

En abril

La primera vez que la vio fue en el mes de abril, en el Boulevard Saint Germain, cerca del Teatro del Odeon, en París.

La chica tenía puestos un jean gastado, una remera blanca fuera del pantalón, una campera corta de cuero negro, una gorra, al estilo de la que usó Anne Wiazemsky en *La Chinoise*, y zapatillas. Le llamó la atención verla con zapatillas.

Las chicas usaban mocasines, zapatos Búster Brown, bailarinas o tacones. Ninguna usaba zapatillas, a no ser para practicar algún deporte o ir de picnic.

Ella era muy delgada, el cabello rubio y corto, los ojos celestes, la piel blanca y fina. Caminaba de una manera que parecía ponerla más allá de cualquier asunto de este mundo.

Él había ganado una beca y hacía un postgrado de literatura en La Sorbona.

Trabajaba en una novela y el aspecto de esa chica era el modelo justo para la protagonista: una estudiante francesa que mantiene una relación amorosa con un estudiante argentino y, al mismo tiempo, es la amante de un profesor, treinta años mayor, que la deja embarazada.

Quiso seguir a la chica, pero la perdió entre la gente.

En mayo

En la noche del viernes 10 de mayo, volvió a verla en el Barrio Latino.

Llevaba la misma gorra.

Las calles estaban cortadas por las barricadas.

Desde enero, en Nanterre, se sucedían las protestas estudiantiles. Sin tener mucha consciencia, los estudiantes universitarios franceses habían dado comienzo al movimiento de protesta más lírico de la historia.

Se oponían a la sociedad de consumo, reclamaban el fin de las guerras y de las injusticias.

Decían: «Pidamos lo imposible para que sea posible».

Esa noche del 10 de junio, miles de estudiantes construyeron barricadas usando postes, árboles y adoquines que quitaron de las calles.

Cuando la policía avanzó, la enfrentaron.

Desde los balcones, tomando partido a favor de los estudiantes, hombres en pijamas y mujeres en camisón tiraron macetas, ollas, veladores y sillas sobre los policías.

En el momento en que una aplanadora destruía las barricadas, la policía avanzaba y cientos de estudiantes caían heridos, fue cuando la vio.

Estaba parada sobre una barricada, agitaba un enorme trapo, como si fuera una bandera, y gritaba:

—¡No retrocedan, compañeros! ¡Tenemos la razón! ¡La razón no retrocede!

Le pareció estar viendo a Gavroche en la insurrección de junio de 1832.

Elena – 1952

Los pianos

Alida estaba embarazada de Mateo y Elena era una nena de tres años cuando fueron juntas a poner una inyección a domicilio y tomar la presión.

Elena la acompañaba siempre, excepto en las noches en las que se podía quedar con Boleslaw a escuchar la radio.

Llevaba una revista o un libro de cuentos con ilustraciones y se quedaba sentada esperando sin decir una palabra.

La invitaban con galletitas o caramelos y decían que era una niña muy juiciosa y educada.

Al entrar en la casa de Francisca Milone se enteraron de que era profesora de piano.

Había un piano en el living, donde daba las clases; y otros dos, que los alumnos usaban para ensayar: un viejo piano en un cuarto pequeño y otro, en el comedor.

Los sonidos

Elena se quedó sola en el living, sentada junto al piano.

Escuchó el piano del comedor.

El alumno practicaba el tercer ejercicio del *Pianista virtuoso*, de Hanon. Terminaba y volvía a empezar.

Elena dejó de leer y prestó atención.

De pronto, como si fuera impulsada por algo que estaba más allá de ella y, a la vez, estuviera dentro de ella y hubiera estado esperando el momento para comenzar a existir, se puso de pie y dio unos pasos hasta el piano.

Con la mirada recorrió el teclado.

Las teclas

Con un solo dedo tocó una de las teclas, un *fa*.

Su dedo se movió ligero sobre el *mi*.

Repitió el movimiento *fa-mi*.

Su dedo apretó la tecla siguiente, *re*.

Su dedo volvió rápidamente al *fa*.

Tocó las tres notas en forma sucesiva: *fa-mi-re*.

Como si un rayo de sol llegara pleno hasta ella, su cara se iluminó con una sonrisa.

El sonido de las notas parecía entrar en su cuerpo y recorrerlo de punta a punta llenándolo de alegría.

Sus ojos brillaban como si hubiera abierto el paquete de un regalo de navidad.

Su dedo llegó al *do*. *Fa-mi-re-do*.

Otro dedo se movió. El anular.

El dedo anular hizo presión sobre el *sol*.

Sol-fa-mi-re-do.

Eran tres dedos ahora. Anular, medio, índice.

Sus dedos. Las teclas.

Su dedo pulgar tocó con firmeza el *do* central; lo tocó tres, cuatro veces, como si hubiera hecho un descubrimiento y quisiera conocerlo por completo.

Era como si cada sonido le contara parte de una historia que solo ella escuchaba.

Do-re-mi-fa-sol. El dedo meñique hizo sonar el *sol*. El pulgar fue en busca del *la* y el índice del *sí*.

Do-re-mi-fa-sol-la-si.

La escala. La repitió una octava más abajo, luego, una octava más arriba.

Sus cinco dedos fueron de un extremo al otro del teclado.

Su mano se fundía con las cincuenta y dos teclas blancas; después, con las treinta y seis teclas negras, como si entre ella y las teclas hubiera un pacto que existía desde antes que naciera y, de manera inexorable, comenzaba a cumplirse.

Las teclas y su mano producían sonidos y los sonidos de la música formaban un camino que conducía a los más lejanos confines del mundo.

¿Adónde podían ir los sonidos de la música sino hasta el mismo infinito?

La alegría

Se detuvo.

Entrecerró los ojos.

Abrió la boca, como si no pudiera contener la alegría que la llenaba y le resultara imprescindible saliera en una risita.

Era como si hubiese descubierto el secreto que une el silencio y el sonido.

Una ligera presión sobre una tecla y el silencio cedía su lugar a la música, para que los sonidos de la música flotaran en el aire transformando el sentido de la existencia.

Elena, tan pequeña que, de pie, junto al piano, su altura apenas superaba la del teclado, cargaba su alma de música para transportarla hasta millones de almas que la escucharían años después.

Eso había decidido el destino para ella.

Faltaban unos segundos para que comenzaran a enterarse de que era una predestinada.

Los ejercicios

En ese instante, en el que se detuvo y entrecerró los ojos, pareció estar recordando alguna cosa.

En ese instante, su destino comenzó a cumplirse.

Con absoluta seguridad, su mano derecha comenzó a tocar: *la-do-fa-mi – re-do-re-mi / si-re-sol-fa – mi-re-mi-fa / do-mi-la-sol – fa-mi-fa-sol / si-re-si-la – sol-fa-sol-la.*

A sus espaldas, Francisca Milone tomaba del brazo a Alida, impidiendo que interrumpiera a la niña.

Elena, con la mano derecha, tocaba los cuatro primeros compases del tercer ejercicio *del Pianista virtuoso*, de Hanon.

Elena – 1953

Los zapatos

Durante unos meses, la profesora Milone tuvo a su cargo a Elena, pero llegó el día en que supo que ya no podía enseñarle nada más. Era el turno de alguien que la llevara mucho más allá de lo que ella podía.

Pidió cita a uno de los mejores profesores de música, el pianista y compositor italiano, radicado en el país desde fines de la primera guerra mundial, Luca Mantovani.

Debieron esperar más de un mes para encontrarse con él.

—Toque, señorita —le dijo el profesor Mantovani.

Elena se apartó de su madre y de la profesora Milone.

Alida trató de acomodarle el vestido, pero no tuvo tiempo.

Ella se sentó en el taburete, levantó un pie, luego, el otro, desabrochó los botones de sus zapatos, tipo merceditas, y se los sacó pateando en el aire hasta que zafaron de sus pies.

—¡Elena! —con la cara enrojecida por la vergüenza, Alida se agachó a recoger los zapatos.

—Me aprietan —dijo Elena.

El profesor Mantovani soltó una carcajada.

—¡La mejor presentación que vi en mi vida!

Le acarició la cabeza.

—¿Cuántos años tiene usted, señorita? Me dijeron que acaba de cumplir cuatro. Vea, su mano es demasiado pequeña todavía y no llega más allá de la mitad de una octava. Dígame, ¿está segura de que tiene ganas de tocar el piano? ¿O prefiere ir a jugar con sus amiguitas?

—Profesor... —alcanzó a decir la profesora Milone.

El profesor Mantovani movió la mano haciendo un ademán para que se callara.

Le dijo a Elena:

—Tengo unos caramelos Bonafide que le van a gustar. Voy a darle un puñado y usted, amiguita, va a seguir siendo la niña que tiene que ser. Dentro de unos años, voy a estar encantado de escucharla tocar el piano, si todavía quiere hacerlo.

Soltó con fuerza el aire por la nariz, respiró hondo, miró con mucho de reproche a la profesora Milone y a Alida que, con la cabeza gacha y en silencio, sostenía los zapatos en las manos.

—Señoras, ¿no les parece mejor si dejan que esta nena siga siendo una nena?

El adagio

Elena movía los pies hacia adelante y atrás. El profesor Mantovani le daba la espalda hablando con las mujeres.

Ella se acomodó el pelo.

Estaba ajena a todo lo que no fuera el piano.

Sus manos recorrieron el teclado sin hacer sonar las notas, haciéndole una larga y delicada caricia, como si se tratara de un amigo. Su cara se llenó con una enorme sonrisa.

Nunca antes había tocado en un piano de cola y ni siquiera sabía que existían.

En ese piano, estaba a punto de atravesar el límite que separa lo posible de lo que parece imposible.

Francisca Milone sabía que el profesor Mantovani era muy exigente y no tomaría como alumna a una niña tan pequeña en la que no viera grandes condiciones. Se encargó de preparar con gran cuidado el repertorio. La hizo tocar, una y otra vez, *Claro de luna* y le pidió que interpretara esa pieza.

Repentinamente, Elena comenzó a tocar las primeras notas de *Claro de luna,* pero se detuvo, como si la hubiera aburrido y una fuerza desconocida la empujara a tocar lo que tuviera ganas y sus manos fueran llevadas sobre el teclado para cumplir, de una vez por todas, con la unión mágica que, para el resto de su vida, la uniría a la música.

El profesor Mantovani giró el cuerpo al oír el piano.

La profesora Milone, en forma instintiva, se cubrió la boca con una mano. Como si ahogara su sorpresa.

Elena tocaba el *Adagio* del *Concierto Nº 23*, de Mozart.

Y comenzaba a cumplirse lo que el destino decidió que fuera su vida.

La sorpresa

La música cesó a los siete minutos y doce segundos.

La ejecución fue perfecta.

Por unos instantes, que parecieron muy largos, Luca Mantovani se quedó en completo silencio.

Con la voz cargada de emoción, la profesora Milone dijo:

—La nena no ensayó el *Adagio*, profesor. Escuchó una sola vez el concierto completo de un disco en mi conservatorio. Le juro por mi hijo que la nena nunca leyó la partitura. Le aseguro que es la primera vez que toca Mozart. ¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! Esto que hizo...

—Sí, sí... —murmuró él.

La elegida

Se acercó a Elena, poniéndole una mano en el hombro.

Ella movía los dos pies juntos, subiéndolos y bajándolos. Lo miró de reojo.

Hasta diez minutos antes, Luca Mantovani la había visto como una niña muy bonita, rubia, de ojos celestes.

Su madre la vistió con un vestido blanco, medias blancas y los zapatos blancos (comprados especialmente para la ocasión) que le hicieron doler los pies.

Era tan natural, tan espontánea, que la creyó otra de esas niñas que las madres fuerzan para que sean lo que no pueden ser: actrices, cantantes, bailarinas.

En un momento, se sintió muy molesto con la madre y consideró una estúpida a la profesora que la alentaba sin sentido sobre las posibilidades de la hija.

Le daba la espalda a la niña cuando comenzó a tocar *Claro de luna.* Se dio vuelta en el momento justo en que ella se detuvo en el segundo compás.

La vio hacer un gesto de fastidio, expresando su desacuerdo con lo que le pidieron que interpretara y, de manera sorpresiva, comenzar a tocar el *Adagio*.

Cuando Elena terminó la interpretación, él demoró en reaccionar. El asombro lo paralizaba.

Una niña de cuatro años, con una formación rudimentaria, sin haber ensayado y sin leer la partitura, había tocado como si fuera una eximia y experimentada pianista.

La conversación

Ella movía los dos pies juntos y hacía girar el taburete a izquierda y derecha.

No se detuvo cuando el maestro le puso la mano en el hombro. Estaba entretenida en su juego.

Luca Mantovani entendió que la niña no era capaz de valorar lo que había hecho en el piano. No podía darle importancia porque era parte de ella, había nacido con ella, le resultaba tan normal como comer o tener sueño.

—Señorita, ¿usted puede contarme cómo aprendió el *Adagio del Concierto Nº 23*, de Mozart?

Elena se encorvó de hombros.

—Lo escuché.

—¿Lo escuchó y así lo aprendió? ¿Si se lo pidiera, podría tocar el concierto completo?

—Sí, profesor.

—¿Y por qué tocó el *Adagio* y no los *Allegro*?

—Porque me gusta más.

—¿Qué le gusta del *Adagio*?

—Lo que dice.

—¿Y cómo sabe lo que dice?

Fue entonces cuando Elena dijo:

—La música habla.

—¿Y cómo sabe que habla?

—Porque me habla.

El profesor Mantovani se quedó mirándola sin poder decir una palabra.

Tuvo la certeza de que esa nena sin zapatos era una genia de la música.

Alejandro – 1968

La gorra

Después de esa noche, en las barricadas de mayo, no volvió a verla.

La buscó todos los días caminando por el Boulevard Saint-Germain desde el muelle Saint-Bernard hasta el muelle de Orsay. Recorrió inútilmente los bares de Montmartre y Saint-Germain-des-Prés tratando de encontrar a una chica francesa que había visto de lejos dos veces.

A fines de julio, abandonó la búsqueda.

Se convenció de que era una locura tratar de encontrarla en París. Sin embargo, la encontró en el final del verano, en la plaza Saint Michel.

Se había sentado en el piso, con la espalda apoyada contra el pedestal de uno de los dragones que lanzan agua.

Tenía puesta la misma gorra; una camisa roja de mangas largas, sin abotonar en los puños, que caía sobre su pollera negra, lo bastante corta como para dejar ver sus piernas muy delgadas.

Estaba en soquetes porque se había quitado las zapatillas, que puso a un costado.

Sin duda que tenía estilo y no imitaba a nadie.

Leía *Los Mandarines*, de Simone de Beauvoir.

Siempre había sido tímido y lo que para otros resultaba sencillo de hacer, a él le significaba luchar contra dragones como los de la fuente.

Los papeles

Se sentó cerca del otro dragón. Nunca dejaba de llevar un libro y lo leía en cualquier sitio.

Simuló leer. Pasó más de media hora pensando qué podría decir para abordarla.

Una mujer se aproximó a ella. Le hizo una pregunta. No pudo escuchar bien desde donde él estaba.

La mujer se llevó las dos manos a la cara, como si estuviera muy sorprendida. Le habló sonriendo y gesticulando en exceso. Ella le respondió con amabilidad. Comenzó a ponerse las zapatillas. Anudó los cordones, se puso de pie y le dio la mano a la mujer. Intentó dar unos pasos, pero la mujer la detuvo sosteniéndola levemente de un brazo.

La mujer metió la mano en su cartera, sacó un papel. Nerviosa, revolvió en la cartera. Finalmente, encontró una lapicera. Se la dio. La chica escribió algo en el papel.

La mujer la besó en ambas mejillas, la abrazó y la palmeó en ambos hombros, sin dejar de hablarle.

No pudo entender la escena.

La mujer parecía conocerla, pero ella no conocer a la mujer.

Tal vez era una de esas amigas de alguno de la familia, con el que hace años no se ve, pidiendo un teléfono o una dirección para provocar un reencuentro.

Ella acabó por separarse de la mujer. Nunca había dejado de sonreír. La mujer se quedó mirando el papel.

Las presentaciones

Sabía que no podía dejarla ir otra vez. Ella estaba a punto de cruzar la calle. Corrió hasta ponerse a su lado. Hizo un esfuerzo para vencer la timidez y dijo:

—Pardon, mademosille. Bonsoir...

—Salut.

Ella lo miró a los ojos, sonrió.

Él no supo qué más decir.

Ella meneó la cabeza.

—Je comprends —levantó la mano y lo saludó abriéndola y cerrándola. Dijo: —¡À plus!

—S'il vous plait…

Se sintió un idiota. Había pensado en ella durante meses, la había buscado y, ahora, la tenía frente a él y no podía decir una frase que tuviera sentido.

Ella comenzó a cruzar la calle.

—Qué cagada —dijo él, en voz baja.

Ella lo escuchó. Se detuvo, giró.

—¡Eh, che! ¿Sos argentino o uruguayo?

Por unos segundos quedó aturdido.

Ella le había hablado en un perfecto castellano.

—Argentino —pudo decir.

—Mirá vos lo que son las cosas. Yo también. Nací en Roma, pero de chiquita fui con mis viejos a Buenos Aires. Ahora tengo algo así como doble nacionalidad, ponele. Hablás muy bien el francés, pero medio formal, ¿no te parece?

—Sí —dijo él.

Sus mejillas se habían enrojecido.

Los turistas

—Me llamo Elena, ¿y vos?

—Alejandro... Te vi antes.

—Sí, puede ser —le contestó con desgano.

—En las barricadas. Gritabas que no retrocediéramos.

Ella soltó una carcajada.

Su risa era contagiosa y él también se rió.

—Hola, camarada Ale, mucho gusto —dijo.

Le extendió la mano.

Él la tomó y sintió vergüenza. Su mano estaba transpirada.

Ella pareció leer su mente.

—No te preocupés. A mí me transpiran cuando estoy a punto de salir al... Como cuando se rinde un examen o algo así. No es lo peor —sonrió y, como si lo estuviera haciendo cómplice de un secreto, agregó: —Me dan ganas de hacer caca.

Ella volvió a reírse y él a contagiarse de su risa y de la gracia con la que había dicho «caca».

Nunca había hablado con alguien así.

Se sentía intimidado.

Ella transmitía algo que la hacía parecer distinta a todos.

—Bien, Ale, ya nos conocimos. Ahora, te dejo. Nos encontramos en la próxima barricada.

Una pareja de turistas había pasado un rato mirando desde lejos, al fin, se acercó.

Le hablaron en italiano.

Elena le contestó en el mismo idioma.

El hombre juntó las manos y las alzó al cielo, como agradeciendo. La mujer le dio la mano de manera efusiva, le soltó la mano, la abrazó y la besó.

Le pidieron a Alejandro que les sacara una foto.

Ubicaron a Elena en el medio de ambos; los italianos sonrieron con las caras llenas de satisfacción.

Alejandro sacó la foto.

Ella parecía incómoda.

Dijo que tenía cuatro horas de retraso.

Pidió que no lo tomaran a mal, pero tenía que irse.

Se despidió de los italianos y, a él, lo saludó moviendo la mano en alto.

—¡Chau, Ale!... ¡L´imagination au poivoir!

Cruzó la calle casi corriendo.

Al llegar a la vereda de enfrente, empezó a caminar tranqui mientras se acomodaba la gorra.

Los italianos le gritaron: «¡Bravo, ragazza!», «¡Dio vi illumini sempre!», «¡Meravigliosa!».

Alejandro quedó completamente confundido.

¿Quién era ella?

Le preguntó a los italianos.

—¿Ma come? ¿Parla a lei e non sa chi è? ¡Bestia! ¡Animale! ¡Ignorante! ¡Lei è la Grande Elena Brozovsky!

Elena – 1959

La añoranza

A los nueve años, Elena ya era considerada una pianista excepcional. Se había presentado en las principales salas de Estados Unidos y Europa recibiendo solo críticas elogiosas.

Al llegar a Italia, la recibieron como la compatriota que era un orgullo para la nación.

Después del último concierto, Alida quiso que viajaran de Roma a Ancona, donde nació, fue a la escuela, conoció a Boleslaw y se enamoró de él.

Ahí vivían su madre y sus hermanas mayores.

Se había reencontrado con ellas cuando fueron a ver a Elena en La Fenice, de Venecia y estaba ansiosa por pasar unos días en la vieja casa.

La familia

Lionetta, su hermana mayor, se casó con un panadero y se mudó a Tarento.

Tuvo cuatro hijos varones y una mujer. Los dos menores no eran hijos del panadero, sino del farmacéutico.

La hermana que la seguía, Fabrizia, se casó con un desertor del ejército.

El desertor se escapó del ejército y de Italia.

El padre, Guido Monteleone, murió en un accidente de caza. Se escapó un tiro de escopeta y le perforó el estómago.

Claudia Gatusso, su madre, se arregló como pudo y Alida tuvo que trabajar desde muy joven.

Aprendió enfermería y le sirvió durante la guerra para ayudar a los heridos.

El lancia

El 7 de marzo de 1959 viajaban en un Lancia Aurelia cupé modelo 1952.

Alida iba muy animada conversando con Gina Bianco, una cincuentona que las acompañó en la gira por Italia, designada por Sergio Fiori, el representante.

Elena se había sacado los zapatos y un enorme globo de chicle salía de su boca.

Cerca de la entrada a Loreto, un ciclista que entrenaba para el Giro de Italia cayó sobre el pavimento mojado por la lluvia caída en la mañana.

El Lancia, para evitar atropellarlo, frenó, hizo un trompo y volcó dando tumbos.

El chofer y Gina sufrieron las lesiones más severas: se rompieron huesos de los brazos y las costillas.

Alida tuvo magullones en todo el cuerpo y una fractura en el maxilar. El resto de su vida usaría dentadura postiza.

Elena no tuvo heridas de importancia.

Fue casi milagroso que apenas se quebrara el dedo anular de la mano derecha.

Para cualquiera habría sido tener muy buena suerte.

Que le pasara a ella era una tragedia.

El especialista

—No se puede hacer nada más, señora. No hay tratamiento para esto —dijo el famoso traumatólogo Carlo Della Porta—. La niña no tendrá ningún problema con sus dedos. Aunque el anular jamás recuperará la movilidad que tuvo.

—El piano es su pasión, ¿podrá tocar?

—Claro, señora. Pero nunca más será la de antes. No volverá a dar un concierto. Jamás tendrá la misma digitación. El dedo sufrió una lesión insignificante para usted o para mí. En una pianista del nivel de su hija resulta gravísima.

—¿Nunca volverá a un escenario?

—Lo lamento, señora. Fuimos con mi esposa a verla cuando tocó en Milán. Fantástica. Tan pequeña y tocar la *Sonata Nº 2* y

la *Kreisleriana opus 16,* de Schumann. Un gran talento, una genia de la música. Lo que le sucedió ha sido una desgracia para ella y para todos los que amamos la música.

El traumatólogo se quedó callado mirando sus enormes manos sobre el escritorio.

—Pobrecita. Dios le dio el don y Dios se lo quitó —dijo Alida y soltó un llanto lleno de amargura.

La varilla

A principios de abril, aún, permanecían en Italia.

Alida se había recuperado casi por completo.

Estar con su familia fue un alivio para su desconsuelo.

Elena, en cambio, daba la impresión de no darse cuenta de lo que le había sucedido.

No hablaba una palabra del accidente, siempre se la veía contenta, aunque no había vuelto a acercarse a un piano.

Desde el 11 de marzo, cuatro días después del accidente, hasta un mes después, Elena anduvo la mayor parte del tiempo con una varilla de más de medio metro sosteniéndola con tres dedos de su mano lastimada.

La soltaba a la hora de la comida y al quedarse dormida en las noches.

—Mañana viajamos a Florencia —dijo Elena.

—¿Para qué? —preguntó Alida.

—Nos espera Vittorio Prosperi. Gina arregló el encuentro.

—¿Y quién es?

—Un señor que tengo que ver.

—¿Para qué?

Elena no le contestó.

La villa

A la mañana siguiente, a pesar de que Alida tenía miedo y quería ir en tren, viajaron en auto desde Ancona a Florencia.

Llegaron a una villa de tres plantas en la zona de Arcetri.

La villa era una construcción del cinquecento, rodeada por un enorme jardín atravesado por senderos arbolados.

Una mucama las recibió y pasaron a una gran sala amueblada con un gusto refinado.

El maestro Prosperi apareció dándoles la bienvenida antes de que tuvieran tiempo de acomodarse en los sillones y Alida pudiera dejar la cartera.

Prosperi saludó de manera efusiva a Elena y se sentó frente a ellas.

En ningún momento dejó de hablar, excepto un instante en que miró el dedo anular de Elena, todavía con yeso y sujetado al meñique para evitar que se moviera. Su cara se ensombreció.

El músico

Vittorio Prosperi había nacido en 1911 y era uno de los mejores maestros de música de Italia.

A los cuarenta y siete años, le quedaba poco pelo y lo teñía de negro.

De estatura mediana, mantenía en forma su cuerpo y se preocupaba por no engordar.

Después de estudiar en Viena, se convirtió en compositor, pianista y violinista.

Cuando Italia entró en la guerra, se opuso a Mussolini. Esto lo apartó en forma definitiva de su padre, Giuseppe Prosperi, fascista y amigo personal del conde Ciano, yerno del Duce.

Para escapar de las persecuciones, se refugió en Suiza hasta la derrota del Eje.

En los años que permaneció en Suiza dio clases en la Academia de Música de Ginebra, en la que fue profesor Franz Liszt.

Al caer Mussolini y terminar la guerra, Vittorio regresó a Italia, se instaló en Florencia, dio algunos conciertos y se dedicó de lleno a la enseñanza privada.

Poco después, su padre murió en Padua. Vittorio se convirtió en el único heredero de la enorme fortuna que su abuelo Camilo Prosperi inició a fines de 1860, multiplicándola durante la primera guerra mundial vendiendo uniformes al ejército.

Giuseppe dilapidó una parte de la herencia con sus amantes y en las mesas de juego, pero dejó lo suficiente como para que Vittorio pudiera gastar en lo que se le diera la gana.

En 1921, Clara, su única hermana, murió de meningitis, a los siete años. Muchas noches, soñaba con Clara y con su madre, Marga Tuzzi de Prosperi, veinte años menor a su marido.

Marga pasó los diez últimos años de su vida internada en un hospital psiquiátrico. Padecía de esquizofrenia y tuvo varios intentos de suicidio.

Ella era el mayor apoyo en la vida de Vittorio y su muerte lo hizo caer en una profunda depresión por la que inició un tratamiento psicoanalítico con Cesare Musatti, pero desilusionado de la terapia, la abandonó pronto.

El bailarín

En 1957, Vittorio conoció en París a Jean-Luc Béraud, seis años menor a él, y en su compañía logró recuperarse.

Jean-Luc era bien parecido y de cuerpo atlético. Hijo de un comerciante en pieles de Aix-En-Provence, tuvo una vida acomodada hasta que su padre, al descubrir su homosexualidad, lo echó de la casa.

No volvió a ver a su padre y, tampoco, a Henri, su hermano mayor, que sentía vergüenza de él.

Henri lo trató de maricón y lo escupió en la cara.

Françoise, su madre, pareció que siempre lo había sabido y tomó la inclinación de su hijo con bastante naturalidad o, por lo menos, lo aparentó. Ella lo visitó algunas veces a escondidas de su marido hasta que comenzó a padecer una enfermedad pulmonar que le impidió seguir visitándolo.

Françoise murió antes de cumplir cincuenta.

Desde los dieciocho años, Jean-Luc se radicó en París y vivió de su trabajo como bailarín en un ballet de segunda línea.

Con el tiempo, se convirtió en un prestigioso coreógrafo que ganó fama a partir de su audaz coreografía de *Coppélia*.

Como le ocurrió a Vittorio, se quedó sin familia. En los veranos se alojaba en villa Prosperi y en el invierno hospedaba a Vittorio en su departamento de Saint-Germain, en París.

El día que conoció a Elena, Vittorio jamás hubiera podido sospechar que su vida iba a cambiar para siempre y que ella sería la que iba a llenar el inmenso vacío que habían dejado las ausencias de su madre y su pequeña hermana.

El chicle

Vittorio invitó con unas tazas de chocolate suizo.

Se había encargado personalmente de que la mesa estuviera decorada con flores frescas y le pidió a su cocinera que se es-

merara preparando una torta y galletitas caseras para agasajar a la niña.

Estaba consciente de que su pequeña visitante era (o había sido) una estrella de la música y merecía ser tratada como tal.

Él y Alida hablaron de la guerra; de Juan XXIII; de Gina Lollobrigida en *Pan, amor y fantasía*; de Rossana Podestà, en *Helena de Troya* y de Silvana Mangano en *Arroz amargo.*

Elena tomó dos tazas de chocolate, comió un poco de cada cosa y, como si ya no tuviera nada más que hacer en la mesa, sin haber dicho una palabra en la conversación, se levantó, atravesó el salón y fue a la sala contigua.

Había un piano de cola, una vitrina con instrumentos, sillones estilo Luis XV y enormes ventanales que daban al jardín.

Mientras caminaba, le quitó el papel a un chicle globo, lo puso en su boca, hizo una pelotita con el papel y, con disimulo, lo metió en un jarrón que parecía muy valioso, como todos los objetos que había en la casa.

Vittorio y Alida la siguieron.

Elena, de pie, mirando la vitrina con instrumentos, dijo:

—Enséñeme a tocar el violín.

Las clavijas

El maestro Prosperi se sorprendió.

Dijo:

—Bambina, tu talento para el piano es fuera de lo común, pero las cuerdas son otra cosa. Lleva mucho tiempo aprender a tocar el violín, es el instrumento más difícil de dominar.

—Enséñeme —insistió ella.

Vittorio meneó la cabeza y enarcó las cejas.

Por cortesía, buscó un violín.

De espaldas a Elena, movió las clavijas desafinándolo.

Creía que la entrevista la había pedido la madre y quería demostrarles a ambas las dificultades del aprendizaje.

Cuanto antes lo comprendieran mejor sería para la niña.

¿Qué sentido tenía crear falsas expectativas?

Aunque tuviera condiciones, precisaría de seis o siete años para ser una violinista aceptable.

Pasados otros largos años de estudio, se podría saber si daría conciertos como profesional o sería una de esas chicas que tocan el violín en alguna reunión casera.

Era una nena de nueve años. No se le podía pedir que comprendiera lo que le había sucedido.

Había sido una pequeña genial como pianista y debía entender que lo que consiguió en el piano jamás se repetiría en otro instrumento.

Seguramente, podría quedar ligada a la música, pero de su gloria solo le quedaría el recuerdo.

Prosperi no dejaba de mirarla con bastante de compasión.

Los dedos

—Con dos dedos menos te será muy difícil sostener el arco. La posición de los dedos en el arco es de gran importancia, es necesario que sientas las vibraciones. Cuando tu dedo se cure, no tendré inconveniente en enseñarte. Te conviene esperar para comenzar a tomar clases.

Dijo Prosperi, que no pudo evitar que su voz sonara con mucho de desesperanza.

Elena sujetó el violín con la mano izquierda, lo acomodó bajo el mentón.

Con su mano derecha tomó el arco, tratando de sostenerlo con fuerza.

Al verla con el arco, Alida entendió lo que ella había estado haciendo el último mes con la varilla de la que no se separaba sino dormida: aprendía el modo de usar el arco con sus dos dedos inmovilizados.

En ese momento, se dio cuenta de que su hija siempre supo que su carrera de pianista había terminado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Toda la vida había estado orgullosa de Elena, pero al tomar consciencia del temple y la voluntad de la niña no tuvo dudas de que su hija era una niña admirable y sería una mujer admirable, sin importar lo que el destino hubiera decidido, de bueno o malo, para ella.

Los cordones

—Présteme los cordones de sus zapatos —dijo Elena.

Vittorio la miró sorprendido.

Elena insistió. No podía entender para qué los quería.

La seguridad con la que se los pidió le impidió negarse.

Sin saber para qué lo estaba haciendo, se quitó los cordones y se los dio.

—Áteme.

—¿Qué dices que haga?

—Áteme el arco a la mano.

Vittorio titubeó.

Al fin, se decidió a complacerla.

Con el arco atado a su mano, Elena hizo vibrar, una a una, las cuerdas con su mano izquierda. Luego, pasó el arco varias veces sobre ellas.

Vittorio se quedó en silencio.

Ver a la niña con el arco atado a su mano para poder sostenerlo, en un tremendo esfuerzo para lograr algo que era imposible, lo conmovió llevándolo el borde del llanto.

La partitura

Vittorio fue hacia el piano para dar el *la*.

Ella tendría que encontrar la nota en el violín para afinarlo.

No llegó al piano. Elena dijo:

—Maestro, ¿se afina de agudo a grave? ¿En intervalos de quinta?

—¿Cómo sabes eso?

—En el Colón, vi al concertino afinando las cuerdas.

—¿Él te enseñó?

—No, maestro —intervino Alida—. Es la primera vez que Elena tiene un violín en sus manos. Tenía seis años cuando tocó en el Colón.

—¿Aprendiste a afinarlo mirando? —dijo Vittorio.

Elena no le contestó, se encorvó de hombros.

Inesperadamente, de su boca salió un globo de chicle.

Mientras inflaba el globo, afinó las cuatro cuerdas del violín en menos de dos minutos.

—No puede ser, bambina. Ni siquiera te di el *la* en el piano. El violín se afina comenzando por el *la*, pero se necesita un diapasón o el piano que dé la nota. ¿Cómo has hecho?

Elena se quedó callada.

Volvió a encorvarse de hombros.

Ya se había deshecho el globo y masticaba el chicle.

—¿Es que el *la* suena en tu cabeza? ¿Recuerdas una a una los sonidos de las notas?

—Sí, maestro.

Le respondió y, con la lengua, pegó el chicle en una muela.

El minueto

Vittorio la había visto tocar y sabía que era una artista distinta a todos los que había conocido.

La veía frente a él: tan bella, tan blanca la cara y sonrosadas las mejillas; con el cabello de un rubio luminoso; los ojos celestes como los cielos claros de la primavera; llena de tanto talento y, a la vez, la veía comportarse como una niña común que masticaba un chicle y hacía enormes globos.

En el momento en que la miraba, sintió la necesidad de protegerla y hacer todo lo que estuviera a su alcance para impedir que esa niña sufriera, como si ella le hubiera hecho recordar lo perdido y tan amado.

Le acercó el atril. Buscó una partitura.

—Es un minueto para violín y piano en sol mayor, de Bach. Toca tu parte.

Vittorio se sentó en el taburete junto al piano.

Esperó que la niña tratara de tocar y, con la primera desafinación, comenzara a comprender que no bastaba su oído absoluto.

¿Cómo podría tocar teniendo el arco atado en una mano?

Elena movió el arco.

Acomodó los dedos de la mano izquierda.

Buscó la posición correcta del pulgar de su mano derecha.

Se quedó quieta mirando la partitura.

Frunció el ceño.

Parecía no respirar, por completo concentrada en entender algo que estaba más allá de lo escrito.

De pronto, como si ya la hubiera aprendido, apartando la vista de la partitura, comenzó a tocar.

La promesa

Terminó la pieza sin equivocarse en una sola nota ni en el tiempo, con una perfecta afinación.

—No es una pieza muy complicada, ¿no, maestro? —dijo.

Vittorio la miraba con la misma expresión que hubiera tenido de haber presenciado la milagrosa aparición de la virgen.

Se puso de pie. Abrió los brazos y los cerró juntando las manos con toda su energía.

—¡Bambina, no puedo creerlo! Nadie puede tocar esa pieza sin haber estudiado violín uno o dos años. Tú tienes por primera vez un violín en tus manos. Leíste la partitura y la tocaste sin volver a mirarla. ¡Es imposible!

Vittorio cubrió su cara con las dos manos.

Ya no pudo contener la emoción y lloró inclinando la cabeza.

Alida no supo qué hacer.

Elena dijo:

—Maestro, se le va a correr el maquillaje.

Vittorio no pudo evitar reírse.

—Eres adorable, Elena. Tienes el más grande talento que vi en mi vida. Serás la mejor violinista del mundo. Jura que no te detendrás hasta conseguirlo.

Elena movió el arco como si fuera una batuta.

—Mi papá dice que no se debe jurar. Es como si fuera pecado. Mi papá va los domingos a misa. Pero yo se lo juro porque no creo en Dios.

Vittorio se secó las lágrimas. Se incorporó, fue hasta ella, la tomó de los hombros, y le dijo:

—Dios existe. Solamente Él pudo darte este don.

Elena comenzó a inflar un globo de chicle hasta que le cubrió la mitad de la cara.

En silencio, Alida se secaba los ojos con un pañuelito.

Alejandro – 1968

Los discos

Entró a una tienda de ventas de discos en la calle Mazarine.

Se acomodó el mechón de pelo que caía sobre su frente; acarició su barba tres veces; metió una mano en el bolsillo del pantalón haciendo tintinear unas monedas que siempre llevaba; chasqueó dos veces los dedos de la otra mano.

Eran gestos comunes en él. Los repetía cada vez que estaba a punto de hacer alguna cosa que creía importante, un rito para que todo saliera bien.

Había caminado varias cuadras diciéndose que más imbécil no podía ser.

¿Cómo no la reconoció?

Los italianos tenían razón: era un animal, una bestia.

Se disculpó a sí mismo:

¿Cómo podía imaginar que la encontraría caminando por la calle o sentada en el suelo, junto a la fuente de Saint Michel, vestida como una jipi?

¿Esta clase de gente no usaba tapados de piel, vestidos Dior y eran amantes de magnates?

¿Ella no formaba parte de esa elite de narices paradas que se creían superiores por pertenecer al mundo de la música clásica?

¿No daba conciertos en teatros en los que las plateas se llenaban de fracs con chalecos blancos; vestidos de gala diseñados por modistos famosos y el público despedía un fuerte olor a perfumes caros?

¿Qué hacía andando por ahí, canchera, lo más campante y leyendo libros de existencialistas?

¿Alguno de los que la vieron en las barricadas arengando a los estudiantes podría haber imaginado que era ella?

—Deme todos los discos que tenga de Elena Brozovsky —le dijo al vendedor.

Elena – 1959

La tía

Elena fue eximida de ir a la escuela y podía rendir libre.

Vittorio recurrió a sus relaciones y logró el permiso a través de la embajada argentina.

Él le pagaría a los maestros privados y se dedicaría de manera exclusiva de enseñar a Elena.

Al resto de sus alumnos, los enviaría con otros profesores.

Elena se quedaría en la villa, acompañada por su madre un par de semanas cada dos meses y el resto del tiempo por su tía, Fabrizia Monteleone, cinco años mayor a Alida y que decía ser viuda. Al presentarse como viuda, Fabrizia evitaba la vergüenza de haber sido abandonada por Ugo, el marido desertor.

Ugo se escapó del ejército después que los griegos humillaron a los italianos venciéndolos, en inferioridad de condiciones, en la batalla de Kalamas, durante la invasión a Grecia.

Fabrizia no tenía hijos y llegó a querer a Elena, pero permaneció a su lado solo dos años.

Ettore Monteleone, un policía viudo con cuatro hijos mayores de edad, le ofreció casamiento.

No era un tipo buen mozo ni estaba enamorada de él, pero le venía bien.

Ya era una mujer de cuarenta y dos años y no estaba en condiciones de tener demasiadas exigencias.

El padre

Vittorio quiso convencer al padre para que se radicara con su familia en Italia. Pero Boleslaw era un hombre orgulloso.

Sus hijos habían nacido, estudiaban y tenían amigos en Argentina. Él tenía un trabajo en el que ganaba lo suficiente para mantener a su familia.

No aceptó mudarse, tampoco puso ningún obstáculo para que Elena se quedara en Italia y viajara algunas veces al año para encontrarse con él y los hermanos.

Siempre supo que ella se alejaría.

El momento había llegado mucho antes de lo que imaginó y no podía hacer nada para evitarlo.

Su hija tenía un destino distinto al de las personas comunes como él.

Cuando se despidió de la niña, nadie se dio cuenta de que su garganta estaba estrangulada.

Elena era su preferida, adoraba a la niña.

En el momento en que Elena, al despedirse, rodeó su cuello con los brazos apretando con toda su fuerza, Boleslaw creyó que nunca podría soltarla.

Durante la guerra, el día en que recibió el balazo, tuvo miedo de morir y supo que la vida podía acabar en lo que dura un chasquido de dedos.

Aprendió, entonces, que cada momento debía ser aprovechado como si fuera el último.

Él había nacido para luchar en una guerra y el resto de su vida ser un hombre con una rutina que seguiría hasta envejecer.

En cambio, para Elena, los días, las horas, los minutos eran una marcha incesante hacia lo más intenso de la existencia.

Y la dejó ir para que hiciera la vida que el destino había decidido para ella.

Las cantantes

Elena se había alejado de sus compañeras argentinas de la escuela primaria y, al no seguir yendo al colegio, se quedó sin amigas de su edad. No fue por mucho tiempo.

Ortensia, la cocinera, tenía cinco nietos, tres varones y dos niñas. Una de ellas, Filippa, era un año mayor a Elena.

Por pedido de Vittorio, Ortensia comenzó a llevar a Filippa a la villa. dibujar y pintar.

Filippa era morena, de ojos muy oscuros, delgada, más alta que Elena.

Le gustaba hablar de todo un poco,

A veces tenía berrinches y nadie entendía los motivos.

Para su familia, era una chica rara.

Filippa cantaba *Aprite la finistre* y *Amami se vuoi* imitando a Franca Raimondi, pero solo cuando creía que nadie la podía escuchar. Era un poco tímida y el ambiente de la villa la cohibía.

Su abuela le pidió que se portara como una dama y jamás se olvidara que don Vittorio era un gran profesor de música y Elena, una estrella de la música, a la que nunca debía incomodar mientras ensayaba.

—Abuela, ¿la señorita Elena no come ni va al baño? Hace horas que toca sin salir de ese cuarto —preguntó el primer día que estuvo en la villa.

Al día siguiente, caminaba por el jardín buscando algo para entretenerse.

Una ventana de la sala de música se abrió.

Elena sacó medio cuerpo y preguntó:

—¿Vos sos la que anda cantando como Franca Raimondi?

La cara de Filippa enrojeció de vergüenza.

Había molestado a la señorita Elena.

Para su sorpresa, Elena comenzó a cantar:

—Penso che un sogno cosi non ritorni mai piú / mi dipingevo le mani e la faccia di blue...

Se calló.

Frunció el ceño mirando a Filippa.

Le dijo:

—¿Y qué estás esperando para cantar? Somos un dúo, abrí la boca y seguí a la orquesta. ¡Señores y señoras, las reinas de la canción italiana: Filippa y Elena interpretan, de Domenico Modugno, *Nel blue dipinto di blue*!

No supo qué hacer.

—Filippa, cantá o no ganamos el Festival de San Remo.

Cantaron a dúo y se aplaudieron a sí mismas al terminar.

—Filippa, te vas a cagar de frío ahí afuera.

Elena la hizo entrar por la ventana a la sala de música.

—Conocí a la señorita Elena —le dijo a su abuela.

—¿Cómo te trató?

—Me invitó a comer lombrices y a fumar cigarrillos turcos.

La amiga

Ese día, Ortensia se enteró por la radio que los barbudos de Fidel entraron a La Habana y, además, supo dos cosas: las lombrices eran los fideos con manteca que Elena le pidió preparara a la hora del té y los cigarrillos turcos, habanitos de chocolate que comerían de postre.

Durante años, Filippa fue inseparable de Elena.

La acompañó en viajes, conciertos, compartieron cuartos de hoteles, diversiones y confidencias.

Parecía estar unidas para siempre. No fue así.

Cuando Filippa quedó embarazada de Renato Bonatto, un repostero de Turín, diez años mayor, se casó con él a los diecisiete y se fue de Florencia.

Se alejó de a poco, hasta hacerlo en forma definitiva.

Nunca más se vieron.

Filippa fue la mejor y única amiga que Elena tuvo en su extraordinaria y trágica vida.

Elena – 1961

La iglesia

Vittorio se había hecho cargo de todos los gastos. Lo fascinaba ser el mecenas y maestro de Elena. Su personalidad, su manera de divertirse, su alegría de vivir, lo habían cautivado.

Sin un solo día de descanso, de acuerdo a su propio deseo, Elena ensayó el violín catorce horas diarias. Nunca se mostró cansada ni se quejó de cosa alguna.

Sus únicos ratos de diversión eran junto a Filippa. Jugaban a la brisca, la generala o cantaban canciones de moda y ganaban el festival de Eurovisión.

El sábado 14 de enero de 1961, Elena se presentaría en la iglesia de Orsanmichele.

Cuando supo dónde sería el recital, dijo:

—¿Me está jodiendo, maestro? ¿Cómo me va a hacer tocar en una iglesia?

A Vittorio no lo tomó de sorpresa la reacción de Elena.

—Orsanmichele fue construida en el siglo 14, en un notable estilo gótico por el arquitecto Francesco Talenti. Hay exquisitas obras de arte, aunque son réplicas para preservar las auténticas, que están en museos. Puedo asegurarte que tiene una excelente acústica y, por supuesto, es uno de los lugares más im-

portantes de Florencia. Se trata de un sitio más que apropiado para tu primer recital.

—Déjeme de hinchar las pelotas, maestro. En una iglesia no toco. ¿Primero hay misa y después salgo yo?

Vittorio no le reprochó el lenguaje porque ya se había acostumbrado a que utilizara los términos más vulgares con completa libertad. Una sola vez se lo hizo notar y fue suficiente.

Las palabras

—No está bien que una niña diga malas palabras. Siempre debes ser bien educada.

—¿Malas palabras? Las malas palabras son «guerra», «miseria». Malas palabras son las que nombran los malos actos. Digo «culo» y todos saben de qué hablo. A usted lo escuché decir: «Hermoso culo». ¿Por qué no dijo: «Hermoso ano»? Mala educación es que le escupan los fideos, como hacía el Viejo Vizcacha con el asado ajeno.

Vittorio preguntó quién era el Viejo Vizcacha.

Al otro día, cuando le regaló el *Martín Fierro* traducido al italiano, Elena dijo:

—Nada más ridículo que un gaucho hablando en italiano

Elena no solo era una genia de la música, sino una niña con una inteligencia y una precocidad deslumbrantes.

Claro que conocía a la perfección las reglas de los buenos modales y la etiqueta

Jamás le faltaba el respeto a persona alguna y sabía cómo actuar en todos los sitios del modo adecuado. Pero tenía su propia opinión sobre el empleo del lenguaje.

Estaba convencida de que hablando claro la gente entendía y a nadie le quedaban dudas sobre lo que había querido decir.

Los gestos

A los ocho años, vio a un niño haciendo un gesto con sus manos. Elena le preguntó a Alida.

—Mamá, ¿qué quiere decir esto?

Juntó el índice y el pulgar haciendo un círculo.

Metió el índice de la otra mano en el círculo y lo movió para adelante y atrás.

—¡Ele, eso no se hace! —exclamó Alida.

La miró sorprendida. Esperó a la noche y le preguntó a Boleslaw mientras cenaban.

—¡Ele, te dije que no hicieras eso! —gritó Alida.

—Lindas porquerías aprende en esa escuela —dijo Boleslaw.

Al otro día, Elena le dijo a Alida:

—Mamá... ya sé lo que es esto —repitió el gesto—. Quiere decir coger.

—¡Ele, no digas groserías! ¿Quién te enseñó esa chanchada? Mañana voy a la escuela a hablar con tu maestra.

—¡Ma, si, qué tanto lío! ¿Por qué no le enseñan a una? ¿Todo lo que puedo aprender es el catecismo?

Se sintió muy molesta porque no le hablaban con claridad.

Entonces, decidió que ella no haría lo mismo.

Nunca iba a morder su lengua ni le importaría si se tapaban las orejas escuchando lo que dijera.

¿Quién decidió qué palabras se pueden decir y cuáles no?

Si no se tenían que decir, ¿para qué las crearon?

El estuche

Mientras Elena hablaba sin parar, fundamentando sus motivos para no tocar en una iglesia, Vittorio entrecerró los ojos, sonrió sutilmente y dijo:

—Enseguida regreso.

—Se escapa como los cobardes. Y no toco en una iglesia, si le digo que no toco, no toco.

Vittorio regresó con un estuche de violín y un gesto desdeñoso marcado en el rostro.

—Termina de ensayar en este —le dijo.

Dejó el estuche sobre la mesa y permaneció en un silencio casi ceremonioso.

Elena abrió el estuche.

Contenía un violín de finísima madera tornasolada de abeto y arce.

Lo miró extasiada.

Con una sonrisa sobradora, Vittorio dijo:

—Es un Stradivarius de 1668, hecho en Cremona con maderas de barcos que naufragaron en el Mediterráneo al ser atacados por los piratas turcos. Con él, tocarías en Roma, Milán, Londres, Salzburgo, Ámsterdam y New York. Es una pena que no quieras presentarte en Orsanmichele. Era el primer punto de la gira. Por supuesto, el violín iba a ser tuyo cuando cumplieras dieciocho años y te hubieras convertido en la mejor violinista del mundo. Como lo juraste —le dijo Vittorio.

Los juramentos

—¿No le da vergüenza chantajearme con un Stradivarius?

—¿Decidiste tocar en Orsanmichele?

—En esta misma sala, me hizo hacer un juramento. Ahora jure usted.

—¿Qué debo jurar?

—Jure que será mi representante y administrador hasta que se muera dentro de ciento tres años.

—¿Tu representante?

Vittorio estaba dispuesto a ser el mecenas y maestro de Elena, pero nunca pensó en ser su representante.

Era algo que nunca se le había pasado por la cabeza.

—Como Elsner con Chopin —dijo Elena.

—Eso lo sacaste de *Canción inolvidable*. Todas mentiras. Son películas de Hollywood. Elsner apenas le dio unas lecciones privadas y lo tuvo de alumno en la Escuela de Varsovia. Jamás volvieron a verse después que Chopin abandonó Polonia.

Vittorio se sentó en el piano y tocó dos compases compuestos por Chopin. Luego, agregó:

—Él nunca fue un revolucionario ni tenía la menor idea de política. Cuando ocurrió la sublevación contra la dominación rusa, estaba en Viena. Sus amigos volvieron a Polonia y él se fue a París. Es decir, el romántico Frédéric lejos estaba de ser un patriota.

—Le falta decir que tocaba el piano como el culo.

—Tocaba bien. Aunque nunca fue concertista. No tenía fuerza en los dedos. Siempre tocó en salones rodeado de aristócratas, así se sentía cómodo.

—Según usted también es mentira que vivió grandes amores.

—El romance apasionado con George Sand es para las novelas. Amandine Dupin o George Sand era una escritora famosa. Una aristócrata, pero con ideas socialistas. Se separó de su marido y se llevó a sus dos hijos. A Chopin lo mantuvo y lo cuidó como a un hijo enfermo de tuberculosis. Chopin conocía la pa-

sión de la música. Otras pasiones les eran ajenas. Eres muy niña como para que entiendas lo que quiero decir.

—Oiga, maestro, que yo no soy ninguna Pier Angeli ni tarada como esos pibes de *Mañana es tarde* que buscaban bebés en los repollos.

—Sé bien que eres una niña muy despierta. Pero eres demasiado jovencita para que yo pueda hablar contigo de ciertas cosas. Esos temas tienes que hablarlos con tu mamá.

—¿Qué quiere que hable con mi mamá? ¿De la vida sexual de Chopin?

Vittorio soltó una carcajada.

La exigente

—Lo que dicen las películas es siempre verdadero. ¿O también me va a decir que los indios no son malos y los japoneses no son traidores?

Elena podía hablar en serio, en broma o con ironía y era difícil saber de qué modo lo estaba haciendo.

Miró a la cara a Vittorio y con firmeza le dijo:

—Basta de palabrerío. Usted va a ser como el Elsner de la película. Ahora, jure.

—No es tan simple, Ele. En estos asuntos hay que firmar contratos, intervienen abogados, y tus padres deben autorizarlo.

—¿Qué contrato? Entre personas de bien vale más la palabra empeñada. Jure de una vez.

Vittorio dio unos pasos por el cuarto.

Desde que Fiori rompió el contrato con Elena, creyendo que su carrera estaba acabada y por su propia mala salud, ella precisaba de un representante.

De alguna forma, ya había asumido ese papel al organizar la gira. Sabía muy bien que aceptar era dedicarse por completo a Elena. Habría muchas cosas propias que tendría que resignar.

Vittorio había llegado a quererla como a una hija. Pasar años a su lado sería grandioso para un hombre sin familia como él.

Se rascó la barbilla. Sonrió al recordar que Paul Muni hacía el mismo gesto interpretando a Elsner.

—Te lo juro —dijo, ya sin ninguna vacilación.

Elena movió la cabeza y el índice en señal de negación.

—No, así no. De rodillas.

—¿No pensarás que voy a arrodillarme?

—Hágalo o no toco. Debe arrodillarse, como si estuviera en la iglesia haciendo una promesa. Usted es un buen católico y sé muy bien por mi papá que, para los católicos, las promesas valen cuando se ponen de rodillas. Haga la promesa. Dios, que todo lo ve, lo juzgará si no la cumple.

Vittorio se arrodilló.

—Te lo prometo —dijo con absoluta seriedad.

Elena se puso a reír.

—No puedo creer que esté de rodillas. Maestro, usted no es más tarado porque le falta tiempo.

Con la cara llena de alegría, Elena dijo:

—Entre gente de bien, con darse la mano alcanza y sobra. ¿No sabe eso a su edad?

Le dio la mano.

Vittorio, aún de rodillas, se la estrechó.

—Maestro, levántese. Hace el ridículo. Mire si lo ve el personal de servicio que lo trata de Commendatore.

Elena se había sentado y se reía.

La actriz

Nada de lo que hiciera Elena asombraba ya a Vittorio.

De ella, podía esperarse lo que fuera.

De todos modos, otra vez, lo había tomado de punto.

Se puso de pie y, sacudiéndose el pantalón, le dijo:

—Me olvidé de mencionar un detalle, querida mía. Hay una condición que la iglesia impuso para permitir el concierto. El sacerdote dará una bendición antes del concierto y, por supuesto, tendrás que estar en el escenario. Serán solo unos minutos, es lo que se acostumbra.

—¡Maestro, métase el Stradivarius en el culo!¡Y voy a llamar a mi mamá para que me lleve a la Argentina!

Salió del cuarto y caminó, rápida y decidida, hacia el jardín.

Vittorio la siguió.

—Era en broma, Ele. ¿Adónde vas?

Tuvo que correr para alcanzarla.

Elena llegó hasta la verja de la entrada.

Se detuvo. Giró.

Enfrentó a Vittorio.

—¿Vio qué actriz que soy? ¿No le parece que puedo ser la nueva Anna Magnani? ¿De verdad pensó que le había creído?

La violinista

En Orsanmichele había un lleno total.

Vittorio era un hombre creyente, pero nunca había hecho lo que hizo antes de entrar a escena.

Para asegurarse de no ser visto, se encerró en el baño, se puso de rodillas y rezó. No por él, sino por Elena.

En el escenario, al sentarse frente al piano, mentalmente, pidió: «Dios mío, ayuda a esta niña».

Elena, de pie, con un vestido blanco que le daba un aspecto angelical, estaba lista para comenzar.

Durante el primer movimiento, al entrar al furioso *presto* en *la* menor, el maestro sintió que, ahí, a su lado, la música misma se había corporizado en una muchacha de once años.

A su espalda, a menos de un metro, Elena había dejado de ser la chica que andaba descalza masticando chicles y riéndose de todo por la villa de Arcetri.

Tampoco era la Elena de los ensayos.

Esta Elena era alguien único y superior a todos los intérpretes de violín que había conocido.

El arco y el violín parecían extensiones de sus manos.

Cuando estaba cerca el final del tercer movimiento, el violín sonaba exuberante y, en la acometida final, vibró con la máxima intensidad dramática.

Por unos segundos, Vittorio cerró los ojos.

Sintió que un ser divino estaba detrás de él y, con un violín, lo transportaba hasta el cielo.

Era la gloria tocar junto a ella.

Interpretada a una asombrosa y precisa velocidad, siguiendo con exactitud la terriblemente compleja partitura, cuarenta y tres minutos y veintitrés segundos después, terminó la *Sonata Nº 9 Op 47*, la «Kreutzer», de Beethoven.

El público la ovacionó de pie.

Elena saludó agitando la mano y con una ancha sonrisa.

Escuchó a Vittorio diciendo en su oído:

—Toca lo que quieras. Tú sola.

Elena se sorprendió.

No lo habían programado.

Vittorio saludó al público y abandonó la escena.

¿Por qué la dejó sola?

Nunca pudo explicarlo. Fue un impulso.

Como si hubiera sentido que estaba de más.

El milagro

Elena miró al público.

Dio un paso para adelante, como si buscara el sitio preciso para estar más cerca de la gente.

Como si fuera a adueñara del escenario y de todo el recinto.

Entrecerró los ojos y sonrió ligeramente.

Los murmullos se fueron acallando hasta que la sala quedó en completo silencio.

Aunque no estaba preparada para quedarse sola en el escenario, sin titubear, tomó el arco y lo deslizó sobre las cuerdas.

Comenzó a tocar el *Capricho Nº 24 en la menor*, de Paganini, una de las piezas más complejas de las compuestas para violín.

Las once variaciones y el final fueron interpretados por Elena con el completo dominio de los intervalos de octava, décimas y terceras, mayores y menores, en dobles cuerdas; de las escalas y los arpegios, que fueron hechos a una velocidad excepcional; y del pizzicato de mano izquierda.

Las posiciones altas y los velocísimos cambios de cuerdas resultaron perfectos.

Terminó la pieza en un tiempo asombroso: cuatro minutos y veintidós segundos.

Como si un resorte los hubiera impulsado al mismo tiempo, todos los presentes se pusieron de pie.

Fue una gran ovación para una magistral interpretación.

En Orsanmichele, una niña de once años acababa de mostrar que lo imposible era posible.

Esa que estaba en el escenario era una niña, pero su figura resultaba imponente.

Elena miró entre bambalinas y, con el gesto de la mano, le pidió a Vittorio que la acompañara.

Él se acercó, ella lo tomó de la mano.

Los aplausos y vítores continuaban haciendo vibrar el suelo y las paredes.

Elena temblaba.

Vittorio, muy emocionado y con la voz quebrada, murmuró:

—Estás en la casa de Dios. Tocas así porque Él lo quiso. Tranquila, bambina. Dios te protege todo el tiempo.

Sin dejar de sonreír y saludar al público, Elena le respondió:

—Maestro, no diga boludeces.

Elena – 1962

La leyenda

En la noche del frío sábado 14 de enero de 1961, en la iglesia de Orsanmichele comenzó la leyenda de Elena Brozovsky.

Eugenio Montale escribió en el *Corriere della Sera*:

Verla en el escenario fue ser testigo de un milagro. Un ángel de cabellos dorados, con un violín en sus manos, tocando con toda la pasión que un alma puede contener y la destreza técnica del más experimentado de los virtuosos. Elena Brozovsky, a los once años, es la nueva diosa de la música.

En 1962, tocó en New York y logró el suceso que terminó de consagrarla, a los trece años, como la mejor violinista del mundo y, sin duda, la artista más querida por la gente.

Ella era la niña que venció al destino superando la tragedia con la fuerza de su voluntad y su descomunal talento.

Ella era la que, imposibilitada de seguir siendo una brillante pianista, sin saber nada de violín, en poco más de año y medio, se había convertido en una notable violinista alcanzando niveles tan altos que le valieron el apodo de La Paganini.

Los críticos parecieron contagiarse de la energía de Elena y coincidieron en elogiarla sin medidas.

Las revistas *Life* y *Nesweek* publicaron su foto en portada.

The New Yorker dijo:

La Orquesta Filarmónica de New York, con la dirección de Leonard Berstein, la tuvo como violinista solista invitada [...] Su talento, maestría técnica y capacidad expresiva, la ubican por encima de todos los violinistas de este tiempo [...] Su carisma es gigantesco, al punto de haber concentrado solo en ella todas las miradas haciendo desaparecer de escena el habitual histrionismo de Berstein.

The New York Times le dedicó un largo artículo en el que la consideró una genia de la música, y, por primera vez, la mencionó como la Gran Elena Brozovsky.

Una periodista del *Time*, Anne Darnell, fue la que mayor impulso dio a su leyenda.

De manera casual, Anne encontró la relación entre las fechas de nacimiento de Elena y Clara Wieck.

La concertista

Clara Wieck fue una niña prodigio del siglo 19.

A diferencia de otros niños prodigios que desaparecían en la nada, ya de adulta su calidad como pianista aumentó hasta convertirse, junto a Liszt, en los mayores concertistas de la época.

La diferencia, para la historia de la música, fue que Clara era mujer, así que la dejaron relegada.

El padre de Clara, Friedrich Wieck, era un conocido profesor de piano y le dio las primeras lecciones.

Con él, estudió Robert Schumann.

Clara tenía once años cuando lo conoció. Él le llevaba nueve. A pesar de la diferencia de edad, se hicieron amigos y, años después, se enamoraron.

A los veinte, Clara anunció que iba a casarse.

Su padre se opuso.

Decía que Robert era un incapaz y estaba loco.

Clara, en el único acto rebelde de su vida, lo contrarió y se casó. Dejó de llevar el apellido Wieck para ser Clara Schumann y así empezar a tener una vida dramática.

En el arte era muy exitosa, pero en su vida personal vivía un infierno.

Tuvo ocho hijos; uno murió al año de nacer; dos, antes de los treinta; y otro nunca salió del manicomio después que lo internaron. Clara mantenía a todos, incluido su marido.

Era la clase de mujer que se pone la familia encima y empuja al viento.

En mayo del 49, en el alzamiento de Dresde, cruzó la ciudad en medio del fuego de los cañones, para rescatar a sus hijos.

Regresó esquivando los disparos.

Dresde quedó en ruinas, pero Clara llevó sus hijos a casa.

Ella y Robert se querían mucho. La pena era que él tenía sífilis y estaba demente. Ganaba centavos escribiendo críticas musicales y como músico era muy poco conocido.

Parece que Friedrich Wieck tenía razón.

Robert intentó suicidarse y se tiró al Rin.

Como veía ángeles y demonios, lo llevaron al manicomio y ahí se murió a los cuarenta y seis años.

Después de su muerte, Clara hizo arreglos a sus composiciones y dio conciertos en todas las capitales europeas.

Con su prestigio, lo hizo famoso. Era una buena compositora hasta que se casó. Para no competir con Robert, dejó de componer y apenas hizo algunas obras menores.

Siguió dando conciertos, obteniendo fama póstuma para su marido y haciendo crecer la de Chopin, Brahms, Mendelshon y, sobre todo, la de Liszt, con el que se peleó y nunca más tocó nada de él. Por Wagner sintió una especial aversión.

Lo consideraba una persona detestable por sus opiniones racistas contra los judíos.

Donde estuviera Wagner, ella no pisaba.

Con Brahms tuvo una relación muy particular.

Johannnes Brahms tenía veinte años cuando conoció al matrimonio Schumann y se hizo muy amigo. Por supuesto, se enamoró de Clara, catorce años mayor.

Al morir Robert, profundizaron su relación y vivieron juntos en Dusseldorf y en Suiza.

Se separaron, pero sin perder la amistad.

Brahms se encargó del funeral cuando Clara murió poco antes de cumplir 77.

Clara murió sin perder su sitio en lo más alto de la música del siglo.

Brahms, que se quedó soltero toda la vida, se murió al año siguiente. No podía ser de otra manera siendo uno de los máximos representantes del romanticismo alemán.

Robert, el otro gran romántico de la música, había querido ser escritor.

Al fracasar, se decidió a ser concertista y fracasó otra vez.

Sus obsesiones lo hacían subir a la cima componiendo y caer al abismo como pianista. Fue un mediocre intérprete.

El golpe definitivo para su deseo de ser concertista fue una causa inesperada y extraña.

El dedo anular de su mano derecha quedó inservible.

Se dijo que el músculo quedó dañado al usar un aparato que oprimía los dedos para conseguir una mejor digitación.

Sin embargo, no apareció un solo testigo que viera el aparato. Ni Clara o él dijeron una palabra sobre ese artilugio.

Lo que le pasó con el dedo fue un misterio.

Por lo que fuera, estaba escrito que Robert sería un destacado compositor, pero nunca un concertista.

La parálisis de su dedo anular de la mano derecha lo dejó al margen del juego.

La superstición

Anne Darnell, sin mucho de dónde sostenerse, contó una buena historia uniendo a Elena con Clara.

En definitiva, Elena Brozovsky, ciento treinta años después, había nacido el mismo día de septiembre que Clara Schumann; sufrió la lesión de su dedo anular de la mano derecha como Robert y, como él, no pudo seguir con su carrera de pianista.

Anne supo cómo alentar la superstición y escribió:

Sin duda que muchos podrán decir que se trata de mera casualidad. Lo cierto es que el accidente automovilístico en el que su dedo anular quedó imposibilitado sucedió después que la Gran Elena Brozovsky diera su último concierto en Milán, donde interpretó la Sonata Nº 2 y la Kreisleriana opus 16, ambas de Robert Schumann.

Alejandro – 1968

La platea

Siempre con un largo vestido blanco, fotografiada con la orquesta o con su bella cara en primer plano, Elena aparecía con su violín en las portadas de todos los discos.

Había grabado como solista con todas las grandes orquestas sinfónicas del mundo.

Había varios conciertos para piano y violín, incluido el que grabó con Arthur Rubinstein. Otros, de viola y chelo.

No solo era la mejor violinista del mundo, también, la mejor violista. Además, había dado brillantes conciertos como chelista, no dejando ninguna duda de ser una genia de la música.

A los 18 años fue nombrada la miembra honoraria más joven de la Royal Academic Music, de Londres y le habían otorgado todos los premios más importantes de la música.

Cuando Alejandro la encontró en Saint Michel, le faltaban unos días para cumplir diecinueve, seis años menos que él.

Averiguó todo lo que pudo sobre Elena.

Supo que hablaba siete idiomas y que vivía en Florencia.

Escuchó incontables veces cada uno de sus discos.

Leyó libros de música clásica, fue a conciertos y aprendió lo que ignoraba antes de conocerla.

En marzo del 69, Elena se presentaba como violinista invitada en la Sala Pleyel, de París. Tres meses antes, Alejandro compró una platea en la fila ocho.

El curso de literatura en la Sorbona habría terminado para entonces; eran sus últimas semanas en Francia y no estaba dispuesto a irse sin haberla visto tocar en persona.

¿Podría acercarse a ella?

¿Podría hablarle si la esperaba a la salida, como esos tipos que vio esperando en las puertas de los teatros y le parecieron unos idiotas?

¿Ella lo recordaría?

Respondió todas las preguntas en forma negativa.

Elena y él habitaban universos tan ajenos como los tipos que vivían en Dock Sud y los de las Lomas de San Isidro.

Entre ellos todo lo que ocurrió fue un corto intercambio de palabras y una foto que le sacó junto a la pareja de italianos.

Para ella, era uno de los tantos tipos que se le acercaban en la calle, la saludaban, le pedían un autógrafo y no volvía a saber de ellos.

Por supuesto que lo había olvidado por completo.

No había ninguna razón para que lo recordara.

Y para él, ¿qué significaba ella?

Alejandro – 1969

Los pies

Se sentó en la butaca.

En la sala Pleyel no había asientos libres.

La gente comenzó a aplaudir cuando entró la Orchestre National de l´ORTF.

Los músicos se ubicaron en sus asientos, acomodaron las partituras en los atriles.

Los cuchicheos recorrían la sala.

De pronto, un encendido aplauso.

Por el camino en medio de la orquesta, con su vestido blanco, apareció Elena. No llevaba zapatos. Caminaba descalza.

Alejandro demoró en salir de la sorpresa. Ignoraba que Elena tocaba descalza desde seis años atrás.

Las primeras veces que se presentó sin zapatos, algunos la criticaron considerándolo una falta de respeto al público, que se vestía con elegancia. Tiempo después, lo aceptaron como aceptaban todo lo que ella hacía.

Detrás de Elena, el director, Jean Martinon.

Elena le dio la mano a los primeros violines, sonrió al público saludando como si saludara a un grupo de amigos.

De inmediato, se hizo el silencio.

El director se mantuvo quieto por unos segundos; la quietud se rompió cuando su batuta se agitó en el aire.

El arrobamiento

Los instrumentos de viento seguidos por los violines comenzaron el *Concierto para violín en Re Mayor Op 77*, de Brahms.

Elena seguía el ritmo moviendo ligeramente el cuerpo.

Parecía entretenida recorriendo con la mirada a los espectadores, como si estuviera pensando en otra cosa.

Eso pareció hasta que apoyó el mentón sobre la almohadilla que separaba su cuello de la tabla y llevó el arco a las cuerdas.

Con los primeros sonidos de su violín, Alejandro sintió que algo por completo desconocido entraba en él.

Esa chica, de poco más de un metro sesenta de estatura, con un cuerpo tan delgado y una cara tan aniñada, hacía que todo a su alrededor desapareciera y quedara nada más que la infinita belleza de la música.

La música nacía en ella y se derramaba como una llovizna invisible sobre cada uno de los hombres y mujeres que estaban en la sala.

La música era la voz con la que Elena le hablaba a todos los seres vivientes y les contaba de territorios lejanos e inaccesibles a cualquier mortal, excepto ella misma.

Nadie, que no fuera un ser de exquisita pureza podría caminar sobre ese mundo de finísimo cristal.

La naturaleza humana, con sus miserias, estaba impedida de alcanzar esos sitios.

Solo Elena los conocía muy bien.

Ese universo, extraño, ajeno a todos, era el lugar mágico donde ella vivía.

Eso pensó y sintió Alejandro.

La burbuja

No podía quitarle los ojos de encima. Estaba cautivo de ella y su música.

Había sido transportado a un lugar que no imaginó existiera, que estaba más allá de todos los sitios en los que él podía estar por sí mismo.

Elena transmitía el sentimiento más bello que nunca había experimentado y que lo hacía ser, al menos por unos minutos, alguien distinto al que siempre fue.

Elena y su violín eran el punto de encuentro del cielo y la tierra, de Dios y los hombres.

Cuando llegó el final y los aplausos y los vítores daban la impresión de poder hacer caer las paredes y desplomar el techo, reaccionó como si hubiera despertado de un largo sueño.

Había quedado encerrado en una burbuja en la que solo estaban él, Elena y la música.

Como un autómata, se puso de pie.

Nadie en la sala permaneció sentado.

Durante ¿quince, veinte? minutos, Elena recibió una ovación.

Él aplaudió hasta dolerle las manos.

Las rosas

Elena aplaudía a la orquesta.

Una mujer, vestida de largo, le entregó un ramo de rosas.

Elena le agradeció besándola en ambas mejillas y, sonriendo con picardía, puso una rosa en el bolsillo de la chaqueta del frac de Martinon.

Cambiaron unas palabras y ella le dio la mano.

Se apartó de él.

Alzó la vista hacia los asientos más económicos. Quitó otra rosa del ramo y mirando a los espectadores más apartados del escenario hizo el inconfundible gesto de lanzarla hacia ellos.

Desde el fondo de la sala, le respondieron aplaudiendo hasta cansarse.

Elena salió del escenario, acompañada por el director y, entre los aplausos que continuaban, retornó con una sonrisa.

Martinon la seguía.

En forma inesperada, Elena fue al proscenio y pidió silencio; primero, moviendo una mano hacia arriba y abajo; enseguida, poniendo un dedo sobre sus labios.

Los aplausos se fueron acallando. La sala quedó en silencio.

Entonces, en un perfecto francés, le dijo al público:

—Muchas gracias. Me tengo que ir porque, todavía, no comí y mi mamá dice que si sigo adelgazando no voy a dar sombra. (Risas en la sala). Ustedes se quedan con esta estupenda orquesta y su gran director, Jean Martinon. Que tengan una buena vida. Hasta pronto.

La vitoreaban y aplaudían como si fuera una súper estrella del rock.

Elena, saliendo del escenario, levantó los brazos y los movió a derecha e izquierda, despidiéndose.

En una mano sostenía las rosas, en la otra, el Stradivarius.

Como si no le importara en lo más mínimo que ese violín costara más de diez millones de dólares.

Los pensamientos

Alejandro fue el último de irse de la sala**.**

Al salir, caminó desde Faubourg Saint Honoré a la Avue des Champs-Elysées, cruzó la Place de la Concorde y no se detuvo hasta llegar al Café de Flore, en el Barrio Latino.

Sentado en una de las mesas, pensó que el mundo estaba poblado por seres como él, pequeños, mediocres, llenos de deseos que jamás se cumplirían.

Y otros, distintos, elegidos por el destino, un reducido puñado de seres como Elena. Tipos distintos.

Él era un miembro del rebaño de mediocres.

Un hombre común, tan común como el pan o el vino. Ni siquiera como el pan o el vino, él era un hombre prescindible del que la existencia se desharía sin que a nadie le importara ni quedaran rastros.

Como les pasaba a todos.

La excepción era ese reducido grupo de los dotados de *algo* que los distanciaba del rebaño.

Ese algo que no puede definirse y que no tiene explicación.

Elena era eso: un ser con una esencia diferente a los demás. Había sido elegida para cumplir una misión en la Tierra: transmitir la belleza de la música para embellecer la fealdad de las almas de los seres vulgares.

Él y los de su clase vivían en un plano de la existencia.

Elena era parte de una dimensión en la que ninguno de ellos jamás tendría acceso.

Elena habitaba en un mundo imposible de penetrar porque era un mundo creado solo para ella.

Tipos como él no podían hacer otra cosa que trepar para espiarla por sobre el muro que la rodeaba.

Esa noche, Alejandro comprendió que era un hombre opaco y a todo lo que podía aspirar era a convertirse en un opaco escritor. Sobre todo, supo que Elena era inalcanzable para él.

Darse cuenta de esto, no le dolió.

Por el contrario, le hizo tener por Elena sentimientos que jamás tendría por otra mujer.

Elena – 1965

Los cigarrillos

Filippa se dedicó de lleno a su marido.

Mientras estaba embarazada, descubrió que Renato tenía otra mujer.

Lo perdonó, pero él no dejó de ver a su amante.

Tuvieron un niño que murió al mes.

Filippa sufrió una severa depresión y fue internada.

Elena pagó a los mejores especialistas para que la atendieran. En la familia de Filippa siempre habían dicho que era una chica rara.

Al ser dada de alta, se obsesionó con su esposo.

Lo vigilaba todo el tiempo y le hacía constantes escenas de celos. Le juró que se suicidaría si la abandonaba.

Fue a la casa de la amante para darle unas cuantas cachetadas y amenazarla con matarla si seguía con Renato.

Se distanció por completo de Elena, que no podía entender la razón.

Vittorio se la dijo:

—Ele, tú tienes una locura alegre. Filippa, una locura trágica. Siempre te envidió y siente celos de ti. Te quiere lejos de su marido. ¿Comprendes, querida?

Elena no concebía que alguien pudiera tener pensamientos como esos.

Durante las siguientes nueve horas se encerró y no dejó de tocar el violín.

Al salir del cuarto de música, estaba muy seria.

—Quiero fideos con manteca —dijo.

Vittorio y Jean-Luc comieron pato a la naranja y hablaron del estreno en La Scala de *Clitemnestra*, de Pizzeti, protagonizada por Clara Petrella.

Elena no intervino en la conversación y comió en silencio, lo que era una rareza.

Vittorio y Jean-Luc no le preguntaron qué le pasaba

Lo sabían.

Al terminar la comida, Elena dijo:

—Tío Jean, dame uno de esos cigarrillos turcos que fumás.

Como un asunto de ella sola, comer *lombrices* y fumar cigarrillos turcos fue su manera de despedirse para siempre de la que fuera su amiga Filippa.

Elena – 1966

El inicio

Lo dejó hacer lo que sabía. Sus besos y caricias le daban un intenso placer. Intentó responder del mismo modo, pero no le era posible, carecía de su sabiduría en el sexo.

Respiró con la boca abierta. Se quedó quieta, expectante, luego, soltó un quejido.

Instintivamente, lo mordió en el hombro. Apretó sus manos sobre la espalda de él, estaba ligeramente transpirada.

El dolor que había sentido comenzó a ceder ante una sensación de placer, de un goce desconocido.

Por unos instantes, pareció estar perdiendo la consciencia de lo que ocurría.

De pronto, él se detuvo.

Exhaló el aire con fuerza. Los movimientos de su cuerpo se fueron aquietando hasta quedar inerte.

Ella no sabía lo que debía hacer. Esperó lo que él haría.

Él se apartó con lentitud, con delicadeza, tratando de recuperar la respiración normal. Apoyó la cabeza en la almohada y buscó los cigarrillos en la mesa de luz.

¿Eso es lo que debía hacer él? ¿Y ella?

¿Qué se esperaba que hiciera?

No quería pensar en ninguna cosa. Era el momento de meter la cuchara en el frasco de mermelada.

La pornografía

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¿Tengo que decir que sí? ¿O, en estos casos, corresponde hacerse la interesante?

Lajos Rudnay se rió.

—¿Sabes que sos una chica única?

—Tu única chica esta noche querrás decir

—Única. No me refiero a lo que todos saben de tu inmenso talento. Única como chica. Nunca conocí a una mujer con tu personalidad, tu carácter.

—Por ser un viejo de cuarenta, no tenés mucha experiencia con las mujeres.

—Perdón, Elena. Todavía eres una niña. Tal vez, aún, no era el momento ni yo el hombre adecuado.

Con un movimiento veloz, Elena se arrodilló en la cama.

Le miró el pene empequeñecido.

Lo tomó del prepucio, lo estiró como un elástico y lo soltó.

Le hizo gracia.

¿Eso que parecía un bicho cascarudo le había hecho doler? ¿Eso era el gran orgullo de los hombres?

Se puso de pie, dio unos pasos sobre la cama con la elegancia de una bailarina de ballet y se subió al vientre de Lajos.

—Degenerado. Soy una niña de diecisiete años. Pervertido.

—No me saltes encima. Basta.

Elena se movió y quedó parada sobre su pecho con los brazos en cruz, haciendo equilibrio.

Con un pie le tocó la nariz.

—Vos sos un viejo verde como Humbert Humbert.

—¿Quién es Humbert Humbert?

—Un degenerado de tu clase que andaba con una de doce años. Yo vendría a ser una Lolita medio veterana para el gusto de tipos babosos como ustedes.

—Sí, ahora recuerdo. Vi la película con James Mason.

—Es una muy buena novela de Nabokov.

—Me dijeron que la novela es pornográfica. ¿Cómo lees ese tipo de cosas?

Elena, que seguía parada sobre su pecho, le puso un pie en la frente y la golpeó levemente dos o tres veces.

—Toc-toc, ¿hay algo adentro? ¿Sabés que tendrías que alimentarte a alfalfa? ¿A qué edad te pusieron las herraduras?

Lajos sonrió.

No entendió bien a qué se refería ella.

Volvió a quedar descolocado cuando ella le dijo:

—Esto es como un ritual satánico. Acaba de caer una gota de sangre en tu panza.

El húngaro

Se conocieron después de que Elena tocó con la Orquesta Sinfónica de Londres, en el Royal Albert Hall.

Lajos Rudnay fue a presenciar el concierto y quedó extasiado escuchándola. Más tarde, pidió que se la presentaran al verla, de forma casual, en el lobby del Hyde Park Hotel, donde ambos se alojaban.

Le pareció muy bonita y mucho más niña de cómo se la veía en el escenario.

Lajos era húngaro y, después de la revolución de 1956 y la intervención soviética, escapó cuando Kadár proclamó el gobierno de obreros y campesinos.

Se radicó en los Estados Unidos y adoptó la ciudadanía.

En ese entonces, ya era un pianista famoso.

Lajos era un hombre de facciones agradables, ojos grandes y cabello oscuro. Tenía modales de una persona educada en una vida de buena posición.

Desde los cinco años, se había dedicado al piano sintiendo en el cuello la respiración de su madre, una pianista frustrada que lo acompañaba a todas partes.

Su madre murió al caerse de una escalera y Lajos se casó con la soprano española Monserrat Zamacois.

Se separó antes de cumplir el segundo año de matrimonio, después que ella le fue infiel con un director de orquesta.

La cita

Lajos se acercó a Elena sin otro propósito que conocerla en persona y decirle que era la mejor violinista que había escuchado en su vida.

Recibió varias sorpresas: ella hablaba un inglés que parecía el de una egresada de Oxford mientras él no podía quitarse el acento húngaro.

Su mayor sorpresa fue comprobar que una adolescente fuera tan madura y tuviera tanta libertad para expresarse usando las palabras más vulgares con tanta naturalidad.

Elena se apartaba de todos los moldes que él conocía.

Se vestía como si fuera una jipi, y no tenía ninguna de las veleidades que había conocido de cerca con su ex esposa.

Dudó bastante, pero se decidió y la invitó a cenar en Rules.

Agregó que, también, estarían presentes sir John Kendall, el coleccionista de arte, con su esposa y el matrimonio de sir Archibald Dowley y la señora Clarice Flannegan, dueña de una de las más importantes fortunas de Gran Bretaña y famosa por sus fiestas y excentricidades.

Le aclaró que solo quería rendirle un pequeño homenaje por su talento.

Se lo dijo para que no malinterpretara sus intenciones.

Lajos era la clase de hombre que temen sacarse el zapato en público y tener la media rota. Le preocupaba que pudieran

tomarlo por uno de esos cuarentones que se babean viendo a una adolescente con la pollera corta.

Elena le contestó:

—Vos sos de los que andan dando vueltas a la manzana antes de decidirse a tocar el timbre, ¿no? ¿A qué hora me esperás?

El estilo

Elena apareció en el lobby del hotel vestida con una camisa blanca y suelta por encima de la corta pollera negra y zapatillas.

Lajos estaba vestido de etiqueta.

Al verla, vaciló; sin embargo, le pareció que era imprescindible explicarle la situación.

—Perdón, me olvidé de decirte que Rules es un restaurante al que van las clases altas de Londres. No tenías por qué saber. Estás muy bella, pero puedo esperar que te cambies de ropa.

Elena lo miró de reojo.

—Lajos, dejate de estupideces y vamos.

La celebridad

Al llegar al restaurante, Lajos temió que no le permitieran la entrada a Elena. Eso no ocurrió.

Apenas puso un pie en el salón, la miraron, primero, por su vestimenta; después, al reconocerla.

A medida que caminaba entre las mesas, la gente la aplaudía y la saludaba con cariño.

Ella les daba la mano a los hombres y un beso en la mejilla a las mujeres.

Lajos estaba asombrado. Jamás había visto algo parecido con ningún artista de música clásica; y había estado en sitios donde ingresó la Divina Callas con Onassis.

No le quedaron dudas de que Elena era una celebridad que había alcanzado un nivel de fama que trascendía en mucho el estrecho círculo formado por los amantes de la música clásica.

Al llegar a la mesa, Elena rompió las reglas de etiqueta y, sin esperar que Lajos la presentara, lo hizo sola, diciendo:

—Hola, soy Elena, ¿cómo te va?

Como lo hizo con la gente del salón, dio besos a las mujeres y la mano a los hombres.

Lajos y tampoco el maitre llegaron a tiempo para correrle la silla. Se sentó sin esperar atención.

El maitre se puso a su lado y le dijo:

—Es un honor que la Gran Elena Brozovsky nos visite. Le doy la bienvenida en nombre de todos los que formamos parte de Rules. Personalmente, la admiro. Fui a verla cuando se presentó el pasado año en la Royal Opera. Mi esposa me llevó. Usted me

hizo amar la música clásica. Espero que disculpe el atrevimiento de decirle esto.

De modo imprevisto para cualquiera que no la conociera, Elena se puso de pie. Le dio la mano.

—¿Cómo te llamás?

—George. George Montgomery.

—Muchas gracias, George. Nadie me ha hecho un mejor elogio. Dale mis saludos a tu esposa. Y espero que te encargués del lomo que voy a comer. Asegurate de que esté muy cocido. Los chefs de estos sitios sirven la vaca viva. Y quiero una ensalada que dejo a tu elección. Evitá que me den cosas raras, como trufas con hinojo. Encargate de que me sirvan la misma ensalada que te prepara tu mujer.

George no pudo evitar una risita.

—Señorita... —dijo y ella lo interrumpió

—Si vos sos George, yo soy Elena. ¿De acuerdo, George?

Cuando Elena volvió a sentarse, Clarice Flannegan estaba fascinada y Lajos se había enamorado de ella.

Las piedritas

Muy pronto, tomó consciencia de que Lajos, a pesar de sus cuarenta y tres años, era poco sofisticado haciendo el amor.

Más bien, era un hombre de poca imaginación.

Le parecía un tipo que se bañaba en almidón.

Algo de él la sedujo, pero lo mismo que la atrajo, ahora, le provocaba una sensación de incomodidad, de molestia.

Como si una piedrita se hubiera metido en su zapatilla.

Las formalidades

Mientras terminaba de vestirse, le dijo:

—Hasta acá llegamos. Vos vas para un lado y yo para otro. No quiero seguir con vos.

Lajos demoró en entender.

Creía que estaba muy enamorada de él.

Le preguntó el motivo.

—En este asunto del sexo, sé poco. Pero no se precisa hacer una licenciatura en la universidad para saber cuándo hay que cortar los yuyos del patio.

—No entiendo.

—Mirá, Lajos, como marido no me servís porque tenés edad para ser mi papá y tampoco como papá porque ya tengo y lo quiero mucho. Como amante, menos. Desde que empezamos a acostarnos, me paseé desnuda por toda la pieza y a vos no te conozco desnudo de pie. Te sentás en la cama, bajo las sábanas y te ponés los calzoncillos hasta para ir al baño a mear.

—Pensé que podría incomodarte.

—Lo que me molesta es que no te tirés pedos.

Lajos quedó desconcertado.

Era la primera vez en su vida que oía a alguien decir eso con la misma espontaneidad con la que podía decirse pelar naranjas o sacar punta a un lápiz.

Mientras él se quedaba mudo, Elena le dijo:

—La segunda vez que nos encamamos, te aguantaste el pedo. Cuando estabas a punto de reventar, fuiste al baño, abriste una canilla, soltaste el agua del inodoro, y te tiraste el pedo. Toda una ceremonia para tapar el ruido de un pedo.

La cara de Lajos enrojeció.

—Me siento muy avergonzado. No creí que escucharas.

—Si tengo oído para diferenciar un *fa* de un *fa* sostenido, ¿cómo no voy a tener oído para escuchar un pedo? Dicho sea de paso, tus pedos suenan en *mi* bemol menor.

Elena se rió.

—No te comprendo. ¿Quieres decir que tú has decidido interrumpir nuestra relación por ser pudoroso con mis gases?

Elena hizo un gesto de fastidio.

—No seas tan boludo. El pedo es un símbolo. ¿Entendés?

Ella estaba a punto de abrir la puerta para irse.

Le dijo:

—Lajos, sos solemne hasta para tirarte un pedo. No me gustan los tipos solemnes y que nunca se rascan los huevos. Mis hermanos se la pasan tirándose pedos y rascándose los huevos.

Los floreros

Vittorio se alegró por el fin de la relación con Lajos. Siempre le pareció un tipo viejo y desabrido para ella.

Con Jean-Luc, estaban entretenidos escuchando cómo dio fin al romance.

Elena era una gran contadora de historias.

Tenía la capacidad de relatar un viaje de diez cuadras en ómnibus y convertirlo en una epopeya como la de los viajes de Gilgamesh o Ulises.

Los tres estaban en el café Tomaselli, de Salzburgo.

La noche anterior, Elena había tenido un gran éxito interpretando temas de Mozart, acompañada por la Orquesta de Cámara de Salzburgo, en la Fortaleza Hohensalzburg.

En el café, como era habitual cuando la reconocían, se acercaron varias veces a pedirle autógrafos.

Vittorio y Jean-Luc, estando con ella, habían perdido los celos y envidias comunes entre artistas. Al contrario, se sentían orgullosos de su «sobrina», a pesar de permanecer ignorados y ser, como dijo Jean-Luc: «Los floreros de Ele».

Elena, ajena a esas cuestiones, no estaba interesada en otra cosa que comer apfelstrude y tomar el melange.

Varios años antes, al visitar por primera vez la ciudad para tocar en el festival, había estado en el café Tomaselli y pasó un buen rato leyendo con atención la carta del menú.

Como si hubiera hecho un hallazgo, pidió apfelstrude y melange. Al ver lo que le habían traído, dijo:

—Déjenme de embromar, esto es café con leche y torta de manzana. Mirá los nombres que le ponen para hacer creer que vas a comer un plato especial.

Aquella vez, Vittorio se rió, pero no tanto como escuchar las razones que dio para terminar la historia de amor.

Las caperucitas

—Lajos pertenece a la clase de Benjamín Britten. Los dos tienen la misma asquerosa perversión. Al inglés le gustan los niños y al húngaro, las niñas —dijo Jean-Luc.

—Primero de lo primero: no soy una niña, sino una mujer muy bien formada. Segundo: Ben está en pareja con su amado tenor Peter Pears. No lo difames.

—Busca niños. Es un degenerado —dijo Jean-Luc.

—¿Y por qué permitieron que hablara con él en Londres?

—Porque puedes estar tranquila a su lado —dijo Vittorio.

—A Britten le gustan los varoncitos de diez a doce añitos. Es a Lajos al que le gustan las niñitas ingenuas. Un lobo en busca de inocentes Caperucitas —dijo Jean-Luc.

—Momentito. No soy ninguna ingenua ni una Caperucita. Soy una chica muy avispada.

Jean-Luc y Vittorio se esforzaron para mostrarse serios.

—Lajos es del estilo de Anton Bruckner, que compuso música típica de alemanes: pura solemnidad. Se la pasaba rezando, nunca tuvo sexo con mujeres y, que se sepa, tampoco con hombres, a no ser que su amado Wagner, como él decía, fuera algo más que su maestro —dijo Vittorio.

—No creo. Wagner engañó a su esposa, la pobrecita Minna Planer, una maravillosa actriz, con decenas de mujeres —dijo Jean-Luc y, con disimulo, le guiñó un ojo a Vittorio.

—Un gigante del arte —dijo Vittorio.

—Además, un gran pensador —agregó Jean-Luc.

Los dos se prepararon para escuchar la reacción de Elena.

—No me nombren a ese antisemita inmundo que me dan ganas de vomitar. Se disfrazó de socialista y cristiano y fue un racista asqueroso. Esa basura humana se cansó de escribir contra los judíos y dijo que le daban asco. Fue una fuente de inspiración para Hitler. El sorete inspirando a la mierda —dijo Elena.

Jean-Luc y Vittorio no pudieron aguantar la risa.

—Boludos. Me están tomando el pelo.

—Volvamos a Lajos —dijo Jean-Luc—. Elena, di la verdad y jura que dijiste: «El pedo es un símbolo».

—Y claro que el pedo es un símbolo.

Jean-Luc y Vittorio se rieron a carcajadas.

—Son dos basuras. Les cuento que me separé de Lajos y, en vez de darme consuelo, se cagan de la risa.

Elena – 1967

Los romances

Después de Lajos, tuvo asuntos de sexo con Henritt Thelot, el pintor sueco, con el que estuvo un par de veces; el actor danés Christoffer Kirkeby, que se apasionó por ella y le escribió varias cartas que poco tenían de amor y mucho de sexo.

Elena nunca le contestó, pero leía las cartas con interés.

Kirkeby le escribió durante un año hasta que se suicidó.

En realidad, Kirkeby murió por una accidental sobredosis de heroína, pero la prensa tenía una mejor historia presentando su muerte como un suicidio por el desengaño amoroso con Elena.

De modo que a su leyenda se agregó un amante que se suicidó por amor.

Mientras Kirkeby le enviaba las cartas, ella tuvo amoríos con Andrés Rodríguez, el guitarrista español; y con Dale Robinson, un saxofonista mediocre con el que duró un par de semanas.

Elena fumaba habanos y tomaba anís, pero nunca se emborrachaba ni usaba drogas. No le molestaba que lo hicieran a su lado, mientras no se metieran con ella incitándola a consumir.

Consideraba una porquería al que invitaba a alguien a entrar en las drogas. ¿Cómo se podía saber si el tipo no terminaba destruido como muchos que vio?

En Londres, entraba y salía de sitios como el Ufo Club o el Crawdaddy Club, en los que conoció a tipos como Mick Jagger, Brian Jones o Eric Clampton. A pesar de tener muchos ofrecimientos, nunca se acostó con ninguno de los que tocaban o frecuentaban esos clubes. Solo buscaba escuchar música.

El rock y el jazz la fascinaban.

Cuando le preguntaron cómo podía interesarse por una clase de música menor, respondió:

—Lo único inferior es el espíritu de los necios y soberbios. Debo decirle, señor, que solo hay música y diferentes maneras de expresarla.

El jazz

En el Village Vanguard, conoció a Thelonious Monk y se dijo que tocaron juntos el piano. No era cierto.

Elena tocaba todos los instrumentos, pero evitó sentarse delante de un piano.

No apoyó un dedo sobre una tecla después de su accidente.

Ni siquiera lo hizo cuando Arthur Rubinstein la invitó a tocar a cuatro manos.

Sí era cierto que tocó en el contrabajo de Charles Mingus.

Mingus era temible por su mal humor.

Varias veces lo había descargado con sus músicos.

Incluso, a algunos de ellos les pegó unas trompadas en el escenario y no era raro que insultara al público.

Elena se hizo su amiga y era la única a la que permitía lo que fuera. En uno de sus arranques de ira, en medio de una actuación, comenzó a insultar al baterista.

Esa noche, a pedido de Mingus, mientras él iba a la barra a tomarse unos vuisquis para calmar su ira, lo reemplazó tocando *Goodbye Pork Pie Hat*.

Al volver, ya apaciguado, con un vaso de vuiski en la mano, le dijo:

—Vete, rubia. Eres demasiado buena para tocar con estos asnos. Sigo yo. Estoy resignado.

Mingus valoraba que ella, una blanca que podía bañarse en una piscina llena de agua mineral, combatiera el racismo con tanta energía como la que él ponía como activista.

En 1963, Elena, entonces de catorce años, se fue de un restaurante al ver que había un baño para blancos y otro para negros. A partir de entonces, se opuso a las leyes de Jim Crow, que propugnaban la segregación racial en las escuelas, bares y transportes.

Esas leyes eran presentadas con uno de esos lemas que se les ocurre a los estadounidenses: «Separados, pero iguales».

Elena, en un reportaje radial en WGN de Chicago, dijo:

—Les reconozco la creatividad para decir que los estadounidenses, son unos asquerosos racistas.

Alejandro – 1970

La revista

Dejó a Eva en su casa.

Salía con ella desde tres meses antes.

Volvían del cine, de ver *El jardín de los Finzi-Contini*.

No le gustó. De Sica la dirigió pareciendo más Visconti que De Sica.

Dejó a Eva en su casa y caminó con apuro hasta la estación de subte.

Estaba impaciente desde horas atrás.

Poco antes de encontrarse con Eva, supo que el último número de *Playboy* había llegado.

Le habían hecho un reportaje a Elena.

No quiso comprarla antes para que Eva no la viera y pensara que leía ese tipo de cosas.

La pidió en un quiosco del andén.

Estaba escondida bajo otras revistas.

Se la consideraba pornográfica y el gobierno militar se ocupaba de defender los valores de la familia tradicional y cristiana, pero todo se podía conseguir yendo al lugar apropiado.

Nunca la había leído y no le interesaban las fotos de mujeres (pero las miró con mucha atención).

Jamás había visto mujeres como esas, ¿existían en otra parte que no fuera *Playboy*?).

Lo único que le importaba era leer el reportaje a Elena.

Los conservadores la criticaron por aceptar la entrevista.

En una nota que le hizo *Los Angeles Times,* el periodista aludió a estas críticas y Elena respondió:

—Lo único que lamento es no tener un buen par de tetas para salir desnuda en la tapa.

Al llegar a su casa, Alejandro se sentó a leer. Su inglés era básico y puso el diccionario inglés-español a su lado.

El reportaje era muy extenso, de varias páginas.

Había una gran cantidad de fotos de Elena; en muchas, estaba con gorra, y, en algunas, fumando un puro, con las piernas extendidas y los pies sobre una mesa ratona.

Al día siguiente, compró dos ejemplares de *Playboy*. Decidió iniciar un álbum con todo lo que pudiera encontrar de Elena.

Recortaría fotografías y todo lo que escribieran sobre ella. Pondría las hojas en fundas transparentes para que se conservaran mejor.

(Extracto del reportaje en *Playboy*)

Está alojada en una suite del Plaza Hotel de New York. Nada más lejano de la imagen que puede tenerse de una diva de la

música clásica que Elena Brozovsky. Es la clase de chica que podemos llevar a ver un partido de béisbol o a tomar cerveza en un bar con nuestros amigos [...]

Playboy: —Se dice que apoyó a los estudiantes en el Mayo Francés y que estuvo en las barricadas del Barrio Latino.

Elena: —De haber estado en París y no estar en las barricadas yo sería una sinvergüenza, ¿no te parece?

Playboy: —También manifestó contra la invasión soviética a Checoslovaquia y la guerra de Vietnam.

Elena: —Por supuesto. ¿Hefner se alistó? ¿O solo permiten que se alisten psicópatas como ese teniente Calley que ordenó la masacre de My Lai?

Playboy: —Dicen que es comunista.

Elena: —Si ser comunista es que me consideren todo lo contrario de tipos como Hitler o McCarthy, lo tomo como un elogio.

Playboy: —Algo de todo eso fue el motivo por el que usted se negó a actuar con von Karajan.

Elena: —Para ser un Hitler se precisan tipos como von Karajan que lo sostengan del culo. Era afiliado al partido nazi y se llenó los bolsillos de marcos dirigiendo orquestas para el régimen. Su amado Führer lo echó a patadas en el culo cuando se confundió al olvidarse la partitura y provocó un desastre en *Los maestros cantores de Núremberg*. Gente como él o Leni Riefenstahl se quedaron en Alemania porque estaban de acuerdo con Hitler. El arte no les saca el olor a mierda que llevan encima.

[...]

Playboy: —¿Hay grandes diferencias entre un músico clásico y otro de jazz?

Elena: —De calidad, ninguna. Cada uno hace lo suyo. Pero los tipos del jazz se dan más maña. Uno del jazz toca en un piano desafinado o al que le faltan dos teclas y lo hace sonar bien.

Playboy: —Dicen que un intérprete de música clásica es superior a los de otros géneros musicales.

Elena: —A Charlie Parker lo echarían a patadas en el culo de una orquesta sinfónica. Imaginate que se pusiera a improvisar en la mitad de una sinfonía. Y María Callas nunca podrá cantar *Straged Fruit* como la cantó Billie Holliday, con apenas una octava de tesitura.

Playboy: —Los intérpretes de música clásica pasan muchísimo tiempo mejorando su técnica.

Elena: —La música no se toca con los dedos ni soplando ni golpeando con las manos o baquetas, se toca con el alma. Todos los que tocan con el alma son músicos. El resto son tipos preocupados por dar la nota precisa en el tiempo justo. La música es un alma transmitiendo sentimientos a otra alma.

Playboy: —Aseguran que usted toca con el alma.

Elena: —Como sabés, tuve problemas con mi dedo. Así que confío en mi alma, no en mis dedos.

Playboy: —Usted es la mejor violinista y violista del mundo. Además, toca todos los instrumentos. ¿Cómo lo hace?

Elena: —Como la mierda.

Es inevitable reírse de su desparpajo.

Playboy: —Sin embargo, ha hecho muchas sesiones con los mejores. Les Paul y Joe Pass la elogiaron como guitarrista.

Elena: —Dejá que me escuchen cuando estén sobrios

Su risa es muy contagiosa. Y se ríe muy seguido.

Playboy: —¿Le atrae mucho el sexo?

Elena: —¿Y vos qué preferís: pasar el sábado a la noche con Jane Fonda o escuchar por radio uno de mis conciertos?

Es terriblemente simpática y divertida.

Playboy: —Usted no tienes la vida convencional de una artista de música clásica. El modo en que la gente reacciona en sus conciertos y cuando la encuentran en la calle, la aproximan a una estrella del rock. ¿Se sientes así?

Elena:—La verdad es que hago lo que tengo ganas de hacer. No conozco otra forma de vivir.

Playboy: —Pero necesita de los aplausos y ser reconocida.

Elena: —En lo absoluto. Podría pasar el resto de mi vida tocando en mi cuarto. Toco porque necesito tocar. Necesito sacar el ansia que tengo dentro de mí. Hace poco me sentí muy satisfecha tocando el ukelele en la cocina de la casa de mis padres, en Argentina. Me subí a la mesa y di un recital para mi perro Lupo, un ovejero alemán al que le falta aprender a escribir porque, creo, ya sabe leer. La cosa es que Lupo quería dormir. Se levantó y se fue. Si eso me ocurriera en un concierto y la sala

quedara vacía, igual tocaría hasta el final y me sentiría feliz si pude liberar *eso* que tengo dentro de mí y que no sé bien qué es. ¿Me expliqué?

Playboy:—El perro Lupo parece ser su crítico más exigente.

Elena:—Lo único que le gusta escuchar es la *Canción de cuna*, de Brahms, que le toco en viola y se queda dormido.

Playboy: —Todos hablan de su muy buen humor y que es de hacer bromas.

Elena: —No me viste con dolor de muelas.

Playboy: Arthur Rubinstein ha dicho que solamente hay dos músicos que saben vivir la vida: usted y él.

Elena: Rubi fue muy farrista. Hasta que se casó con Aniela. Como sabés, es la hija de Emyl Mlynarski. Ella tuvo sus exigencias y lo hizo abandonar las mujeres y la jarana. Así se convirtió en el mejor pianista del siglo y que no se me ofenda Horowitz.

Playboy: Se cuentan historias divertidas de ustedes, cuando tocaron juntos.

Elena: —No sé qué dicen, pero lo desmiento. Él es un gran músico, pero lo me importa es que es un tipo al que quiero.

Playboy: —Usted es muy querida.

Elena: —No sé de otra forma de querer que no sea «muy». ¿Hay otra?

[...]

Playboy: —Usted dio su apoyo a los homosexuales en los disturbios de Stonewall del año pasado.

—Claro, ¿cómo no apoyarlos?

—Afirman que la homosexualidad es una enfermedad.

Elena: —Se nace homosexual como se nace heterosexual. No son enfermos. Los enfermos son tipos como Truman, que ordenó tirar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Con la ayuda de tipos como Oppenheimer, Börh o Fermi, más los del proyecto Manhatann. A todos esos no los tratan de enfermos. Y para hablar de perversiones, hablemos de tu jefe Hefner, de *Playboy* y sus lectores. El exhibicionismo y el voyerismo, ¿no son perversiones sexuales?

Elena – 1968

Los compromisos

A las nueve de la noche, en el muy lujoso restaurante del hotel Le Meurice, Vittorio y Jean-Luc esperaban a Elena para ordenar la cena. Ya habían decidido comenzar con una Bouillabaise y continuar con un Blanquette de veau.

Estaban seguros de que Elena diría que eran nombres sofisticados para una pedorra sopa de pescado y un choto estofado de vaca con salsa blanca. Luego, sin mirar el menú, ordenaría: «nouilles au beurre», o sea, fideos con manteca. Pero Elena no se sentó a la mesa. En cambio, como si estuviera muy apurada por llegar a una cita, dijo:

—Vuelvo en un rato.

—Cuidado, Ele. Hay disturbios en las calles. Los estudiantes siguen haciendo lío. Mejor, quédate a cenar con nosotros —dijo Jean-Luc.

—¿Si? Bueno. Tío, no te preocupés. Voy acá nomás.

La vieron salir del restaurante caminando tan rápido como si tuviera temor de llegar tarde a una cita.

—Pidamos la cena —dijo Vittorio.

—No tendríamos que permitirle salir. Es una noche terrible en París. En cualquier momento, habrá enfrentamientos. Desde

la tarde, los estudiantes están abroquelados en los alrededores de La Sorbona. El Barrio Latino va a arder. Espero que Elena no se aleje del hotel. ¿Adónde irá?

Vittorio tomó un poco de vino y dijo:

—Al Barrio Latino

La ceguera

Pasadas las cuatro de la mañana, la resistencia ya era imposible en la calle Gay-Lussac.

Cerca de Elena cayó una granada de gas lacrimógeno. Sintió que miles de alfileres se le clavaban en los ojos. Quedó de rodillas en el piso.

Un momento antes había visto a un estudiante con la cabeza rota por un bastonazo. Otros policías lo pateaban en el suelo. Había muchos heridos. Una chica gritaba insultando a los polis que la arrastraban de las piernas.

Se refregó los ojos con la remera. El ardor era intolerable. No podía ver. Alguien la tomó del brazo.

—¡Vamos! ¡Levántate! —era una mujer.

Sin poder abrir los ojos, se dejó llevar. La mujer se detuvo, abrió una puerta. La cerró atrás de ellas.

—Tranquila. Vas a estar bien.

Subieron por una larga escalera.

Entraron a un departamento.

Había un ligero olor a lavanda.

—No te refriegues los ojos. Lávate —era la voz de un hombre.

—Ese es el baño. El agua te calmará —dijo la mujer.

Se echó agua en los ojos.

La sensación de clavos perforándole los ojos se fue aplacando. Se quitó la gorra para mojarse la cabeza.

Sus manos estaban muy sucias y las lavó.

Tomó agua de la canilla.

Nunca había tenido tanta sed en su vida.

—Ven. Estás con amigos —le dijo la mujer.

—¿Te sientes mejor, muchacha? —preguntó el hombre.

Le contestó que sí.

Estaba en el living de un departamento.

—Ese gas es insoportable, pero no temas. Apenas te quedarán un poco irritados los ojos.

—Me llamo Julie y él es mi esposo, Paul.

—Soy Elena.

El café

—Un café te vendrá bien —dijo Paul, era un hombre robusto, de ojos claros, cabello un tanto cano y manos enormes. Fumaba en pipa y el olor del tabaco era agradable.

Elena se sentó en una de las sillas. Miró la delicada carpeta de hilo bordado que cubría la mesa del comedor. En su casa, cuando era niña, había una parecida.

—¿Todavía estás un poco confundida, no? —preguntó Paul.

Afirmó moviendo la cabeza. Julie le sirvió café.

—Te vimos por la ventana. Tienes mucho coraje. Nos hiciste sentir inútiles mirando sin hacer nada. Nos aburguesamos hace tiempo. Por ti, les tiramos las macetas a los polis. Alguna cabeza rompimos. Después, seguías sin retroceder y ya no era posible quedarse. Bajé a buscarte. Por suerte, llegué a tiempo. Los polis estaban demasiado cerca, te hubieran apresado esos animales.

Julie le alcanzó la azucarera.

Era una mujer de unos cuarenta y pico, pero su cabello largo y lacio y su cuerpo delgado le daban una apariencia juvenil.

—Paul estuvo en la Resistencia durante la ocupación nazi. Usa bastón desde entonces. Un balazo le destrozó la rodilla. Él me dijo que fuera a buscarte y te sacara de ahí.

—Mi papá fue herido en Ancona. Es polaco.

—¿Tu padre fue soldado y luchó contra los nazis?

Paul la miró con interés,

—Lo ascendieron a sargento, pero abandonó el ejército. Trabaja en una empresa como técnico electricista.

—Tú no eres polaca. Eres francesa —dijo Paul.

—Argentina. Tengo doble nacionalidad. Nací en Italia, pero me fui siendo una beba.

—¿Cómo es posible? Hablas como una francesa.

—Y tiene aspecto de francesa —agregó Julie.

—Dime, ¿qué carrera estudias en La Sorbona?

—Ninguna. No soy estudiante.

Paul y Julie cruzaron una mirada.

—¿Perteneces al PCF? —preguntó Paul

—No. Y no creo que en el PCF haya comunistas. Si los hubiera, estarían en las barricadas y no durmiendo en sus casas.

Paul sonrió. Dijo:

—¿Por qué estabas ahí, entonces?

—¿Cómo no voy a estar? Todo el que quiere un mundo mejor tiene que estar.

La resistencia

La radio informaba todo el tiempo sobre lo que sucedía.

Los estudiantes se habían replegado hasta La Sorbona.

La policía se adueñaba de las calles del Barrio Latino.

Todas las emisoras se habían puesto del lado de los estudiantes y opinaban que la violencia policial era «una vergüenza para Francia».

—Por unas horas, habrá tranquilidad —dijo Paul.

Julie se acercó a la ventana y miró la calle.

Una topadora terminaba de barrer las barricadas.

—Los polis están llevándose a los heridos. Lastimaron a muchos chicos —dijo Julie.

Mirando hacia la ventana, Paul dijo:

—En el 43, pasé siete horas metido en un barril. Los nazis patrullaban las calles. Fue la noche en que capturaron a Jean Moulin, cuando lo entregó el cobarde de Hardy.

—¿Estabas con Moulin esa noche? —preguntó Elena.

—No en la reunión en que arrestaron a todos, menos al traidor Hardy.

Paul respiró hondo y agregó:

—Durante años, pensé que si lo encontraba en la calle le pegaría un tiro. La Gestapo lo arrestó y no soportó la tortura. Puede entenderse. Pero es imperdonable que guiara a los nazis y entregara a sus compañeros. A diferencia de ese cobarde, a Moulin le arrancaron las uñas, lo golpearon hasta deshacerle la cara, le apretaron los dedos con una puerta hasta reventarlos, quedó en coma y, por las torturas, murió sin decir una palabra.

—Moulin fue un héroe —dijo Julie—. Lloré mucho por él. Los nazis creyeron que matando al jefe darían un golpe mortal a la Resistencia. Ignoraban que la mitad de Francia era la resistencia. La otra mitad eran los traidores de Vichy con Petain al frente.

—¿Estuviste en la Resistencia, Julie?

—¿Cómo no iba a estar? Todo el que quería un mundo mejor tenía que estar.

Elena sonrió.

Los anfitriones

—Puedes quedarte aquí el tiempo que sea necesario. Hasta que todo se tranquilice afuera —dijo Paul.

—Acabo de acordarme que a Vittorio y a Jean-Luc les dije que volvía en un rato.

—¿Y eso a qué hora fue?

—Creo que alrededor de las nueve.

—Deben estar preocupados. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. Cumplo diecinueve en septiembre.

—Tan jovencita y enfrentando a los gorilas —dijo Julie.

—Tú tenías esa edad cuando te uniste a la Resistencia. ¿Por qué no te acompañaron Vittorio y Jean-Luc? —preguntó Paul.

Elena volvió a sonreír.

—Parece una niña cuando sonríe, ¿verdad, Paul

—Vittorio tiene casi sesenta años, Jean-Luc, un poco menos. Los dos son un tanto reacios a estas cosas. Digamos que son demasiado finos para meterse en estos líos —respondió Elena.

—Entiendo —dijo Paul—. ¿Alguno de ellos es tu amante?

Elena se río. Paul y Julie, también. Como pasaba siempre que Elena se reía, ellos también se contagiaron con su risa.

—No. Vittorio y Jean-Luc hace años que forman una pareja amorosa. Paso mucho tiempo con ellos. Para mí, son una especie de tíos. Los quiero.

—A Paul no le gustan los homosexuales —dijo Julie.

Elena se encorvó de hombros.

—A mi papá tampoco. Mi papá cree en Dios y yo no. Cada uno puede rascarse el culo con un plumero si se le canta. No hay problema. Mientras no se le dé por meter el plumero en el culo de otro. ¿No te parece?

—A eso se le llama hablar claro —dijo Julie.

Los parecidos

—Sabes, Paul tiene una ferretería. Antes trabajó con su padre en una fábrica de muebles. Según él, era un mal carpintero. Yo soy profesora de música en una escuela. Tengo algunos alumnos particulares. Por eso el piano que ves.

Señaló el piano, contra la pared, a espaldas de Elena.

—Me parece que es hora de que me vaya. Ustedes están sin dormir.

—No, Elena, espera que amanezca. Ya nos desvelamos. Paul te acompañará a tu casa. Esta noche, las calles son muy peligrosas para que andes sola. ¿Dónde vives?

—Por acá cerca. Puedo arreglarme para llegar.

—Julie tiene razón. En un par de horas amanecerá.

—¿Sabes?, te pareces mucho a una actriz y no me puedo acordar a cuál —dijo Julie.

—Es cierto. Desde que saliste del baño, tuve la sensación de haberte visto antes. ¿Actuaste en alguna película? —dijo Paul.

—Las miro, pero nunca estuve adentro de una. Bueno, mis tíos deben estar cortando clavos, así que me voy.

Elena se puso de pie. Julie la tomó de los hombros y la hizo sentar nuevamente.

—Tú te quedas. No permitiremos que la heroína de las barricadas corra riesgos. Hasta que amanezca, serás nuestra prisionera —dijo Julie, sonriendo—. Voy a servir más café.

—¿Y cómo te hirieron? —preguntó Elena.

Sabía que Paul pasaría un buen rato hablando del día en que recibió el balazo y de la Resistencia.

Julie sirvió café.

Se sentó a escuchar, una vez más, el relato de Paul sobre los años de la guerra.

Varias veces, miró a Elena como si buscara algo en ella.

De pronto, hizo un gesto.

Lo había encontrado.

La memoria

Durante un rato, solo Paul habló.

Al terminar el relato, se quedó en silencio y pensativo.

Tomó el coñac.

Julie se lo sirvió junto al café, sabía que le hacía falta cuando hablaba de aquellos años.

Imprevistamente, Julie preguntó:

—¿Sabes tocar el piano, Elena?

—Toqué un poco cuando era chica.

—¿Lo sigues tocando?

—No.

—Es una pena. ¿Te gusta la música?

—Claro.

—A nosotros nos apasiona.

Julie se puso de pie.

No dejaba de mirar a Elena.

Bajó el volumen de la radio.

Encendió el tocadiscos.

Puso un disco de Jacques Brel.

—Hace unos años, fuimos con Paul al Théatre Des Champs Elysées a ver a una niña. Era maravillosa. No parecía posible que alguien de su edad pudiera tocar el piano de esa manera. Compré todos sus discos. ¿Verdad, Paul?

—Es cierto.

—Sabes, Elena, ocurrió un hecho tremendo, un accidente y la niña se lastimó la mano. Uno de sus dedos quedó dañado. Ya no pudo seguir con los conciertos. No se supo más de ella. Y, como si fuera un milagro, en menos de dos años, reapareció. ¿Puedes imaginar lo que hizo la niña? —dijo Julie.

Elena, sin mirarla, meneó la cabeza.

—En tiempo récord, aprendió a tocar el violín y se convirtió en la mejor del mundo. Ella hizo posible lo imposible, como dice ese lema que usan los estudiantes: «Seamos realistas: pidamos lo imposible».

—Sí, eso dicen —dijo Elena.

—La nena volvió a tocar en el Théatre de Champs Elysées. Tocó el *Concierto para violín y orquesta Nº 1*, de Paganini. Al terminar, Dios, qué ovación Yo tenía mi cara empapada por las lágrimas. Después de esa noche, la llamaron La Paganini. A lo mejor, ella también hizo un pacto con el diablo porque nadie puede lograr lo que ella logró. Y lo de un pacto con el diablo es una buena forma de quitar méritos. ¿O es un elogio?

Julie sonrió. Luego, dijo:

—Sabes, a esa niña le debo, mejor dicho, le debemos Paul y yo haber vivido una de las noches más hermosas y emocionantes de nuestras vidas.

Elena jugaba con la cucharita de café, metiéndola y sacándola del pocillo.

Julie se quedó unos segundos en silencio.

Al fin, le preguntó:

—¿Te gustaría escucharla?

—Sinceramente, no. Prefiero a la Piaff —dijo Elena.

Con un disco en la mano y la voz temblorosa, profundamente emocionada, Julie exclamó:

—Juro por Dios que jamás podría haber imaginado que, años después, esa niña estaría sentada en el living de mi casa.

Paul la miró sorprendido.

Con la voz emocionada, Julie dijo:

—Paul, ella es la Gran Elena Brozovsky.

Alejandro – 1969

La molesta

Eva tenía una cara bonita. Le gustaba, pero no estaba enamorado de ella.

Cuando terminaban de hacer el amor, lo invadía una sensación de desasosiego, de algo indigno, impuro.

Tenía consciencia de que el problema era él con esa dualidad que tanto le hacía desear pasar la noche con ella o anhelar que toda esa porquería acabara para siempre y encontrar un soplo de pureza.

Estando con Eva, nunca escuchaba música clásica y, mucho menos, a Elena. Ponía temas de Aretha Franklin y Diana Ross, que a ella le gustaban.

Era como si no estuviera dispuesto a compartir con Eva algo más que unas salidas y algo de sexo.

Se sentó a fumar en el único sillón que tenía en el living. El departamento era de dos ambientes y lo alquilaba desde un año atrás. No se había preocupado demasiado en amueblarlo.

La biblioteca y la cama le parecían lo único importante.

Eva había comprado algunas plantas y unos adornos. Se sintió molesto por eso. Invadía su lugar.

—¿Qué hacés? ¿Pensás?

Eva se sentó sobre él. Le puso las manos alrededor del cuello. Le dio un beso rápido y dijo:

—La barba me pincha. Tenés que recortarla.

¿Cuándo se daría cuenta que lo molestaba? ¿No entendía que precisaba estar solo?

Eva lo miró a los ojos. Necesitaba afirmarse en sí misma y le preguntó:

—¿Me querés?

No le respondió.

—Contestame.

La levantó, sacándola de encima. La dejó en el sillón y fue al baño. Demoró todo lo que pudo antes de salir.

Cuando lo hizo, Eva terminaba de vestirse.

Tenía los ojos llorosos. No dijo una palabra, abrió y cerró atrás de ella la puerta de entrada.

Elena – 1969

El alunizaje

Tres meses después del alunizaje del Apolo 11, Elena volvió a New York. Había estado en París para el estreno, en el Palacio Garnier, de *El lago de los cisnes*, de Tchaicovsky, con coreografía de Jean-Luc.

Fue un gran éxito aunque la puesta despertó polémicas por el diseño sensacionalista y los gestos ampulosos.

Esto fue bueno para Jean-Luc porque lo único perjudicial para un artista es que no hablen de él y nada lo beneficia más que llamar la atención como sea. Así que tuvo una lluvia de ofertas y se tomó su tiempo para decidirse por una.

Elena dio varias entrevistas y, entre esas, una al *New York Daily News* antes de su concierto en el Carnegie Hall.

Como todos en Estados Unidos estaban orgulloso de eso, le preguntaron sobre la llegada del hombre a la Luna.

—Mientras ustedes miran la luna, los chicos se mueren de hambre en Biafra. Me dicen que gastaron veinte mil millones de dólares para que tres tipos hagan un viaje inútil. ¿Y se ufanan de lo que debiera darles vergüenza? A ustedes no les importan los que sufren y pasan hambre y, mucho menos, si son africanos y negros.

La respuesta de Elena no fue publicada.

Pero dejaron su opinión sobre la exhibición de Jackson Pollock en el Museo de Arte Moderno.

—Después de ver las obras de Leonardo, Miguel Ángel y Rafael, creo que Pollock pinta como un pianista tocando con el culo un *Nocturno* de Chopin.

Al leer el periódico, ella llamó al editor.

Fue breve. Le dijo:

—Oiga, cabeza de verga. Si va a publicar solo lo que le conviene, puede meterse su diario de mierda en el culo.

Los ovnis

En Toronto, le presentaron al arquitecto Douglas Jackson.

Douglas tenía treinta y seis años, era separado y con un par de hijos.

La llevó a un partido de hockey. Jugaban los Toronto Maple Leafs contra Les Canadiens de Montreal. Ganaron Les Canadiens y volvieron a ser campeones.

Douglas se puso de mal humor, los detestaba. La invitó a tomar unas cervezas. Ella pidió Coca-Cola, nunca tomaba cerveza.

Douglas le explicó la forma en que se construyeron las pirámides de Egipto y los extraterrestres nada tenían que ver, como decía Von Daniken en *Recuerdos del Futuro*.

Von Daniken no era un científico, sino un mentiroso que estaba preso en Estados Unidos por estafar con cheques.

El libro era un fraude en complicidad con los editores.

—Las ilusiones no se matan. Como sea, yo voy a seguir mirando el cielo, por si veo un ovni —dijo Elena.

Los reproches

Douglas se divertía escuchándola. Dijo que su ex esposa era una avinagrada. Estaba harto de escuchar sus quejas y que le amargara la vida.

Al salir del bar, Elena llamó a un taxi. Douglas se sorprendió.

Esperaba que fueran a su casa y pasaran la noche juntos.

Se lo dijo. Elena le respondió:

—No me gustan los tipos que hablan mal de las madres de sus hijos. Vos sos uno de esos que van lloriqueando a la maestra y dicen: «Señorita, el niño Pijín me pegó». Un hombre se la aguanta y va al frente, aunque sepa que le van a romper la cara.

El campo

Al día siguiente, Elena tocó en el Massey Hall con la Orquesta Sinfónica de Toronto.

La dirigía Karel Ancerl.

Karel era checo y judío. Estuvo en el campo de concentración de Terezin.

Los alemanes hicieron de Terezin un sitio particular.

Lo llenaron con personalidades checas y les dieron el máximo confort.

Hitler montó el espectáculo para mostrar a la Comisión de la Cruz Roja el modo en que trataban a los prisioneros judíos.

Filmaron un documental: Karel dirigió una orquesta compuesta por músicos prisioneros.

La Comisión dio el visto bueno y, una vez conseguido, Terezin se convirtió en un verdadero campo de concentración.

Karel fue trasladado a Auschwitz.

Pudo sobrevivir, pero murieron su mujer y sus hijos.

Terminada la guerra, regresó a Praga, tomó a su cargo la Orquesta Sinfónica de la Radio Checa y la llevó a ser una de las más importantes del mundo.

En la Primavera de Praga, cuando los rusos invadieron Checoslovaquia, Karel se fue a Toronto.

Al terminar el concierto, Karel le dijo a Elena:

—Eres la más grande de todos los que dirigí.

Ella le respondió:

—No hay nada grandioso en tocar cuatro cuerdas. Grandioso es agarrar un pedazo de mármol y esculpir el David.

Elena – 1970

Las prohibiciones

Durante el gobierno militar que tomó el poder con un golpe de Estado que derrocó al gobierno radical de Íllia, el dictador Onganía prohibió películas, libros y la representación, en el Teatro Colón, de *El mandarín maravilloso*, de Béla Bartok; *La consagración de la primavera*, de Igor Stravinski y la ópera *Bomarzo*, de Alberto Ginastera y Manuel Mujica Láinez.

Eran obras subversivas, según el dictador.

Por esta razón, Elena no aceptó actuar en el Colón, un teatro del Estado.

—No trabajo para dictadores que no hablan, rebuznan.

El gobierno la consideró parte de los elementos que atentaban contra «los valores occidentales y cristianos» sustentados por la Revolución Argentina».

Después del Cordobazo, la insurrección popular promovida por estudiantes y obreros en Córdoba, en el año 69, y el secuestro y asesinato del general Aramburu, un dictador de la Revolución Libertadora que derrocó a Perón, la Junta Militar sustituyó a Onganía por el general Levingston.

A Elena le propusieron tocar en el Colón.

Rechazó la oferta.

El recital

Alida y Elena salieron a hacer compras y fueron a la calle Florida. Entraron en Harrods.

Alida quiso probarse algunos vestidos.

Al salir del probador, Elena no estaba. Comenzó a preguntar y encontró a un vendedor que le dijo haberla visto salir.

A esa hora, como siempre en días de semana, la calle Florida era una especie de hormiguero humano.

Guiada por las indicaciones de algunos quiosqueros que vieron pasar a la chica de gorra, fue hacia la calle Lavalle.

Cruzó la avenida Nueve de Julio y llegó a Libertad.

En la Plaza Lavalle había una multitud reunida.

Alida fue hacia la manzana central de la plaza. Antes de llegar, escuchó la música.

No supo cómo, Elena consiguió un violín y, bajo uno de los gomeros, frente al Teatro Colón, ya había tocado *Primavera* y tocaba *Verano*, de *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi.

El gomero

Cuando comenzó a tocar, los que pasaban creyeron que era una música callejera. Unos cuantos se detuvieron a escucharla y algunos buscaron la caja o la lata para dejar unas monedas.

Claro, no la encontraron.

Lentamente, sin saber quién era, la gente la rodeó y algunos se sentaron en el césped.

De pronto, una mujer exclamó:

—¡Dios mío! ¡Es Elena Brozovsky!

En minutos, cientos de personas estaban a su alrededor.

Elena había concluido *Otoño* y tocaba *Invierno*.

Un periodista y un fotógrafo del influyente semanario *Primera Plana* acababan de hacer un reportaje. Vieron la multitud y se acercaron para ver de qué se trataba.

La suerte los ayudó. Consiguieron una buena nota.

La policía intervino apenas Elena terminó *Las cuatro estaciones*. Estaban prohibidas las reuniones públicas.

Las órdenes

El comisario de la seccional había consultado sobre el modo de proceder. Le ordenaron que se ocupara en persona.

Era Elena Brozovsky y no debía producirse un escándalo internacional que repercutiera contra el gobierno.

El comisario le explicó a Elena que la situación del país era delicada por el accionar de elementos subversivos y que era necesario conservar el orden.

—¿A qué orden se refiere, señor? —le preguntó.

—Al orden social, por supuesto.

Elena se metió un chicle en la boca y respondió:

—Que yo sepa, fueron los militares los que alteraron el orden al derrocar a un gobierno democrático. ¿O no es eso alterar el orden, señor?

La gente permanecía en el lugar.

Dos mujeres, una a cada lado, entrecruzaron sus brazos con los de Elena, dispuestas a ir presas con ella.

Siendo zona de Tribunales, en la plaza había muchos abogados. Varios de ellos hablaron con la policía en defensa de Elena. Afirmaron que no estaba violando ninguna ley.

—No es necesario todo esto —dijo el comisario—. La señorita da por concluido el concierto, la gente se dispersa con tranquilidad y acá no pasó nada.

—Vea, señor, si usted me quiere llevar presa, me lleva presa. Ese será su deber y lo respeto. Y yo tengo el derecho de decidir lo que hago, aunque usted no respete mis derechos. Y le notifico que decidí seguir tocando.

Sonrió a las mujeres que la sostenían de los brazos, protegiéndola. Se apartó de ellas.

Hizo un globo con el chicle.

—Por favor... —alcanzó a decir el comisario.

No pudo decir nada más.

El globo se desinfló volviendo a la boca.

Lo sublime

Elena comenzó a tocar *Meditación de Thais*, de Jules Massenet. Durante seis minutos, todos los ruidos de la ciudad parecieron evaporarse como gotas de lluvia con el sol dejando que solo el sonido del violín llenara el espacio.

Cuando terminó y antes de que el convaleciente sentido de la existencia recuperara su normalidad, quedó el silencio.

El silencio duró segundos.

En esa brevedad de tiempo, el silencio cargaba lo más puro del ser humano.

Rompiendo el silencio y acabando con lo sublime, apareció el sonido en forma de aplausos y, de inmediato, un coro de voces nombrando a Elena al ritmo de palmas.

El comisario la aplaudió.

—Señorita, lo que tocó es lo más hermoso que escuché en mi vida. Créame que lo lamento, pero estoy obligado a cumplir con mi deber. ¿Me haría el favor de dar por concluido el concierto?

—Sí. Y que le conste que me voy no porque me obliguen, sino porque no doy más de las ganas de hacer pis.

El comisario contuvo la risa.

Le dio la mano.

Alida había conseguido acercarse y lo único que pretendía era sacarla de ahí.

La prensa

La revista *Primera Plana* comentó:

Lo que podría ser tomado como un acto excéntrico en otro artista de ese nivel de genialidad, tratándose de Elena Brozovsky y considerando su negativa a actuar en el Colón, es inevitable relacionar el suceso a una declaración de principios [...] Una artista grandiosa llevó su música a la gente, hipnotizando a un público no habitué a las salas de música culta [...] Una muchacha genial, de 20 años, produjo un hecho casi místico solo con la magia de su violín.

El sueño

Una semana después, Elena viajó a París.

Durante el vuelo, tuvo un sueño extraño.

Soñó con Lupo.

No dejaba de ladrar.

Estaba en medio de una intensa niebla.

Lo llamaba, pero Lupo no obedecía y continuaba ladrando.

Entonces, ella entraba en la niebla. Se perdía en la niebla.

Ya no sabía dónde estaba ella ni dónde estaba Lupo.

Los ladridos cesaban.

Estaba en la niebla, en el silencio absoluto.

De repente, un sonido.

Lo había escuchado antes. ¿Dónde?

Luego, otro más. Era el mismo, repetido.

Como un tambor. No como un tambor, no. ¿Cómo el golpe de un postigo empujado por el viento? No. Era otro sonido.

No era un sonido agradable.

Era un ruido. Ensordecedor. Todo era confuso.

Lupo volvió a ladrar.

Se despertó.

Era imposible que descifrara el sueño y supiera que se trataba de un presagio.

Alejandro – 1970

La mala pata

Eso era tener mala suerte.

Todas las semanas iba a los puestos de ventas de libros usados en la Plaza Lavalle y justo fue el día anterior a la actuación de Elena.

Se había sentido contento de conseguir *El cazador oculto*, de Salinger, en la primera traducción al castellano hecha en el país de *The Catcher in the Rye*.

Mientras lo leía, no podía dejar de pensar cómo todo se confabulaba para alejarlo de ella.

Tal vez, por esa razón el libro no le gustó.

Llegó a odiar al libro y terminó tirándolo a la basura.

Meses después, mejoró su ánimo. Daniel, un compañero de trabajo, conocía a una azafata de Aerolíneas.

Por la azafata, pudo comprar una entrada para el concierto de Elena en New York.

Volvía a presentarse en el Carnegie Hall.

Alejandro – 1971

La viola

Los espectadores de la sala del Main Hall la recibieron con un aplauso tan cálido e intenso que Alejandro lo percibió como si estuviera dedicado a una parte de sí mismo.

Elena había aparecido con su vestido blanco y descalza; esa noche era acompañada por Elizar Abler en piano.

Esta vez, tocaría la viola. No una viola cualquiera, sino una fabricada por Nicolo Amati en los comienzos del 1600.

Era un regalo de Clarice Flannegan, a la que conoció en Londres, cuando se la presentó Lajos Rudnay.

Clarice era caprichosa y excéntrica, pero tenía demasiado dinero como para darse el gusto de ser como se le diera la gana.

El bis

Como siempre lo hacía antes de comenzar un concierto, Elena sonrió al público.

Minutos antes de que ella apareciera, el escenario, solo con el piano de cola en el medio, resultaba imponente.

Luego, Elena se adueñó de él.

La primera interpretación fue *Sonata para la gran viola*, de Nicolò Paganini. De inmediato, Alejandro fue transportado al mundo que Elena creaba y que lo sumergía en una burbuja en la que no existía nada más que Elena, la música y él.

El aplauso del público, al terminar la sonata, lo hizo reaccionar recuperando la consciencia de estar sentado en una butaca junto a otros espectadores.

Fue el último de la sala en ponerse de pie y aplaudir hasta enrojecer las palmas de sus manos.

Al volver a sentarse, parecía hipnotizado.

Sus ojos no se apartaban de Elena.

En el final, interpretó la *Sonata para viola y piano Nª 47*, de Shostakovich. El público pidió bis.

Elena siempre respondía a los pedidos de bis interpretando lo que se le antojaba, pero sin repetir lo que acababa de tocar.

Se acercó a Abler y habló con él, poniéndose de acuerdo.

Moviendo el arco en el aire, como si fuera una batuta, giró el cuerpo en dirección al público.

Tocó *Märchenbilder op 113*, de Schumann.

Los pálpitos

Había sido uno de esos días pesados del final de verano.

El calor húmedo se mantenía en la ciudad.

Él dejó de esperarla a la salida del Carnegie Hall. Caminó por la Séptima Avenida hacia Central Park.

Igual que le sucedió a la salida de la sala Pleyel, en París, precisaba pensar en lo que le había sucedido durante el concierto.

Otra vez, todo estaba revuelto dentro de él.

Era absolutamente incapaz de ponerlo en palabras.

Podía imaginar historias y escribirlas, pero nunca hablar de sí mismo. Ni siquiera hubiera podido escribir un diario como los de esas adolescentes que cuentan que sus padres no las comprenden o lo que sienten por el chico con el que se besaron la noche anterior.

¿Algún día se convertiría en un escritor capaz de transmitir algo de lo que estaba en su interior o terminaría como uno de esos escritores que publican malas ficciones en libros de bolsillo, vendidas como tres paquetes de pastillas al precio de una en las estaciones de trenes?

Un taxi se detuvo frente a él.

Descendieron una rubia y un tipo con traje negro.

Por un impulso, subió al taxi y fue al Plaza Hotel, en la Quinta Avenida. Era donde siempre se alojaba Elena.

La esperaría hasta que llegara.

Supuso que iría a cenar a un restaurante elegante o que estaría en una fiesta de ricos en alguna parte de Manhattan.

Le falló el pálpito.

No debió abandonar la Séptima Avenida.

Caminando unas cuadras, hasta el Village Vanguard, hubiera encontrado a Elena.

En el camarín, al terminar de ducharse, mientras se vestía con un jean y una polera, comió un sanguche de queso.

También tomó casi un litro de Coca-Cola.

Salió a la calle comiendo una enorme barra de chocolate.

Fue una pena que Alejandro desconociera sus costumbres, no habría malgastado el tiempo yendo y viniendo frente al Plaza. Amaneció y se sintió deprimido. Pensó que no tenía sentido esperar sin saber si ella llegaría.

Elena llegó a media mañana.

Una hora después que él se fue.

Parecía que la suerte no acompañaba a Alejandro.

Elena – 1971

Los ladridos

Dos días después del concierto en el Carnegie, Elena viajó a Buenos Aires. Festejaría el cumpleaños con su familia.

En el avión tuvo un sueño similar al del año anterior.

Lupo ladraba.

Ella caminaba hacia los ladridos.

Había niebla.

Lupo estaba en la niebla y no podía encontrarlo.

Lo llamaba, pero no la obedecía.

En medio de la niebla, un sonido.

¿Dónde había escuchado ese sonido?

Unos segundos después, otro sonido, igual al anterior.

Era un sonido que conocía de alguna parte.

No quería escucharlo, era desagradable. La asustaba.

Lupo dejó de ladrar.

La niebla se disolvía con lentitud.

El sonido se repitió.

El aire estaba viciado por un feo olor que ya había percibido antes, pero que no pudo reconocer.

Sus pies se apartaron del suelo. Comenzó a flotar.

Podía ver cómo la niebla se extendía cubriéndolo todo.

No podía ver a Lupo.

¿Había alguien más en la niebla?

Se despertó.

Este fue el último presagio.

Tampoco esta vez pudo descifrarlo.

Alejandro – 1971

La servilleta

—Eva estuvo preguntando por vos —dijo Edwin.

No contestó.

Miró por la ventana del bar.

El día estaba gris.

—¿Vas a seguir con ella? Es una buena mina.

Sacó el labio inferior hacia afuera.

—La verdad es que no sé —contestó.

—Mirá lo que son las casualidades. Eva acaba de entrar.

Ella los saludó con un beso en la mejilla y se sentó.

—Justo estaba por irme —dijo Edwin

—Podés quedarte —dijo Eva.

—Tengo que hacer. Ya me estaba por ir. Marce me está esperando, vamos al cine.

Se quedaron solos.

Alejandro miraba por la ventana.

No había dicho una palabra.

Eva buscó una birome en su cartera.

En una servilleta de papel escribió algo.

Le dio la servilleta.

Él leyó: «Te quiero».

Se quedó mirando la servilleta.

¿Por qué ella no terminaba de una vez con esto?

¿En los dos años que llevaban de novios no había entendido que nunca la querría?

De pronto, sintió lástima por Eva.

El sentimiento de lástima dejó paso al rechazo, querer alejarla y nunca más volver a verla.

Ella lo tomó de la mano.

Él dejó que lo hiciera.

Elena – 1971

Los preparativos

—Gastón se volvió a agarrar a las piñas a la salida de la escuela. Este chico salió cabrero como el padre. Me llamó la directora porque lo encontraron fumando en el baño. Le pusieron diez amonestaciones. El padre le prohibió ir al club por un mes, pero lo dejó ir a visitar a la novia y le dio plata para el cine. Cosas raras que tiene tu padre. Ele, no te comas la torta.

Las galletitas

Elena abrió la heladera.

Alida agitó un repasador en el aire, como si diera un golpe.

—Parecés una muerta de hambre. ¿No podés esperar?

Elena cerró la heladera. Cortó un pedazo de queso.

—Manyás como langosta y no engordás un gramo. ¿Sabés que me parece que Mati anda de novio?

—¿Con?

—No sé. El que seguro sabe es Rody. Si puedo, hoy le pregunto porque tu hermano es peor que tu padre para contar las cosas. Rody y tu hermano se pasan el tiempo encerrados en el

dormitorio. Dicen que están estudiando, pero siempre se escucha música. Mati está enloquecido con Mina y con Iva Zanicchi. Como es el hijo de la sua mama, todo lo italiano es lo mejor del mundo para él. Hay una canción muy bonita que canta Mina, *Ed io tra di voi*, ¿la escuchaste?

—Es la versión italiana de *Et moi dans coin*, de Aznavour.

—Parecés francesa. ¿Te olvidás que sos una romana? Parla italiano, cara. Lupo, vieni qui. No lo dejes, se va a comer todo y no puede. Te digo que no le des y le das. Pobre Lupo, está viejo. Hay días que se la pasa acostado.

—Dejá que coma lo que quiera. Tomá, Lupo. Comé tranquilo, no le hagas caso a la demente.

Alida miró con tristeza al perro comiendo las galletitas.

Las novias

—Gastón viene con Laurita. El padre es fanático tuyo. Es ingeniero, pero quería ser cantante lírico. Tuvo nudos, ¿nódulos, se dice? en la garganta y dejó todo. La madre es muy simpática. Estuve a punto de invitarlos y lo pensé mejor. Los chicos andan de novios hace dos meses. A esa edad, nada dura. Gastón dice que va a estudiar para profesor de gimnasia. Mirá si se enamora de una atleta.

—Recién empieza a andar de novio y ya pensás cosas raras.

—Soy la mama y me preocupo.

—Vos sos una hincha pelotas.

—Una madre tiene que estar atenta al futuro de sus hijos.

—¿Qué futuro? Si son dos vagos de mierda.

—Ele, ¿cómo saliste tan genia, hijita?

Alida le pasó los brazos por el cuello.

—¡Salí, siempre besuqueando! Qué asco, me dejás toda babeada. Coca, alcanzame alcohol para limpiarme los gérmenes.

Alida le pasó la mano por la cabeza, revolviéndole el pelo.

—Dejate de romper los huevos, mala madre.

—Coca, decime dónde está la espumadera.

—La tiene adelante suyo, señora —le contestó, riéndose de lo que decía Elena.

Lupo paró las orejas.

—¿Quién viene, Lupo? —preguntó Alida.

El perro fue hacia el garaje. Caminaba con dificultad.

Mirándolo, Elena recordó un día de mucho calor, once años atrás, en el que Boleslaw entró a la casa con el cachorro en brazos. Lo dejó en el suelo. El cachorro vaciló, temeroso y desconcertado. Elena lo acarició. «Está temblando», dijo.

—Es Gastón con la novia. Lupo está viejo, pero no pierde el olfato o no sé qué. Dicen que tienen como un sexto sentido. Sonó el timbre. Coca abrí, son los Milone. Y avisale al señor que llegaron. Francisca me dijo que siempre soñó con que te casaras con Lucio.

—Lucio tiene como cuarenta, se está quedando pelado y es más fiero que el cuco.

—Pobre muchacho. Después de siete años, lo dejó la novia y se casó con otro.

—Bien que hizo.

—Ele, Lucio te conoce de chiquita.

—Y yo a él. Es un flor de pelotudo. Le dije que se casara o a otra cosa. Ahora, llora porque le metieron los cuernos.

—No le metió los cuernos. Cristina es una buena chica.

—Me contaron que era la amante del carnicero y que él la poseía arriba de las reses. Parece que la mujer los encontró en pleno acto sexual y la corrió por toda la carnicería con un hueso de vaca para metérselo en el culo.

—Ele, qué loca sos. Contás cada historia. Y no sigas comiéndote el queso.

La niebla

Eran las dos de la madrugada. A esa hora nunca tenía sueño.

Se puso el camisón que le regaló Alida.

Hacía años que no usaba camisón. Le gustó ponérselo.

Era un camisón de seda blanca, corto, con un escote delicadamente trabajado con puntillas.

Se acostó a leer la versión original, en francés, de *La Peste*, de Camus. Siempre leía con mucha rapidez.

Esta vez, le costó concentrarse en la lectura.

Estaba contenta. Había festejado sus veintidós años en una reunión agradable y divertida con todos los que amaba.

Solo faltaron Vittorio y Jean-Luc, que se quedaron en París y que, como todos los años, prepararían una fiesta, a su estilo, en algún salón elegante, cuando ella regresara.

Leyó unas pocas páginas.

Curiosamente, para lo que eran sus hábitos, sintió sueño.

Cerró los ojos. Se quedó dormida.

Hubo un sonido, como un golpe, ¿de tambor?, ¿de un objeto que cae?, ¿un martillazo? No.

Era otro sonido. Un sonido potente.

El sonido le era conocido.

Era un sonido inarticulado. Un ruido.

¿Dónde lo escuchó?

Lupo ladró. Elena abrió los ojos. Lupo ladraba.

Escuchó claramente el ladrido del perro.

No estaba soñando. Lupo ladraba.

Saltó de la cama.

Salió al pasillo..

La puerta del dormitorio de Mateo estaba abierta.

La luz del dormitorio iluminaba el pasillo.

Lupo estaba ahí y no dejaba de ladrar.

No llegó a entrar al cuarto

Se quedó paralizada en el vano de la puerta.

La niebla no la dejaba ver.

Percibió el olor a pólvora. Lupo ladraba sin cesar.

La niebla se disipó en segundos, como si ella hubiera estado a punto de desmayarse y se hubiese recobrado.

Se apoyó contra el marco de la puerta para no caerse.

¿Estaba soñando?

Boleslaw tenía la mirada perdida y una pistola en la mano.

Sobre la cama, el cuerpo desnudo de Rody.

La sangre se deslizaba desde su cabeza, corría por la nuca, descendía por el cuello y mojaba su espalda.

Mateo, desnudo en el suelo, apoyado contra la pared, al lado de la mesa de luz, con las piernas encogidas y las dos manos cubriéndose la cabeza, parecía estar esperando un golpe inevitable y terrible.

Delante de Mateo, protegiéndolo, Lupo ladraba.

El perro ladraba desesperadamente.

Parecía estar reprochando a Boleslaw y dispuesto a no moverse un centímetro.

La cara de Boleslaw estaba pálida y desencajada.

De repente, dio la impresión de haber sido tocado por una ráfaga de lucidez.

Miró al perro como a un viejo amigo que se está muriendo y emplea sus últimas gotas de energía defendiendo lo que ama.

Lo miró un par de segundos.

Como si quisiera decirle alguna cosa con la mirada.

Le pegó un tiro en medio de los ojos.

Boleslaw metió la pistola en su boca y disparó.

Elena escuchó los gritos de Alida a su espalda.

Escuchó a Coca dando alaridos.

Vio a Gastón entrar al dormitorio, quitarse la remera y cubrir la cabeza de Mateo.

Lo escuchó decirle: «No mirés» y sacarlo del cuarto.

Ella se quedó ahí, inmóvil, de pie, descalza, con el camisón que le regaló Alida y que estrenaba.

Alejandro – 1971

Las noticias

Se despertó casi al mediodía.

Fue al baño. Se detuvo. No abrió la puerta. Eva se duchaba.

A él le gustaba bañarse solo y sentía fastidio cada vez que Eva abría la puerta del baño sin llamar y le quitaba el jabón de las manos para enjabonarlo.

Volvió a acostarse.

Estaba atrasado con las traducciones que le pidieron en la editorial. Le costaba trabajar.

Encendió la radio que tenía sobre la mesa de luz.

Hablaban de un hecho terrible. Nunca le interesaron las notas sensacionalistas y movió el dial.

En otra emisora pasaban el tema de *A Summer Place*, en la versión de Percy Faith.

Al terminar, un movilero informó detalles del suceso de la madrugada del martes.

Eva cortó el agua de la ducha.

Pronto se iría.

La idea de quedarse solo lo alegró.

Entonces, escuchó el nombre de Elena.

Se movió con rapidez y subió el volumen de la radio.

La mugre

Durante todo el día escuchó la radio, leyó los diarios de la tarde, miró los noticieros de la televisión.

Lo invadía una profunda tristeza.

¿Habría alguien junto a ella que pudiera sostenerla en su dolor? ¿O sufría sola?

A la desazón que experimentaba se unía una sensación de asco de sí mismo.

No lograba separar la imagen de Elena con su vestido blanco, llenando el mundo con los sonidos más puros y bellos de la sórdida imagen de Eva y él durante la noche.

Había hecho algo asqueroso mientras Elena padecía el mayor drama de su vida.

El estercolero

Sin duda que él era un tipo vulgar arrastrado por lo más sucio del sexo.

Eva era sucia. Él era sucio.

Quizás, todos fueran sucios como él. Pero no Elena.

Ella era lo único que valía la pena en esta existencia miserable. Era el último resto de pureza que había en el mundo.

Él, Eva, gente como ellos, merecían sufrir.

En cambio, la que sufría era una chica que solo se dedicaba a transmitir las emociones más sublimes, los sentimientos más nobles del ser humano.

¿Era justo esto? ¿Justo?

La justicia no existía en el universo.

Dios, la vida, como se quiera llamar a *eso* que decidía el trozo de existencia que le correspondía a cada uno, premiaba a los malvados y castigaba a los buenos.

El mundo entero estaba lleno de excrementos. Un gigantesco estercolero en el que chapoteaba la humanidad.

No podía quedarse con los brazos cruzados como si fuera el espectador de una película. Algo debía hacer.

Fue a Flores.

Hasta esa tarde, ignoraba dónde vivía ella cuando estaba en el país.

El taxista lo dejó a dos cuadras de la casa.

Era imposible avanzar.

El tránsito estaba cortado.

Había policías, periodistas, fotógrafos, vecinos.

No pudo llegar hasta la casa. Se sintió impotente.

De todas maneras, no habría encontrado a Elena.

No estaba en la casa y nunca regresaría.

Elena – 1971

Las luces

El 22 de octubre, Elena se presentó en el auditorio principal del Concertgebouwn, en Ámsterdam.

El concierto estaba programado desde mucho tiempo antes y la totalidad de las entradas estaba vendida con anticipación.

Vittorio trató de suspenderlo y los organizadores estuvieron de acuerdo.

Elena se negó.

Tocaría, con la Orquesta del Concertgebouwn, el *Concierto para violín y orquesta*, de Sibelius.

En la calle había una gran cantidad de periodistas.

Vittorio, ayudado por la gente del auditorio, ideó un ardid y consiguió que entrara sin ser advertida.

—No quiero hablar, maestro —le había pedido.

La orquesta la estaba esperando.

Cuando salió a escena, todo el público se puso de pie y la recibió con un aplauso respetuoso y cargado de emoción.

Elena, apenas, inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa débil.

Miró a Bernardo Haitink, el director. Esperó su orden.

El director movió suavemente la batuta iniciando el *Allegro Moderato*. El violín comenzó a dominar el recinto.

La melodía sonaba diferente, única, como si solamente ella, incluido el propio Sibelius, hubiera captado el verdadero sentido de cada nota.

Cuando los vientos marcaron el principio del *Adagio*, Elena era la dueña absoluta del concierto y ya nada se podía interponer entre ella y la música. La música era ella.

Definitivamente, estaba más allá de Sibelius.

Este era *su* concierto, *su* música.

En el tremendamente complejo tercer movimiento, tocó como si fuera un ejercicio para principiantes.

Ella era la poseedora de la técnica más perfecta y, a la vez, de la inconmensurable capacidad de transmitir los sentimientos más profundos, aquellos que se encuentran en lo más oscuro y en lo más claro del alma humana.

La máxima

Entre bambalinas, Vittorio, transportado al universo de Elena, reconoció que ella ya no era la de antes del drama del mes anterior. Era otra. Una chica que había renacido siendo, ahora, infinitamente superior. Grandiosa.

No era solo eso.

Todo el amor y el dolor de los seres humanos se expresaban a través de su violín.

La música era un hilo que ella hilaba y que unía a todos los que la escuchaban, como si formaran un único tejido.

En el final, la ovación fue estruendosa.

Respondió con una sonrisa triste e inclinando ligeramente la cabeza. Saludó a los primeros violines y miró al director, como implorando para que la acompañara fuera del escenario.

Él la entendió y marchó junto a ella.

Entre bambalinas, le dijo:

—Elena, llegaste a la cima del arte, lo que has hecho esta noche es sublime —le dijo Bernardo.

Hizo una pausa. La miró.

Los aplausos y bravos aumentaban.

—Debes volver. Te esperan —le pidió.

Elena vio a Vittorio, que tenía los ojos llorosos y con la mano le indicaba que regresara al escenario.

Volvió. La recibió una explosión de aplausos y gritos.

La orquesta la aplaudía de pie.

Le entregaron un ramo de rosas.

Caía una lluvia de flores que el público arrojaba.

Sus brazos caían a lo largo del cuerpo. Sus manos sostenían el violín y las rosas.

Parecía agotada, como si hubiera hecho un larguísimo recorrido a través de los rincones más negros de la existencia y los hubiera transformado en luminosos.

Dolorosamente luminosos.

El abatimiento

Desde el suceso de la madrugada del 14 de septiembre, Elena se había mostrado firme y segura.

Como si tuviera la responsabilidad de sostener a su familia y no se permitiera un solo gesto que insinuara su angustia.

En el camarín, pidió quedarse sola y avisó que no aceptaría recibir saludos ni flores.

Vittorio y Jean-Luc se encargaron de mantener a todos alejados. Se quedaron en el pasillo, como improvisados guardaespaldas, esperándola con cuatro ayudantes para formar un cerco a su alrededor e impedir que se le acercaran.

Vittorio golpeó a la puerta.

—No estoy lista —respondió.

Estaba sentada, mirando al piso.

—Vamos, Ele. En un rato, estaremos en el hotel. Nadie te molestará —le dijo Vittorio, a través de la puerta.

Siguió quieta, mirando el suelo.

Apartó la vista del suelo y se miró en el espejo.

—¿Qué te pasa, pendeja? ¿Te vas a quedar acá, como una boluda? ¿No sabés que te están esperando? Dejate de mariconadas —le dijo a la chica del espejo.

Agitó la cabeza como si fuera un perro mojado quitándose el agua.

Volvió a hablarle a la chica del espejo:

—Dale, pendeja. Una sonrisa para la foto.

Respiró hondo. Soltó el aire con fuerza.

Sonriendo, abrió la puerta.

El renacimiento

Vittorio consiguió sacarla del teatro evitando a la prensa.

Se encontraban alojados en el histórico Hotel Sofitel Legend The Grand Amsterdam, que tenía el estilo justo para satisfacer los refinados gustos de Vittorio.

Elena fue a su suite y pidió Coca-Cola y un sanguche.

Llevaba varios días comiendo solo sanguches.

Vittorio la despertó pasado el mediodía.

—Ele, ¿cómo amaneciste?

—¿Amanecí? —dijo, con ironía y la voz muy débil.

—¿Sabes que la crítica ha dicho que el de anoche ha sido un concierto que nadie podrá olvidar?

—Se ve que no salen mucho de la casa.

Vittorio siguió como si no hubiera escuchado.

—Ya no dicen que eres la mejor violinista de este tiempo. Ahora, afirman que eres la mejor violinista del siglo veinte y, en su columna, Gottler escribió que, quizás, lo seas de la historia de la música. Era hora de que se dieran cuenta.

—Quiero un café con leche y pan con manteca.

—Ele, vayamos al salón comedor. La comida es de la mejor.

—No me parece que vaya a levantarme hoy.

—La prensa quiere entrevistarte. Me pidieron notas hasta de la *Gazette dello Sport*.

Elena sonrió sin ganas.

La Gazette solo se ocupaba de deportes.

—A los periodistas, dígales que me internaron en una clínica por una sobredosis de heroína.

—Eso les gustaría. ¿Nos presentamos en Viena?

Ella afirmó moviendo la cabeza.

—Mientras dormías, Rubinstein llamó por teléfono. Te dejó un consejo.

—¿Qué dijo?

—Toca y volverás a ser feliz.

El taburete

Cuatro años antes, Elena conoció a Arthur Rubinstein.

Vittorio y Jean-Luc le contaron que tocando la *Apassionata*, de Beethoven, durante el *presto fortissimo*, se rompió el taburete y estuvo a punto de caerse al suelo, pero pudo terminar la pieza en cuclillas.

Le dijeron que no se lo mencionara porque había sido un muy mal momento para él.

Cuando los presentaron y él la elogiaba, lo interrumpió

—Che, me contaron que se rompió el taburete y te caíste de culo al piso en Eindhoven. Qué papelón hiciste.

La miró algo desconcertado.

Elena agregó:

—Me dicen que terminaste la *Apassionata* arrodillado y que no pegaste una nota.

Elena soltó una carcajada. Rubinstein se rió, también.

—Ya me hablaron de ti. Es una lástima estar casado y no tener veinte años menos —dijo.

—Para estar conmigo tendrías que tener cincuenta menos.

Se hicieron amigos y se divirtieron durante los ensayos para el memorable concierto que dieron en París y en la grabación del disco que tuvo récord de venta en el género clásico.

En uno de los ensayos, Rubinstein, sentado al piano, le dijo:

—Ven, Elena, toquemos a cuatro manos.

Ella cambió la expresión de su cara.

Seria y, de manera cortante, respondió:

—No.

Rubinstein la miró extrañado.

Elena nunca usaba un tono como ese para hablar.

En segundos, entendió.

Para sacar a Elena de donde la había metido, dijo:

—Tú sigue masacrando ese violín. ¿Sabes que el asqueroso de Antonio Stradivari los meaba para darles el acabado final?

—Cuando Bechstein hizo el piano para Liszt, le dio el toque final cagando arriba del teclado, para darle mayor firmeza. Ese es el secreto de los Bechstein como el que estás tocando. En las fábricas Bechstein siempre hay un empleado gordo con un culo enorme que caga en las teclas.

Rubinstein se rió con ganas.

Bocados

Vittorio repitió:

—Te levantas y vamos juntos a comer.

Elena se sacó las sábanas de encima.

Levantó las piernas y se miró los pies.

—Tengo que pintarme las uñas. No puedo salir así. ¿Y si se me tuerce el tobillo y tengo que sacarme la zapatilla y la media? Mi mamá siempre me dijo que no hay que andar con las patas sucias.

—De estar tu mamá te metería los ravioles en la boca con una cuchara. Te espero en el restaurante.

—Pídame café con leche y pan con manteca.

—Es hora del almuerzo. Y debes dejar de comer solo sandwichs. Hoy comerás como se debe.

Elena se levantó.

Vittorio la vio ir al baño.

Pensó que toda la fuerza del universo se había metido en el cuerpo de esa chica de un metro sesenta y dos y cuarenta y ocho quilos de peso.

Las maldiciones

Y, otra vez, Anne Darnell, la periodista del *Time*.

No se le escapó que Elena había interpretado *Märchenbilder op 113*, de Schumann, en su último concierto antes de la tragedia familiar.

Años antes, había escrito una famosa nota sobre la coincidencia de las fechas de nacimiento de Elena y Clara Schumann.

Con la habitual habilidad de los periodistas para escribir falsedades, había conseguido vincular el dedo anular paralizado de Robert Schumann y la lesión en el dedo anular de Elena, por entonces, niña prodigio.

Con este nuevo material, podía llevar la «maldición de Schumann» hasta donde su imaginación quisiera.

Desde el concierto en Italia, antes del vuelco del Lancia, Elena no había vuelto a tocar Schumann.

Como un desafío (escribió Anne), volvió a hacerlo, cerrando el concierto en el Carnegie Hall.

Días más tarde, su padre mató de un tiro a un adolescente, amigo íntimo de su hijo, suicidándose, después.

Las horas

Anne consiguió darle un toque interesante a la historia inventando que el hecho ocurrió casi tres horas antes de la hora en que ocurrió.

De este modo, el drama no se desarrolló el 14 de septiembre, sino el 13, día del cumpleaños de ambas.

Y a la hora exacta en que ambas nacieron, las 23.30.

Los lectores no tenían la menor idea de qué hora era en Argentina. Ni sabían dónde quedaba ese país.

Los lectores no desconfiaron de una historia tan extraña.

Como en todos los mitos, algo era cierto y el resto, falso.

Y lo falso siempre resulta más interesante que la realidad.

Anne afirmó:

La maldición que cayó sobre la Gran Elena Brozovsky no ha podido vencer su temple. Es una mujer que lucha contra el destino y los prejuicios sociales. Con su inmenso talento se abrió paso alcanzando la cima en un mundo dominado por hombres.

La nota convirtió a Elena en un ícono de las feministas.

La frase «alcanzando la cima en un mundo dominado por los hombres», fue suficiente.

Así, Elena, con su talento, su vida y su leyenda, llegó a ser más famosa que María Callas.

Las tragedias

Como si soplara sobre un castillo de naipes, el destino se ensañó con Elena.

Estaba decidido que Alida, Gastón y Mateo viajaran a París, para las fiestas de fin de año.

Elena los esperaba al día siguiente, tres días antes de la navidad, pero recibió un llamado cerca de la medianoche.

Estaba en su cuarto, en la Royal Suite de Le Meurice.

Cuando no se quedaba en casa de Jean-Luc, para estar con sus familiares, Vittorio reservaba buenos cuartos y para ella, la Royal Suite. Decía que si la suite había sido usada por Alfonso XIII y el Príncipe de Gales, con más razón debía ocuparla Elena, que era más grande que todos ellos.

Elena había mirado por televisión una vieja película, *El muelle de las brumas*, de Marcel Carné.

Iba a ducharse cuando atendió el teléfono de mala gana.

Era su hermano Gastón.

Otra vez, la niebla la envolvió.

Soltó el teléfono, sus piernas se doblaron y cayó de rodillas al suelo.

Su cuerpo se inclinó hacia adelante, como un muñeco desmembrado. Su frente tocó el piso.

Se quedó quieta.

¿Cuánto tiempo?

Pudieron ser unos segundos, unos minutos o unas horas).

Al fin, como si hubiera juntado los pedazos de sí misma, se puso de pie.

Se vistió.

Dios unos pasos.

Se agachó a atarse los cordones de las zapatillas.

Abrió la puerta de la suite, la cerró con delicadeza, caminó por el largo y suntuoso pasillo, descendió por la escalera.

Movió la cabeza saludando a los empleados del hotel que se cruzaron en su camino.

Salió a la Rue de Rivoli, miró hacia las Tullerias. Tomó un taxi.

Al escuchar el timbre, Jean-Luc se levantó del sillón.

Con Vittorio se estaban riendo, criticando a gente conocida.

Habían bebido mucho champagne.

Cuando abrió la puerta y vio la cara de Elena, su sonrisa se borró como si le hubieran dado un manotazo.

No alcanzó a decir una palabra.

Elena, con la cabeza gacha, le dijo:

—Tío, se murió mi mamá.

Lo inesperado

Alida se había mudado a uno de los departamentos que Elena compró para sus hermanos.

Mateo pasaba casi todo el tiempo con ella, no quiso volver a la facultad ni rendir los exámenes finales.

Gastón no dejó de ir a la escuela y terminó el secundario. Los profesores, como si se hubieran puesto de acuerdo, hicieron lo que debían hacer: lo alentaron poniéndole notas algo inmerecidas y que lo dejaban sin materias pendientes.

Era bachiller y podría comenzar el profesorado de gimnasia.

Él y Laura estaban encerrados en el dormitorio escuchando a Lennon, que había grabado *Imagine* en un disco simple.

Mateo hojeaba la revista *Siete Días*, sentado en el living.

Coca sacaba los canelones con salsa del horno.

Alida fue hacia la heladera a buscar la bebida. Dejó la puerta de la heladera abierta. Dio un paso para atrás.

—Coca... —dijo.

Alida se agarró la cabeza.

—¿Qué le pasa, señora?

Alida cayó como si hubiera sido fulminada.

—¡Gastón! ¡Gastón! —gritó Coca.

Mateo alzó la vista mirando hacia la cocina.

Lennon terminó de cantar *Imagine*.

Gastón pudo escuchar los gritos de Coca.

Estaba recostado en la cama. Laura le acariciaba el pelo. La apartó. De un salto se puso de pie.

Corrió a la cocina.

En el piso, Alida estaba muerta.

Un derrame cerebral la mató en menos de treinta segundos.

Sin ningún aviso. Como suelen ocurrir estas cosas, cuando la vida es vencida por la muerte.

Los cielos

El periodismo fue a esperar a Elena al aeropuerto.

Vittorio sacó pasajes para un vuelo que llegaba a Ezeiza.

Pero viajaron desde Francia en un avión particular que descendió en el aeropuerto militar de Morón.

La embajada italiana se encargó de facilitar el trámite.

Algo parecido haría al regresar: impedir que se acercaran a Elena comprando pasajes para un vuelo de línea y regresando en el mismo avión privado.

Después de terminar lo que debía hacerse, Elena quiso volver a París.

Apenas el avión despegó y se niveló, ella se quitó el cinturón de seguridad y les dijo a Vittorio y a Jean-Luc:

—Nunca voy a volver a Argentina.

—Sí, Ele, lo que tú quieras —le respondió Jean-Luc—. Ahora, trata de dormir.

—No voy a dormir. No quiero soñar.

Resistió el sueño tanto como pudo.

Sus ojos terminaron cerrándose.

Soñó con Lupo.

Ella entraba en la vieja casa y el perro corría hacia ella.

Todavía era un cachorro de once meses.

Lupo se ponía en dos patas, como si la abrazara.

Luego, caminaba junto a ella, moviendo la cola y parando las orejas.

Había un bizcochuelo enfriándose sobre la mesada de la cocina. Elena se lo daba entero a Lupo.

El perro lo comía en unos pocos bocados.

Al terminar, le refregaba el hocico por las manos, moviendo agitadamente la cola.

—No te limpies en mí —le decía.

Lupo la tomaba de la manga del pulóver y la obligaba a seguirlo. Salían al patio.

En la mesa de la galería, estaban sentados Boleslaw y Alida y se veían muy jóvenes.

Mati y Gastón eran niños pequeños.

Todos parecían muy contentos.

Se despertó con una sonrisa.

Vittorio y Jean-Luc dormían en sus asientos.

Abrió el postigo de la ventanilla y vio una infinita cantidad de estrellas extendidas a lo largo del cielo oscuro.

Por unos segundos, algo que bullía en su interior le oprimió el pecho y trepó a la garganta, como una mano que la estrangulara. Tragó saliva con esfuerzo.

Buscó un chicle.

Lo metió en su boca y masticó.

Cerró la ventanilla.

Alejandro – 1972

El embarazo

Durante años, su padre sufrió una grave enfermedad que lo destruyó hasta vencerlo por completo.

Alejandro era un adolescente cuando ocurrió.

Entendía a Elena y sentía la impotencia de querer hacer algo por ella y no poder.

Sabía que ella estaba sola con su dolor. Aunque la rodeara un millón de personas, estaba sola.

Nadie más que ella había sentido cómo la vida ponía un gigantesco clavo en medio de su pecho y lo había golpeado con un martillo.

No conforme, sin piedad, enterró más profundo el clavo con otro golpe.

Como todos los días, casi todo el tiempo, pensaba en Elena.

En un rato, llegaría Eva. Hubiera preferido que no lo hiciera.

Necesitaba estar solo.

¿Se lo diría?

Miró el reloj.

Fue hacia el tocadiscos y sacó el disco de Elena.

Puso uno de Joan Báez.

No quería compartir la música de Elena con Eva.

Lo hizo a tiempo.

Eva tocó el timbre del portero eléctrico.

Cuando entró al departamento, estaba pálida.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Estoy embarazada.

Elena – 1972

Las campanas

Después de las presentaciones de Elena en Londres, hizo declaraciones a la prensa que provocaron toda clase de reacciones adversas y a favor.

En un reportaje transmitido por la BBC, habló contra los soldados ingleses que asesinaron a sangre fría a catorce militantes que manifestaban desarmados en Derry, Irlanda del Norte.

A la vez, declaró en contra del IRA, que, en respuesta al incidente de Derry, asesinaron a civiles un mes después.

Dijo estar en contra de toda forma de violencia y a favor de dos principios básicos: libertad e igualdad.

—Nadie con un arma en la mano puede hablar de paz —dijo y agregó:

—Nadie tiene derecho a ocupar un territorio que no le pertenece. Me da igual que el ocupante sea la Unión Soviética o Gran Bretaña. Si algún británico se siente molesto porque una extranjera opina de su país, que lea a su gran poeta John Donne. Lo que le pase a un irlandés, un inglés o un africano es tan asunto mío como si le pasara a un vecino que conocí de chica.

Su fama crecía tanto como su dolor y angustia.

Se desangraba por dentro y solo la música conseguía sostenerla. Nadie, ni siquiera Vittorio y Jean-Luc, parecía darse cuenta de la intensidad de su dolor.

Los juegos

Tuvo romances con el fotógrafo italiano Ettore Lecuona, el escenógrafo holandés Kees Van Loo y con Alvaro de Souza, hijo del coleccionista de arte portugués Fernando de Souza.

Comenzó a beber vodka y a fumar puros en los restaurantes, después de la cena, y en los bares a los que iba.

Tuvo unas cuantas borracheras y en una de las más fuertes, en el pub Mayflower, en Rotherhite Street, terminó durmiendo a orillas del Támesis.

A comienzos de mayo, decidió grabar un disco con temas de rock acompañada por la Orquesta Sinfónica de Boston.

Vittorio no estuvo de acuerdo porque era de los que consideraba al rock una música ligera sin real vuelo artístico.

Lo tomó un poco de sorpresa que Elena hubiera hecho la orquestación sin nunca haber estudiado.

Al pensarlo mejor, no le resultó raro.

Elena compuso música desde los cuatro años, pero no quiso mostrar sus obras.

Las consideraba débiles.

Muchas veces, improvisaba scherzos y sonatas que se negaba a escribir diciendo que eran zonceras.

A Vittorio, todas esas piezas le habían parecido excelentes y no entendía la negativa de Elena a tocarlas en público.

—Maestro, esto es diversión, malabares técnicos. Fuegos artificiales. Cuando componga una música que lleve mi alma, voy a compartirla en un escenario. A lo mejor, otras almas sienten lo mismo y se reconocen en mi música.

Vittorio se había quedado mirándola en silencio.

Ella dijo:

—¿Qué me mira así?

Demoró unos segundos en contestarle.

—Eres tan... —le dijo.

—Tan, ¿qué?

No supo cómo expresar su admiración por ella.

Entonces, repitió:

—Tan...

El rock

De todas maneras, le hizo saber que estaba molesto por no haber dicho nada de lo que preparaba.

—Maestro, usted y el tío Jean hace cuatro horas que volvieron de Mónaco. Se fueron solos al festival para vivir una segunda

luna de miel. Comieron con Grace y Rainiero y ni se acordaron de mí. Así que no me haga escenitas.

—Sabes, la princesa Carolina, que ya cumplió quince añitos, quiere invitarte a pasar unos días en el palacio.

—Me tienen que arrastrar de las patas si quieren que vaya. Todos esos viven en una burbuja de pedo.

—No empieces con las diferencias sociales. Dime cómo pudiste hacer la orquestación en cinco días.

—Qué sé yo, maestro. Consígame la orquesta.

—No creo que sea una buena idea. De todos modos, no habrá problemas con la Boston Pops, se dedican a los temas ligeros.

—Esta vez quiero tocar con William Steimberg, antes que se retire, y la Sinfónica de Boston.

—Estás loca de hacer esto. No es lo tuyo. Eres una diva.

Elena lo dejó hablando solo.

Las repercusiones

El disco fue un suceso de ventas y críticas.

Las revistas *Rolling Stone, Melody Market* y *NME*, coincidieron en «el talento descomunal de Elena Brozovsky».

El crítico de música clásica Eric Vanhenn escribió:

El habitual ruido que producen estos conjuntos se convirtió en verdadera música con la Orquesta Sinfónica de Boston, di-

rigida por Steimberg [...] El mérito mayor recae sobre la notable orquestación de Brozovsky y su monumental interpretación en violín, viola y chelo. Solo la Gran Elena Brozovsky, podía conseguir que lo más bajo del arte alcanzara niveles tan altos.

Vittorio, que temía a una crítica que se encarnizara con Elena, se había puesto eufórico por el éxito.

Le leyó los comentarios con voz exaltada.

—Nada menos que Vanhenn escribió maravillas de ti.

Elena, sin dejar de pintarse las uñas de los pies, dijo:

—Hay que ser muy pelotudo para decir que es ruido la música del rock. Tipos como Vanhenn van a estar masticados por los gusanos, mientras la gente seguirá escuchando la música de Los Beatles y los otros chicos.

Vittorio se quedó callado.

Después de unos segundos, dijo:

—Tienes la especial habilidad de destrozar mi entusiasmo.

Las rocas

Elena aceptó presentarse en el anfiteatro de Red Rocks, entre las enormes rocas de las montañas de Denver.

Ella pidió que la orquesta fuera la Sinfónica de Denver.

Con un lleno completo, era inusual que más de cinco mil entradas, sobre una capacidad de casi diez mil, fuera comprada por gente joven.

El disco con temas de rock consiguió que un público ajeno a los conciertos de música clásica, fuera atraído por Elena.

El concierto fue transmitido en directo por televisión a través de PBS en Estados Unidos y retransmitido por Eurovisión a Europa y otros países.

El asunto era que en Red Rocks Anfitheatre se habían prohibido los conciertos de rock por los graves incidentes durante la presentación de Jethro Tull el año anterior.

Salió al escenario y fue recibida con un aplauso estruendoso.

Pidió un micrófono. Se paró de frente al público.

Levantó en alto su Stradivarius, y dijo:

—¡Este concierto está dedicado a Jethro Tull y a los chicos que tragaron gas lacrimógeno!

El público le respondió aplaudiendo y gritando como si estuviera en un recital de rock.

Elena se acomodó para tocar.

Miró a la gente.

Se hizo silencio. Ella sonrió.

Le guiñó el ojo al director y comenzó con el *Concierto Nº 3 para violín y orquesta*, de Mozart.

Al terminar y antes de tocar el *Concierto para violín op 14*, de Itzhak Barber, volvió a tomar el micrófono.

—¡Hey, a los que están fumando marihuana! ¡Por favor, soplen para otro lado! ¡Estoy comenzando a volar!

La aclamaron.

Sus dichos durante el concierto, presenciado por cientos de miles de espectadores sentados frente a sus televisores, provocaron polémicas.

Y escandalosas resultaron sus declaraciones en la primera conferencia de prensa que dio desde la tragedia de Buenos Aires. Fue improvisada en el Aeropuerto Kennedy, de New York.

Al bajar del avión y ver la cantidad de periodistas que la esperaban al llegar de Denver, le dijo a Vittorio que buscara una sala vip.

—Voy a hablar, Maestro —dijo.

(*Transcripción de la conferencia de prensa en el Aeropuerto Kennedy, el 31 de agosto de 1972*)

Pregunta: —En su concierto en Red Rocks, usted aceptó el consumo de marihuana.

Respuesta: —¿Qué te interesa más? ¿Las nubes del humo del napalm en Vietnam o un poco de humo que sueltan un par de tipos fumando hierba acostados en una plaza?

Pregunta: —¿Usted apoya la propuesta del candidato a la presidencia McGover para legalizar la marihuana?

Respuesta: —Lo que debe proponer un candidato a presidente de este país es el fin de la guerra de Vietnam y acabar con la pobreza. Lo demás son idioteces.

Pregunta: —Usted es una defensora de los derechos civiles. Creó una fundación de ayuda para niños del África, se la considera una líder de la lucha por la paz, los derechos femeninos y contra el racismo. ¿Qué la lleva a proceder de esa manera?

Respuesta: —¿Sabés que toco en un Stradivarius que cuesta millones de dólares? Me lo regaló el maestro Prosperi cuando cumplí dieciocho. Es un hombre con mucho dinero que ganó con el duro trabajo y el sacrificio... de su abuelo.

(Risas)

Respuesta (continuación): —Hace un par de años, estaba en Londres y decidí llevarlo a Christie´s para que lo subastaran. El maestro no me dejó. Era un regalo y no podía despreciarlo. Así que habrá que esperar que él o yo muramos para venderlo y donar el dinero. Tuvo que prometerme que lo haría si me convierto en arcángel. Digo arcángel porque por menos de eso no acepto morirme.

(Risas)

Respuesta (continuación): —Una minita como yo tocando un violín tasado en millones de dólares y, al mismo tiempo, niños muriéndose de hambre, ¿te parece bien? Y hago estas cosas porque no hacerlas me haría sentir una hija de puta. Y ya hay demasiados hijos de puta como para yo me sume a ellos.

Pregunta: —Usted no tiene pelos en la lengua, ¿a quiénes califica de esa manera?

Respuesta: —A las que se preocupan por lo que comen sus caniches y no el hambre de los pobres; a los que convierten a chicos en asesinos enviándolos a la guerra; a los políticos que gobiernan para sus intereses personales; a los científicos que inventan armas. Y todos los dictadores criminales que hubo y hay en la Tierra. Y por lo de los pelos en la lengua, te aviso que soy lampiña.

(Risas)

Pregunta: —¿Por qué siempre usa gorra, zapatillas y da sus conciertos descalza?

Respuesta: —Me siento cómoda andando en patas. No me gustan los zapatos. No tengo ni un par. Las zapatillas las uso porque no quiero andar descalza por la calle para no pisar escupidas y soretes de perros. Y los hombres dicen que las mujeres no tenemos nada en el cerebro. Y yo estoy convencida de que, a pesar de ser rubia, tengo dos neuronas, la gorra es para apretar la cabeza y que no se me caigan.

(Risas)

Pregunta: —Dicen que la gorra y las zapatillas son símbolos.

Respuesta: —Soy yo, no Bergman.

(Risas)

Pregunta: —Muchos la catalogan de maoísta y otros, de castrista. ¿En qué posición política se ubica?

Respuesta: —En la que haya libertad e igualdad. Nadie que impida pensar y actuar con libertad tiene mi simpatía.

Pregunta: —¿Puedo preguntarle por su padre?

Respuesta: —Mi padre era un polaco católico que peleó en la segunda guerra mundial, fue herido y condecorado. Una chispa saltó en su cabeza y mató a un chico inocente.

Pregunta: —¿Puede extenderse sobre el tema?

Respuesta: —Mi padre no tuvo otra razón para hacer lo que hizo más que sus idiotas creencias. Seguramente, creyó que Rody estaba infectando de homosexualidad a mi hermano. Solo un estúpido puede pensar algo así. Se metió la pistola en la boca y se voló los sesos. Era un católico ferviente y ese acto iba en contra de lo que creyó toda la vida.

Elena interrumpe lo que dice.

Toma agua. Agrega:

—Cuando mi padre mató a chicos de la edad de Rody en la guerra, le dieron una medalla. A lo mejor, le pareció que era lo que debía hacerse y le pegó un tiro a un buen pibe. Tuvo la suerte de que Dios no existe, de lo contrario habría terminado en el infierno.

(Murmullos)

Pregunta: —Usted suele estar con gente homosexual, ¿su padre se oponía a esto?

Respuesta: —Mi papá, por voluntad de mi mamá, ignoraba los aspectos de mi vida en los que estoy relacionada con homo-

sexuales, a los que quiero y siento parte de mi familia. En mi familia de sangre, mi hermano Mateo es homosexual y me siento muy orgullosa de él. La homosexualidad es algo tan natural como el embarazo de una mujer. A Rimbaud o Tchaicovsky , ¿se los conoce por ser homosexuales o por lo que escribieron o compusieron? La iglesia condena la homosexualidad mientras está llena de sacerdotes putos y pedófilos.

(Murmullos)

Pregunta: —¿No cree que algunas cosas que dice pueden ser mal recibidas por algunos sectores?

Respuesta: —Si a alguien le cae mal lo que digo, no me importa en lo más mínimo. Amo la libertad y la uso.

Pregunta: —Usted fue testigo de lo que ocurrió esa noche tan dramática. ¿Qué pasó con usted?

Respuesta: —El tipo hizo algo irreparable. Una de esas acciones que no se pueden disculpar. Hablo de haber asesinado a Rody, no de su suicidio. Ese es un asunto diferente. Pero ese tipo que hizo una estupidez tan, pero tan grande, para mí, era el mejor papá del mundo. Y lo extraño.

Pregunta: —Su madre murió pocas semanas después ¿cómo hizo para mantenerse de pie y no caer?

Respuesta: —¿Quién te dijo que no caí? Me estás viendo después de la caída.

Pregunta: —Falta poco para el aniversario de la muerte de su padre, ¿viajará a Argentina para visitarlo en el cementerio?

Respuesta: —Como te dije, el tipo aplastó todas sus creencias en unos minutos, por eso no creo que le hubiera importado lo que decidimos con mi hermano Gastón. Mis padres no están en ningún cementerio. Arrojamos sus cenizas al viento... A veces, cuando camino por la calle, siento sobre mi cara una brisa fresca, entonces, pienso que son ellos y me siento aliviada.

(Vittorio, sentado junto a Elena, le toma la mano, interviene).

Dice:

—Hasta aquí las preguntas. Creo que es suficiente. Muchas gracias a todos.

(Elena se levanta. Mira a los periodistas con sus ojos celestes llenos de reflejos vidriosos y en la boca una ancha sonrisa. Los periodistas la despiden con un aplauso).

Alejandro – 1972

El casamiento

A los seis meses de casarse con Eva, nació su hija Leticia.

Le tenía algo de cariño a la niña, pero la presencia de Eva en la casa le resultaba insoportable.

La veía cocinar, cuidar de la bebé, acomodar las almohadas.

El más insignificante de sus actos lo perturbaba. Como si no le perdonara alguna cosa. ¿Ser una chica común, una maestra jardinera? ¿No tener otra ambición que formar una familia e ir al cine de vez en cuando?

No lo sabía, pero cada día ella le resultaba más repulsiva.

Leticia tenía cuatro meses cuando se separó. Sintió alivio. Era como si se hubiera dado una ducha sacándose el barro adherido a su piel y la suciedad bajo las uñas.

En las siguientes semanas, pasó la mayor parte del tiempo escuchando los discos de Elena.

La música le resultaba un viento fresco en un día caluroso.

Decidió ahorrar dinero para viajar y volver a verla.

La idea le dio bríos y empezó a sentirse mejor.

Elena – 1972

Los chismes

—La crucé en la Rue Royale. Se puso un vestido de Dior con una cartera Chanel y zapatos Gucci, todo en negro. Bien *viuda* de Onassis —dijo Vittorio.

—No creo que vuelva a cantar —dijo Jean-Luc.

—Sería lo mejor. Hizo un papel lastimoso desde que se volvió loca por el griego.

—Acaba de entrar Ele. Ya empezó a saludar.

La habían estado esperando para cenar en Le Procope, en la Rue de l´Ancienne Comedie.

—Che, a ustedes nunca se los va a encontrar en Clichy o en Bobigny. ¿Tienen miedo de los marginados? ¿Les da miedo de que les contagien enfermedades venéreas? Retiro lo dicho. Tío Jean, me olvidé de Vigdis, ese marino islandés que te contagió el herpes.

—Nunca me hablaste de Vigdis —dijo Vittorio.

—Ni sé quién es Vigdis. ¿No la conoces a Ele?

—Basta de discusiones por celos a la hora de comer. Arreglen sus cosas cuando estén solos. Paul y Julie les mandan saludos. Tío, tenés que mandarles entradas para tu *Giselle*.

—Sí, quédate tranquila. ¿Están bien?

—Son felices. ¿Ustedes a quién le sacaban el cuero?

—A la Callas, que está completamente acabada —dijo Vittorio—. Acaba de mudarse a un piso en la Avenida Georges Mandel, cerca del Arco de Triunfo. Siempre fue una yanqui presuntuosa. Hasta se atrevió a decir que compararla con nuestra Tebaldi era como comparar el champagne con la Coca-Cola. Claro, el champagne era ella. Una engreída. Así quedó. Ahora no es ni un vermú.

—Trigésima vez que cuenta lo del champagne y la Coca-Cola. La Callas tiene una gran capacidad dramática, un registro amplísimo y una voz bellísima. Es la más grande soprano del siglo. Usted la odia porque echó a la Tebaldi de La Scala como si hubiera pateado a un perrito callejero —dijo Elena.

—¡La Tebaldi se fue porque quiso! —exclamó Vittorio.

—La Divina conquisto La Scala como Julio César las Galias.

—¡Es una mujer insufrible!

—La Callas es bella, apasionada y vivió un gran amor con Ari, ese griego precioso, con carita de niño mimoso.

Jean-Luc se rió.

—Carita de niño mimoso. Mi Dios, Onassis tiene una cara que parece una berenjena con ojos —dijo.

Elena siguió:

—Maestro, la Callas, al lado de la Tebaldi es como una Ferrari estacionada junto a un Fiat 600.

La dedicatoria

Elena, a la que le encantaba cargar a Vittorio, adorador de Tebaldi, no se detuvo.

Lo gracioso era sacar de quicio a Vittorio.

—La Divina es como una botella de Perriet-Jouët. No digo que la Tebaldi sea como una Coca-Cola. Es como una copita de jerez. Schwarzkopf dijo que nadie en el mundo podía cantar *La Traviata* mejor que la Callas —agregó Elena.

—¡La Tebaldi es única! ¡Una verdadera diosa! —dijo, casi gritando, Vittorio.

—Una diosa italiana como Rumina, la que protegía las tetas de las madres que daban leche. En cambio, La Divina Callas es una diosa griega, una Afrodita, diosa del amor y la belleza.

Jean-Luc, que se estaba divirtiendo a costa de Vittorio, decidió intervenir.

—No puedes ser tan tonto. Cada vez que hablas de ellas, Ele te toma el pelo con tu Tebaldi y nunca dejas de desencajarte. La verdad, me tienes harto con esa mujer.

—Bien, tío. Mañana podemos ir a visitar a *nuestra* María.

—Encantado. La adoro —dijo Jean-Luc.

—Perfecto, mientras tú ves a la Callas, yo voy a invitar a Rudi a cenar, aprovechando que está en París —dijo Vittorio

Jean-Luc se esforzó por sonreír.

Rudi era Rudi van Dantzig, al que odiaba.

Elena dijo:

—Como saben, no me interesan la Callas ni la Tebaldi. Prefiero a la yanqui Billy Holiday y la italiana Mina. Yendo a otra cosa. No voy a mencionar a Septiembre Negro y la masacre de Múnich, pero le pido, maestro, que arregle un concierto en Israel.

Vittorio se tranquilizó, se puso serio y dijo:

—Puede ser peligroso, Ele. Podemos esperar y presentarnos más adelante, cuando se haya apaciguado todo.

Elena lo miró fijo a los ojos.

Dos meses después, Elena tocó con la Orquesta Filarmónica de Israel en el Teatro Nacional Habima.

Dedicó el concierto a los once atletas asesinados por los terroristas palestinos en las Olimpiadas de Múnich.

La despidieron con una cena en su honor y la trataron como a una gran luchadora contra el antisemitismo.

Le preguntaron si tenía algún antepasado judío.

Respondió:

—Mi abuelo materno jugaba al dreidel con su vecino, el relojero Isaac. Mi abuelo murió antes que los fascistas destrozaran el negocio de Isaac y, más adelante, lo llevaran al campo de concentración de Fossoli di Carpi y de allí a Auschwitz. Después, nadie de Ancona supo nada de él ni de su familia. No tengo antepasados judíos, pero mi mamá me contó de Isaac y muchas veces lo recordaba. Por eso, aprendí a jugar al dreidel.

La casa

Cuando Elena decidió radicarse en Italia, le pidió a Vittorio que le comprara una casa en Florencia.

Elena no poseía ninguna propiedad y había considerado como hogares la casa de sus padres y villa Prosperi.

La única casa que había comprado era la que regaló a sus padres con todas las comodidades y a unas pocas cuadras de la anterior porque sus padres querían seguir en Flores.

Vittorio usó todos los argumentos para convencerla de seguir viviendo en su villa, pero ella se negó.

Precisaba de un lugar propio, donde pudieran estar sus hermanos. Por lo menos, Mateo, que se había quedado con ella y la seguía a todos los conciertos.

Gastón permaneció en Argentina. Vivía en casa de los padres de su novia y comenzó a estudiar el profesorado de gimnasia.

La casa de Flores fue vendida y al dinero lo usó Gastón para comprar un enorme departamento en Caballito, en el que iba a vivir con Laura después que se casaran.

El cachet

A fines de ese año, Vittorio le anunció que había conseguido una casa a poca distancia del Arno.

Al llegar, Elena dijo:

—¿Qué es esto, maestro?

—Tu casa, bambina.

—¿Esta casa compró?

—Sí. ¿Te gusta?

—¿Se volvió loco? ¿Usó plata de su herencia?

—Pero no. La compré con tu dinero.

—¿Y de dónde saqué yo la plata para comprar esto?

—Has ganado tanto dinero como para vivir diez vidas en la opulencia.

—¿Cuánto gano en un mes?

—Cobras por actuación y puedes pedir el dinero que quieras. Además de pasajes, hoteles y diversos gastos. Debes agregar los derechos por ventas de discos. En un año, ganas varios millones de dólares.

—¿Me está tomando el pelo, maestro?

—Claro que hay costos en los honorarios de tus contadores y abogados; los seguros, impuestos y lo que cobro yo, el cinco por ciento, según decidí, ya que querías darme el cincuenta. Era hora de que preguntaras por tu dinero.

—Ganar tanto dinero es una inmoralidad.

—Puedes quedarte tranquila. Las salas en las que actúas, al treinta por ciento del dinero que recaudan contigo lo reparten entre los pobres.

—Jajá. No se haga el gracioso.

El refinamiento

—Maestro, ¿por qué no está este dinero en la fundación?

—Me pediste que ahorrara para tu familia. También, pensé en tu vejez y me imaginé a una anciana sabia, con una corte de discípulos que la adoran. Vi a la anciana sentada en un lujoso comedor y a una de sus mucamas, una mulata haitiana, sirviéndole escargots.

—¿Usted cree que voy a comer caracoles? Ni mamada como esa asquerosidad.

—Para entonces, habrás refinado tu paladar. Y no es mi culpa que seas muy rica gracias a tu talento. Que yo sepa, no es un pecado ser rico. Eres una de las artistas más grandes de la historia de la música.

—Maestro, no me boludeé. Mire lo que compró. ¿Usted sabe que hay gente que vive en casas de lata y pisos de tierra?

Habituado a las arengas de Elena, Vittorio siguió hablando como si ella no hubiera dicho una palabra:

—Esta casa tiene la belleza y el señorío necesario para ser digna de ti. Eres la más grande del mundo y el sitio donde vivas tiene que ser merecedor de tu presencia. Las princesas viven en palacios. La más grande diva del siglo, va a vivir aquí.

—Déjese de romper las pelotas con andar diciendo que soy una diva.

La villa tenía un jardín de cuatro mil quinientos metros cuadrados. La edificación, de 1800, tenía tres plantas que cubrían mil seiscientos metros cuadrados de superficie edificada.

—Se volvió loco al comprar esta casa. Devuélvala o véndala.

—Nunca. Esta es Villa Elena. En doscientos años la visitarán como lugar histórico.

—Ni usted ni yo nos vamos a enterar. Esto es una muestra vergonzosa de la mala aplicación del dinero.

—Por tantas malas aplicaciones del dinero, existen Notredame o el David. Villa Elena será la casa de la Gran Elena Brozovsky. Y, con el tiempo, un museo de música.

—Le pedí que me comprara una casa. Una casa normal.

—Tú no eres normal y la casa tampoco.

Elena resopló por la nariz y dijo:

—Diga lo que diga, parece que no me conociera. Entremos a ver lo que compró. Y sepa que nunca voy a vivir acá.

El souvenir

Sin decir una palabra, Elena recorrió la casa.

En cada cuarto había un ramo de flores como bienvenida.

Vittorio la seguía en completo silencio.

Elena dejó para el final del recorrido la sala de música.

Entró.

Era la única habitación completamente vacía.

El resto de la casa estaba amueblada con gran calidez, como si quien la decoró se hubiera tomado el trabajo de pensar en todo lo que a ella le gustaría tener en tal lugar y tal otro.

La sala de música tenía las paredes pintadas de blanco.

La luz del sol que entraba por los enormes ventanales hacía más blanco el blanco y brillar las maderas enceradas del piso.

En cualquier parte de la sala en la que estuviera, podía ver el jardín con flores y árboles.

Los árboles y las flores que a ella le gustaban parecían haber sido ubicados para que combinaran con delicada belleza.

Elena caminó por el cuarto con las manos metidas en los bolsillos del saco que llevaba puesto.

Se detuvo unos segundos mirando el jardín.

Era una hermosa vista.

Masticaba un chicle.

Acomodó el chicle en la punta de la lengua, empezó a hacer un globo.

De pronto, reparó en el único objeto que había en el cuarto.

Dejó que el globo estallara, metió todo el chicle en la boca y lo pegó en una muela.

Había un clavo justo en el centro de la pared principal.

Del clavo colgaba un grueso hilo negro.

Se acercó.

No era un hilo.

Eran dos cordones de seda negra, unidos por un nudo.

—¿Y esto? —preguntó.

A su espalda, Vittorio, que se había quedado parado apenas al cruzar la puerta, a casi veinte metros de ella, le dijo:

—Son los cordones con los que até el arco a tu mano, cuando me pediste que te enseñara.

Elena miró fijamente los cordones.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

No lloró. Hacía años que no lloraba.

Ese tipo que tenía a sus espaldas había guardado durante catorce años un par de cordones como si fuese un tesoro.

Ese tipo buscó la que creyó era la mejor casa del mundo para que fuera de ella.

Eligió los muebles que ella hubiera elegido.

Se preocupó por el color de las paredes, que esos colores y cada detalle de la decoración fueran a su gusto.

Para que tuviera un sitio donde se sintiera segura, cómoda y tranquila.

Un sitio donde la luz del sol y el aroma de las flores del jardín cruzaran las ventanas inundando los cuartos.

Para que abriera la puerta y supiera que en el mundo entero no había mejor lugar para ella.

Sin apartar la mirada de los cordones colgados, supo que ese tipo le había conseguido un hogar

Elena – 1973

La cadena

Un mes después de mudarse a la villa, Mateo le dijo que se anotaría en el curso de escenografía de la Academia de Brera. Esto significaba que se mudaría a Milán.

A Elena no le parecía que Milán fuera un buen lugar para él. Durante el año anterior hubo revueltas en las calles, las Brigadas Rojas atentaron contra el *Corriere della Sera*, provocaron incidentes y secuestros. Pero aceptó sin decir nada en contra.

En definitiva, Mateo había empezado a estudiar ingeniería porque era lo que Boleslaw quería.

Ahora, estaba decidiendo por sí mismo.

La muerte de su padre cortó la cadena con la que estaba unido a él como un prisionero.

Mateo se había hecho muy amigo de Elio Canale, un poco menor a él.

Elio vivía y estudiaba en Milán, aunque toda su familia era de Florencia y la visitaba en las vacaciones.

Mateo compartiría el departamento del barrio Brera que Elio alquilaba. Como Gastón, todos los meses recibía una mensualidad enviada por Elena, mejor dicho, que Vittorio se encargaba de girar porque ella nunca se ocupaba del dinero.

Ese año, Elena regresó a Estados Unidos y pasó mucho tiempo tocando jazz en Village Vanguard, de New York, y en Green Mill, de Chicago.

Y habló mucho del golpe militar en Chile.

—Pinochet consiguió algo notable: que el presidente Allende pueda entrar en el libro Guinness como el único tipo de la historia que se suicidó de veinte balazos —dijo en un reportaje.

Cada vez que regresaba a Florencia, su casa se convertía en el centro de reunión de músicos del rock y el jazz.

Amanecían tocando y era habitual que muchos invitados dados vuelta se quedaran a dormir en algún cuarto o encima de los sillones. La casa quedaba llena de botellas de alcohol y colillas de cigarrillos desparramadas por el piso.

Elena podía soportar todo menos quedarse sin música. Se dormía escuchando música grabada en una cinta de seis horas de duración.

Tuvo un nuevo romance. Esta vez con Umberto Taglietti, el cineasta documentalista que ganó un premio en Montreal.

Elena se lo sacó de encima por drogón.

En esos días, terminó con las reuniones en la villa.

Se pudrió de soportar tipos comiendo sus propios vómitos.

No dejó de tomar vodka ni fumar puros, pero creció su desprecio por la marihuana y la cocaína después que su hermano Mateo fue internado por una sobredosis.

Al salir, Mateo pasó un tiempo en la villa y la acompañó en una gira. Se mantuvo limpio hasta regresar a Milán. No soportó que Elio lo dejara, se drogó con LSD y tuvo un intento de suicidio tomando valium.

De nuevo, fue internado, esta vez, por un largo período.

Elena – 1974

Los hermanos

Mientras Mateo estuvo internado, Elena recibió una carta de Gastón. Le confesaba haberse unido a Montoneros y no sabría de él y Laura por largo tiempo.

Elena dijo que era un pelotudo.

La violencia le resultaba un producto de la barbarie y la estupidez. Pensaba que nada debe imponerse por la fuerza.

Hacerlo era actuar como aquellos a los que se combatía.

Además, la asustaba la idea de que pudiera pasarle algo grave a su hermano.

Estaba demasiado lastimada como para seguir atada al poste recibiendo latigazos.

Cuando Mateo salió de su segunda internación, de nuevo, lo llevó de gira con ella.

En Bruselas, mientras Elena tocaba en el Palacio de Bellas Artes, Mateo fue a recorrer las calles y terminó tan dado vuelta que quedó tirado en el piso del baño de un bar.

Dos tipos lo arrastraron hasta un hotel de tercera clase y lo dejaron en el cuarto de una puta.

Los tipos habían encontrado una tarjeta del Hotel Amigo y le pidieron a la puta que llamara a Elena.

Querían sacarse el paquete de encima y evitar líos.

La puta dijo que Mateo se desmayó después de tener sexo y pidió el dinero de su trabajo. Vittorio le pagó de más. No le creyó una palabra, pero quería evitar el escándalo y que Elena lo pasara peor.

Cuando Mateo mejoró un poco, Vittorio le pidió que pensara en lo que estaba haciendo y cómo lastimaba a su hermana.

Mateo le dijo que no se metiera en sus asuntos y lo trató de viejo de mierda.

Ese fue el fin de la relación entre ellos.

Vittorio se convenció de que Mateo estaba perdido y que a mayor distancia estuviera de Elena, mejor sería para ella.

Lo que hizo de ahí en adelante fue darle dinero suficiente para vivir cómodo, pagar a sus chongos y comprar la merca.

Eso sí: debía mantenerse lejos de Elena.

La periodista

Salía a andar en bicicleta o a caminar. Encontraba algún bar y se sentaba a tomar un capuchino.

Los florentinos la conocían bien y la saludaban al verla.

Muchos turistas le pedían autógrafos y una foto con ella.

Oriana Fallacci, la periodista más importante de Europa, la encontró de manera casual.

Oriana era florentina, se hicieron bastante amigas y le hizo un reportaje muy comentado.

Eso fue cuando terminó de investigar el asesinato del escritor y cineasta Pier Paolo Pasolini y afirmó todo lo contrario a la versión policial, que tapaba la verdad de los hechos.

Poco después, su pareja, el político y poeta Alexandros Panagulis murió en un accidente.

Oriana estaba segura de que lo asesinaron.

Panagulis estuvo preso en Grecia por haber intentado asesinar al dictador Papadópoulos. Lo condenaron a muerte, pero ante la presión internacional, le conmutaron la pena, lo torturaron y terminó amnistiado.

La última pregunta que hizo Oriana en el reportaje fue:

—¿Cómo puedes tener tan buen humor después de todo?

Elena le contestó:

—Hace muchos años, di un concierto en el Hötorget, en Suecia. Los zapatos eran nuevos y me quedaban muy apretados. Toqué con dolor de pies. Pero nadie en la sala se dio cuenta. ¿Te contesté la pregunta?

Alejandro – 1974

El arribo

Alejandro llegó a Roma el día antes de la actuación de Elena en la Accademia Nazionale di Santa Cecilia.

En la Fontana di Trevi arrojó tres monedas por encima de su hombro y pidió el deseo. Se sintió un estúpido.

Era inevitable pensar en Anita Ekberg. Una actriz pésima que quedó en la historia del cine por una escena dentro de la fuente, en *La dolce vita*.

Fue a conocer el Coliseo, la Basílica de San Pedro y la Galería Borghese. Terminó cansado. Nada le interesó. Estuvo ansioso todo el tiempo, esperando que llegara el otro día.

Fue temprano a su hotel. Creyó que le costaría dormir. Le ocurrió lo contrario. En unos segundos, estuvo dormido.

Se despertó cerca del mediodía. Miró el reloj.

Se sintió inquieto. En unas horas, vería a Elena.

La espera

Con su habitual saludo con la mano en alto, Elena salió al escenario en medio de los aplausos.

Interpretó los cinco conciertos para violín que compuso Mozart. Ni siquiera parecía cansada.

Saludó a la orquesta, luego, al director.

Como siempre, fue al proscenio y dijo:

—Gracias. Que tengan una buena vida.

Salió de escena en medio de un largo aplauso.

Alejandro la esperó a la salida, pero, como pasó en París, Elena se fue sin que la vieran.

Mientras caminaba a un café donde pudiera ordenar los pensamientos (y los sentimientos) que, nuevamente, había agitado Elena con su música, decidió viajar a Florencia.

La búsqueda

El viaje lo hizo en tren después de pasar tres días recorriendo Roma. Al llegar a la estación Santa María Novella, preguntó por un hotel cercano y que fuera barato. Le recomendaron uno en la calle Cavour.

Le dieron un cuarto en el tercer piso, sin ascensor.

Las sábanas estaban limpias y había una ventana por la que entraba luz.

Dejó el bolso; fue al baño, en el final del pasillo; se lavó la cara y bajó por las escaleras.

El recepcionista leía *Tuttosport*.

—Scuzi, non parlo molto bene el italiano. Busco una casa y no sé cómo llegar. Una casa, ¿cómo se dice?

—Casa.

El recepcionista sonrió.

—Bueno, quiero encontrar la casa de una signorina que es violinista y que...

Acompañó lo que decía con el gesto de tocar un violín.

—¿Elena? —preguntó el recepcionista.

Él se sorprendió.

—Tu cerchi Villa Elena, ¿non é vero?

En una hoja en blanco, Luigi, el recepcionista, le hizo un detallado mapa del trayecto.

Al llegar a Piazzale Michelangelo, debía preguntarle a cualquier florentino que se encontrara por la zona dónde quedaba Villa Elena.

Llegó a la Piazza Poggi. Subió la rampa que conduce a la cima de la colina del Piazzale Michelangelo y, al alcanzar el centro de la terraza, pudo ver el Ponte Vecchio, el Duomo, Santa Croce, el Palazzo Vecchio y las colinas.

Miró el David y las otras réplicas de estatuas de Miguel Ángel.

Le pareció que era suficiente.

Ya había cumplido con la visita obligada de todo turista que llegara a la ciudad.

Lo único que quería era llegar a Villa Elena.

Su ansiedad iba en aumento.

Bajó las escalinatas con rapidez.

Le preguntó a un tipo.

—¿Villa Elena? —le respondió y, con ademanes ampulosos, le indicó cómo llegar, estaba muy cerca.

Caminaba por Viale Michelangiolo cuando pasó algo que el resto de su vida tomaría como una escena surrealista o absurda, ideada por Alfred Jarry

De manera imprevista, atrás de él un tipo gritó:

—¡Ciao, Elena!

Giró la cabeza al mismo tiempo que Elena, en bicicleta, respondía saludando con la mano:

—¡Ciao, Gianni!

Pasó a toda velocidad junto a él.

Si hubiera estirado el brazo, la habría tocado.

La oportunidad

Por unos segundos, le pareció que era el día siguiente de su encuentro con Elena en Saint Michel.

Estaba igual, con su estilo de vestir: jeans, zapatillas, gorra y un buzo amarillo.

La vio cruzar una reja abierta, pedaleando como si se estuviera entrenando para el Giro de Lombardía.

Se quedó petrificado. ¿Por qué no corrió atrás de ella?

Llegó a la casa.

Observó cada detalle de la fachada y del jardín.

Caminó yendo y viniendo frente a la casa, sin atreverse a tocar el timbre.

Se sentó en la vereda, apoyado contra el muro blanco con rejas negras.

Entró un Mercedes gris. Alcanzó a ver a un hombre mayor en el asiento trasero.

Casi una hora después, el Mercedes salió. Se puso de pie con rapidez. Vio a Elena junto al hombre. Ella iba hablando.

El auto tomó rumbo al aeropuerto.

Elena viajaba a Viena.

El psicoanálisis

—La tenés a tiro, basta con decir «che, piba» y frena la bicicleta. Vas de Roma a Florencia, pateás no sé cuántas cuadras para ir a la casa y no tocás el timbre. ¿Qué te pasó?

Dijo Edwin y lo miró con curiosidad.

—Los neuróticos quieren y no pueden —dijo Marcela.

—Como Marce es psicóloga, en vez de decirte boludo, te dice neurótico —dijo Edwin.

—Y sí, estuve muy boludo.

—A lo mejor no querías acercarte a ella —dijo Marcela.

—Viaja a Florencia para verla y no quería estar con ella, ¿y para qué fue? —preguntó Edwin.

—Fue a Florencia por una Elena que no existe. Una que él inventó. Inconscientemente, lo sabe. Cuando la tiene a unos pasos, sabotea el encuentro. Si la conociera mejor, ella podría ser nada más que una mina que toca bien el violín. Una ninfómana o una alcohólica que se la pasa vomitando. Estar con ella sería un riesgo. La imagen idealizada podría destruirse. A Ícaro se le quemaron las alas por arrimarse demasiado al sol. A lo mejor, Alejandro no quiere arrimarse demasiado a Elena para que no se derrita como cera.

—Mirá vos a la Marce. Te psicoanalizó —dijo Edwin.

—Ves a un tipo de lejos, está bueno. De cerca, huele a chivo. Puede que sea mejor no acercarse demasiado a nadie —dijo Marcela y sonrió.

Aunque sin ganas, Alejandro también sonrió.

Elena – 1975

El enamoramiento

Conoció a Léon en París.

Tenía una tienda de antigüedades en la Rue du Marché Pom-picourt. La había puesto su padre y, al morir, Léon se hizo cargo.

Tenía treinta y cinco años, usaba trajes hechos a medida y se había separado de su novia, con la que convivió cinco años.

Elena no compró nada en la tienda, pero salió con él. Léon fue el primer hombre del que se enamoró perdidamente.

Durante varios meses, pasó pocos días en Florencia y trataba que los conciertos no la alejaran mucho tiempo de París.

Léon le propuso vivir juntos en su piso en Le Marais.

En esos días, Elena visitó a Mateo en Milán.

Lo encontró demacrado, consumía droga en exceso y había abandonado en forma definitiva los estudios.

De Gastón no tenía noticias. Como le dijo Jean-Luc: eso era bueno. Lo malo sería recibirlas.

Todo era mitigado por su amor a Léon.

Estar con él, la hacía sentirse en un mundo distinto a lo que había conocido.

Era un experto en artes plásticas y un tipo elitista que solo frecuentaba lugares con gente como él.

Cuando Elena hablaba de Camboya, la caída de Phnom Penh y la llegada al poder de Pol Pot con los Jemeres Rojos, Léon la escuchaba con el mismo interés con que ella podría escuchar la receta para preparar espuma de salmón.

Eran tan distintos como Robespierre y Luis XVI, pero Elena lo veía distinto.

Todo lo que Léon hacía la parecía bien y estaba convencida de que, con el tiempo, dejaría de ser un tipo de ideas tan estrechas y cambiaría.

La novedad

A los siete meses de relación, Elena quedó embarazada.

Ninguno de los dos lo había buscado.

A ella la hizo inmensamente feliz.

No le pasó lo mismo a Léon.

Era la clase de tipos que no pueden estar solos y que nunca llegan a querer a alguien realmente.

Elena le servía para tapar el vacío y podía lucirse mostrándola como si fuera un Rolls Royce Phantom IV.

La desgracia que, como un buitre, rondaba a Elena resultó de gran ayuda para Léon.

Al entrar en el quinto mes, Elena se despertó pasado el mediodía. Léon había ido a trabajar. Estiró las piernas y sintió algo

húmedo. Levantó las sábanas. Le salía sangre de la vagina. Gritó llamando a la señora Moreau, que se encargaba de la casa.

—Tranquila, hija —le dijo—. No te asustes. No es nada, una pérdida común.

La señora Moreau pidió urgente atención médica por teléfono. Había sido madre de cuatro hijos y conocía bien esa clase de pérdidas. Las tuvo en dos abortos espontáneos.

Elena fue internada. Perdió al hijo.

El primero en llegar fue Jean-Luc. Entró al cuarto de la clínica. Elena tenía la aguja del suero clavada en el brazo. Estaba anémica y había recibido una transfusión de sangre. Su cara se veía más pálida que nunca.

Jean-Luc la tomó de la mano. Ella le dijo:

—Tío Jean, ¿viste lo que me pasó? No voy a ser mamá.

El juguete

Jean-Luc se esforzó por contenerse, pero viéndola tan frágil, tan indefensa, con los ojos abatidos e infinitamente tristes, la recordó cuando era una niña y, una tarde, en forma inesperada para él, le dijo:

—Tío Jean, ¿tomás conmigo chocolate con vainillas?

Era la primera vez que le decía «tío» y, a partir de entonces, Vittorio y ella fueron su familia.

Hizo un último esfuerzo, pero ya no pudo con su angustia.

—No llores, tío Jean...

—Mon petit...

Sostenía su mano, pero era incapaz de darle consuelo.

Él mismo estaba inconsolable.

Así los encontró Vittorio. Trató de decir algo, pero no pudo. Todo lo que hizo fue llevarse las dos manos a la cara y llorar.

—Oigan, maricones, soy yo la que tengo que llorar. Se nota que son grandes divos y me roban la escena.

Los hizo reír de forma nerviosa y breve, como un leve acceso de tos.

Vittorio consiguió reponerse.

Dijo:

—Bambina, todo esto es muy feo, pero va a pasar. Ya verás que Dios te ayudará y, un poco más adelante, serás mamá.

Elena cerró la mano y la movió delante de su cara, como si estuviera batiendo una coctelera.

—¿Saben? Ayer compré un sonajero. ¿Y qué hago ahora con el sonajero?

Intentó sonreír, pero lanzó un quejido, como el de un animalito que acaba de recibir un golpe mortal; su cuerpo tembló de la cabeza a los pies.

Apretó los dientes como si estuviera cortando una soga.

Cerró los ojos, los abrió, soltó el aire con fuerza.

Miró a Vittorio y a Jean-Luc.

Otra vez sonrió.

Esta vez, pudo mantener la sonrisa.

Dijo:

—Tráiganme una radio. Quiero escuchar música.

La valija

Una semana después de salir del sanatorio, seguía en reposo en el departamento de Le Marais.

Era una noche de otoño muy fría. Llamó a la señora Moreau.

—Por favor, madame, ponga en una valija la ropa necesaria. Usted sabe lo que uso. No se olvide de mis gorras. Del resto de mis cosas disponga usted como le parezca.

La señora Moreau no dijo una palabra.

Había visto el modo en que Léon salió del departamento.

Desde que conoció a Elena, sabía que este momento iba a llegar. Hubiera apostado que ocurriría mucho antes.

Hacía tiempo que trabajaba para Léon Blanche y cuando su hijo mayor le preguntó cómo era Elena, le contestó:

—Una hermosa mariposa que se quedó encerrada en una caja con una polilla.

La frase no era suya. La había leído en una novela de amor de las que escribía Elizabeth Girodet.

Nunca se la olvidó.

Era lo que sentía por sí misma y su marido.

Al enviudar, no había sentido ningún dolor; por el contrario, sintió que, al fin, se encontraba libre.

Esto le provocó un sentimiento de culpa. Superó muy rápido ese sentimiento al recordar cómo la pateó en el piso estando embarazada de cuatro meses, haciéndole perder al niño.

Elena discó un número en el teléfono.

—Tío Jean, vení a buscarme.

Media hora antes, Léon terminó de ajustarse el nudo de la corbata frente al espejo del dormitorio. Iba a una cena.

Elena, desde la cama, había seguido todos sus movimientos.

Léon le dio un beso en la frente.

Le dijo:

—Quédate tranquila, querida. En pocos días, ni te acordarás de lo que pasó. Cuando estés calmada, te darás cuenta que fue lo mejor para nosotros.

Elena demoró unos segundos en reaccionar.

Léon estaba a punto de salir del dormitorio.

—Un momento —le dijo Elena—. Mirame. Quiero decirte en la cara que sos un hijo de puta.

Elena – 1976

El proceso

En marzo, los militares derrocaron a Isabel Perón y tomaron el poder iniciando un proceso de torturas y asesinatos.

Elena buscó por todos los medios tener alguna noticia de su hermano. Nadie sabía nada.

En un mediodía del mes de julio recibió un llamado de Oriana Fallaci desde Miami.

Un periodista del *Buenos Aires Herald*, único diario editado en inglés en Argentina, se había exiliado en México perseguido por la dictadura. A través de él, Oriana averiguó sobre Mateo, como se lo pidió Elena.

Sabía que tenían algo en común: eran mujeres duras.

Fue directa al punto:

—Tu hermano está muerto. Lo mataron junto a otros dos, en un departamento de Villa Crespo. A la chica se la llevaron. Está desaparecida.

Elena dijo una sola palabra:

—Gracias.

Colgó.

Con la mirada fija en la ventana desde la que podía ver el jardín florecido, hizo un llamado.

—Maestro, mataron a mi hermano. En un momento, viajo a Milán para que lo sepa Mati. ¿Me acompaña?

El baño

Ese año recorrió las capitales europeas dando conciertos en los que alcanzó niveles insuperables.

La adversidad no la disminuía, sino que la fortalecía.

Compuso su primera sinfonía y una suite. Ambas fueron estrenadas al año siguiente por ella y la Orquesta Filarmónica de Viena, dirigida por Georg Solti.

Fue un suceso de público y crítica.

En la Sala Dorada del Musikverein, de Viena, estrenó *Sinfonía Nº 1 en si bemol mayor* (nombrada *Sinfonía A*, primera inicial de Alida) y *Suite para violín y orquesta en la menor* (*Lamento por L,* primera inicial de Lupo).

El influyente crítico Johann Mannheim escribió:

Con estas dos grandiosas composiciones, Elena Brozovsky entra en la categoría de los genios de la historia del arte.

Se encontraba en el pico más alto de su carrera y, al mismo tiempo, soportaba todo el dolor que llevaba encima.

Cada noche, llenaba la bañadera con agua tibia y permanecía acostada y con los ojos cerrados largo rato.

Imaginaba a Boleslaw, Alida, Gastón y Mateo cenando en la casa de Argentina donde vivió de niña. Lupo, echado junto a ella, masticaba un enorme hueso.

Los ojos

En París, se encontró con Rubinstein que, cinco meses antes, en mayo, había dado su último concierto en el Wigmore Hall, de Londres, y se retiró.

—Vos estás loco, Rubi. Apenas tenés 89.

—Casi no veo. Me quedé ciego. ¿Estás ahí o te fuiste?

—Si Ray Charles viera se hubiera hecho beisbolista. ¿Para qué querés ver si las notas se escuchan?

—¿Qué dijiste? Me parece que, también, me quedé sordo.

—No te levantés del sillón. Te vas a dar cuenta de que te quedaste paralítico.

Siempre que estaban solos hablaban en polaco.

Al despedirse, él la tomó de la mano y le dijo:

—Eres una artista única, pero lo más importante es que eres una gran chica.

Cuando regresó a la casa de Jean-Luc, él le preguntó:

—¿Viste a Rubinstein?

—Tío, ¿por qué tienen que sufrir los que no se lo merecen?

Jean-Luc asintió con la cabeza y se quedó en silencio.

Elogios

Ese año compuso el *Concierto para violín y orquesta en re mayor* y tres sonatas para violín y piano, que dedicó a Jean-Luc, Vittorio y Mateo.

Todas las obras fueron estrenadas por la propia Elena.

Henry Pleaseants, en *Internacional Herald Tribune*, escribió:

Elena Brozovsky desestabilizó las categorías estéticas y creó un extraordinario mundo emocional.

En los siguientes tres años, compuso una cantidad de obras que resultaba inusual para un período tan corto de tiempo.

En un reportaje, el periodista elogió sus composiciones.

Elena contestó:

—En unos años, nadie la recordará. La gran música ya está escrita mucho antes que yo naciera.

La tortilla

—En todos estos años, todavía no pude saber si Ele no tiene consciencia de quién es o si es la persona más humilde del mundo —dijo Jean-Luc.

—Acuérdate cuando tenía trece años y quería hacer tortillas. Se le rompían al darlas vueltas. El día que lo consiguió, llevó

la tortilla a la mesa y nos dijo: «Hice lo más difícil del mundo: dar vuelta una tortilla sin que se rompa».

—Sonrió de oreja a oreja cuando le dijimos que estaba exquisita y *perfectamente redonda*.

—Para Ele, hacer una tortilla era lo más difícil del mundo. La música le resulta tan natural como respirar. Nadie se ufana de estar respirando. Ele tampoco de ser una de las más grandes de la historia de la música. Así que es un poco de las dos cosas: no tiene consciencia de su grandeza y, además, es la persona más humilde del mundo.

Vittorio se quedó en silencio unos segundos.

—Hace poco, pensé que nunca la he visto llorar —dijo.

—A veces, pasa demasiado tiempo en el baño. Creo que se encierra para que nadie la vea llorando.

—Creía eso. No estoy seguro.

—Es una chica muy fuerte. Desde niña fue así.

—Es raro que una chica no llore. Ni siquiera al morir sus padres y su hermano. Ni al perder el embarazo.

—Sí, es raro —dijo Jean-Luc

Alejandro – 1976

El trabajo

Su madre volvió a casarse con un tipo que no le caía bien. Pero se había sacado una carga de encima.

Era hijo único y su madre se encargaba de hacerlo sentir culpable de alguna cosa y así mantenerlo bajo su dominio.

Al poco tiempo de enviudar, se puso de novia. Eso decía ella, en realidad, era la amante de un hombre casado.

Después de varios años, él terminó por separarse y se casaron en Montevideo. Nunca supo bien de qué trabajaba el tipo. Siempre creyó que era gerente en una empresa.

En junio, se enteró a qué se dedicaba.

El pasador

En la esquina de Córdoba y Callao, escuchó que lo llamaban. Dio vuelta la cabeza y lo vio acercarse sonriendo.

—Che, mirá qué bien que te vengo a encontrar —dijo Jorge.

Le dio la mano y unas palmadas en el hombro.

—Hay unos asuntos sobre los que tengo que hablar con vos. ¿Tenés tiempo para un café? —agregó.

Siempre vestía de traje, usaba camisas blancas y corbatas con pasadores dorados. Era alto y de espaldas anchas, con el pelo muy corto y un bigote grueso. En uno de los dedos llevaba un anillo de sello.

Se sentaron en el bar de la esquina, junto a uno de los ventanales que daban a Córdoba.

—Qué quilombo el tránsito a esta hora —dijo Jorge.

Había conocido en persona al Negro Galíndez y le preguntó si había visto el peleón que hizo con Richie Kates. Encendió un cigarrillo, tomó un trago de coñac, y, con una sonrisa, bajando la voz, le dijo:

—Abrite de Ledesma y de Bacigalupo.

Alejandro se sorprendió.

—Mirá, pibe, somos familia. La quiero en serio a tu vieja. Ledesma y Bacigalupo están metidos hasta las bolas.

—Explicame —dijo, bastante confundido.

—Te cuido, pibe. Quedate tranquilo, a vos no te va a pasar nada. Estás limpio.

—No sé de qué hablás.

—Yo sé lo que te digo. Haceme caso. Vos andás en eso de los libros, las traducciones. Con vos, todo bien, pero sacate de encima a esos dos giles y a otros que son medio amigos tuyos y los ves de tanto en tanto. Nadie de la facultad, pibe. Nadie. Si te digo nadie es nadie. ¿Me entendiste?

—Bacigalupo y Ledesma son profesores. ¿Qué hicieron?

—Son montos, pibe. Dale, eh. Abrite. ¿Entendiste, querido?

A la salida, Jorge le dio un abrazo y le palmeó la espalda.

—Venite una noche a comer. Tu vieja se va a poner contenta. ¡Ah, che, casi me olvido! Acá tenés esta tarjeta. No la pierdas, querido. Llamá cuando precises algo o si te para la cana. Preguntá por Romano.

—¿Y quién es Romano?

—Yo soy Romano.

—¿Tu apellido no es Drago?

—Vos preguntá por Romano.

Movió la cabeza y sonrió como si le estuviera diciendo:

—Qué inocente sos, pendejo.

Caminó por Callao, recién al llegar a Lavalle entendió que el marido de su mamá trabajaba para los servicios de inteligencia del Estado.

Inercia

No hizo nada. Sabía que no hizo nada. No trató de advertirles. Quince días después que habló con Jorge en el bar, Bacigalupo y Ledesma fueron secuestrados.

También desapareció Celina Jáuregui, que había salido con él antes de su relación con Eva. Se enteró por Edwin.

Esa noche, acostado en la cama, pensó mucho en ella.

Trató de concentrarse en otra cosa leyendo *El héroe de las mujeres*, de Bioy Casares.

Varias veces desvió la mirada. El libro no lo atrapaba.

Se levantó a juntar una pelusa del piso. Le molestaba ver pelusas tiradas. No era por una cuestión de limpieza. Muchas veces, escupía en el suelo o en las paredes y se quedaba mirando cómo la saliva chorreaba como la baba de un caracol.

Desistió de leer. Aunque intentó evitarlo, otra vez, pensó en Celina. No la había tenido en cuenta durante mucho tiempo y, ahora, no podía sacarla de su cabeza. Apagó la luz.

Volvió a encenderla. Recorrió el suelo con la mirada, asegurándose de que no hubiera otras pelusas.

La visita

Al día siguiente, visitó a su madre. Era el cumpleaños.

Le contó de lo que se había enterado.

—Claro que me acuerdo de Celina. Linda la mocosa. Pero si los padres no saben dónde está, seguro que algo habrá hecho.

Comieron los tres, acompañados por Raúl y Marta, unos amigos de Jorge a los que él no conocía. Daban la impresión de ser unos típicos burgueses preocupados por comer bien y que nadie los molestara con cosas raras.

Días después, tuvo otra opinión.

Cuando decidió irse, Jorge lo acompañó hasta el ascensor y vio que llevaba un libro y, en una bolsa de disquería, un longplay.

—¿Qué andás leyendo? —le preguntó.

—Una antología de cuentos norteamericanos.

—¿Y el disco? De tango, como para que me guste a mí, no creo que sea.

—Uno de Elena Brozovsky. La *Sinfonía en A.* y *Lamento por L.* Ella las compuso. Ya lo tenía, pero compré este que recién salió acá. Siempre tengo dos copias de los que graba. Los discos me los trae una azafata de Aerolíneas. Los consigue en Nueva York, donde aparecen antes que acá.

—Vos sos muy amante de la música clásica.

—Puede decirse que sí.

—A mí dame Troilo y Angelito Vargas.

—Son cosas distintas.

—A ver, che. ¿Me mostrás la portada?

Sacó el disco de la bolsa.

—¿Esta es? Linda minita. Zurda, pero no jode a nadie.

—No sé por qué lo decís.

—Porque es zurda. Una putita como todas estas. Es una loquita de mierda que habla al pedo mientras se rasca la concha. No como el hermano.

—¿Qué tiene que ver el hermano?

—Esto queda entre nosotros, eh. Somos familia, pibe, y sé que sos medio fana de esta turrita. El hermano era monto. Esta

trola tiene otro, que está allá, con ella. Es el puto al que se garchaba el putito de mierda que el viejo de esta conchuda hizo boleta. Y bien que hizo, ¿no te parece?

No dijo nada ni tampoco hizo nada. Aceptó darle la mano y que lo palmeara en el hombro diciéndole:

—Cuidate, querido.

De pronto, sintió una profunda aversión hacia Jorge por la forma en que habló de Elena.

Cuando estuvo en la calle, sacó el disco del estuche y tiró el estuche a la basura.

Compraría otro disco. Uno con un estuche que no hubiera manoseado ese tipo inmundo.

Estaba tan obnubilado por la rabia que ni siquiera se le ocurrió pensar en lo que Jorge había dicho del hermano de Elena, el montonero, del que habló en tiempo pasado.

Recién se dio cuenta al día siguiente.

—Hijo de puta —dijo en voz alta, en medio de la calle.

Elena – 1977

Los familiares

Regresó de Ancona. Su abuela había muerto a los ochenta y seis años. Estando con sus parientes, entendió que únicamente sentía como su única familia a Mateo, Vittorio y Jean-Luc.

Mateo era su hermano y Vittorio y Jean-Luc los que siempre estaban a su lado en los mejores y en los peores momentos. Cada vez que sufría un golpe, ellos la ponían en upa, como los papás a sus hijos.

Realmente, quería a esos dos tipos.

Cuando se quedaba en Florencia, en las noches iba a los clubes de jazz y rock de la zona de los Ufizzi o de Santa Croce. Esos lugares se llenaban de gente esperándola. Ella solo quería escuchar música, pero terminaba tocando con cualquiera que estuviera en el escenario.

Volvía a la villa al amanecer, después de tragar una botella de vodka. Al despertar, se encerraba en la sala de música y tocaba el violín, la viola o el chelo durante horas.

Mateo seguía en Milán. Vivía con Nicola, un chico de dieciocho años al que mantenía con la plata que le mandaba Elena. Consumía cuatro o cinco gramos de cocaína por día, marihuana y alcohol.

Pasaba el tiempo en bares con tipos que andaban como él.

Se había zambullido en un chiquero y tragaba barro.

La viajera

Tres días después de su cumpleaños, ensayaba en la sala de música de villa Elena.

Por uno de los ventanales, vio a Vittorio en el jardín.

No lo esperaba ese día, pero no pensó en ninguna cosa hasta que lo vio quedarse parado junto a un almendro.

Vittorio tenía las dos manos en el bolsillo y la mirada fija en el árbol.

—¿Qué pasa, maestro?

Salió al jardín con el violín en la mano.

Vittorio, sin darse vuelta, con la voz compungida, le dijo:

—Murió la Callas.

Para Elena fue como recibir una trompada.

—Dicen que se suicidó.

Elena no pudo decir una palabra.

Siempre dándole la espalda, Vittorio lloraba.

Murmuró:

—Pobrecita...

Esa noche, mientras cenaban, Elena le dijo:

—Maestro, usted es el hombre más bueno que conozco.

Alejandro – 1977

El crimen

Demoró dos meses en planear los detalles.

Consiguió un revólver 38 corto y seis balas.

Escuchaba los discos de Elena y su odio hacia Jorge crecía.

Una a una las palabras que había dicho repicaban en su cabeza como si le estuvieran martillando clavos.

También odió a su madre. La odió con toda su alma. Ella era un cómplice. Una porquería de persona.

Eso lo hizo sentirse bien. No tenía nada que ver con esa mujer que, alguna vez, había sido su madre. Esta era un pedazo de comida podrida tirada en un tacho de basura.

Con una peluca y un par de anteojos cambió su aspecto.

Un año atrás se había afeitado la barba.

Los militares la consideraban un signo de guevarismo.

Los sábados, Jorge y su madre salían a cenar.

Acostumbraban comer en un restorán de la calle Medrano.

Los esperó caminando por los alrededores.

Desde la esquina vio cómo Jorge maniobraba el auto para estacionar. No vaciló. Caminó con rapidez.

En el bolsillo de la campera llevaba el revólver.

Su mano lo sujetaba, su dedo estaba en el gatillo.

Su mamá abría la puerta y estaba a punto de bajar.

Jorge sacó las llaves del encendido.

Alejandro le disparó tres tiros.

Estalló el vidrio de la puerta.

La cabeza de Jorge cayó ensangrentada sobre el volante.

Su mamá gritó.

Él comenzó a correr.

Elena – 1978

El fútbol

A fines de junio, el asesinato de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, el mes anterior, pasó a segundo plano.

Lo único que le importaba a los italianos era que la selección de fútbol había perdido con Brasil y quedado cuarta en el mundial, que terminó ganando Argentina.

Elena se indignó al ver, en el día de la final contra Holanda, cómo todo el público aplaudió a la Junta militar en el estadio de River. ¿En qué pensaban esos idiotas?

En el palco de honor estaban Videla, Massera y Agosti, los tres dictadores asesinos de la Junta Militar, festejando haber ganado la copa.

—Argentinos de mierda. Lo único que les importa es irse de vacaciones y cambiar el auto —dijo.

—Calma, bambina. Aquí aplaudían a los gladiadores que se mataban entre ellos y eran felices viendo cómo los leones se comían a los cristianos —dijo Vittorio.

—Usted, maestro, se opuso a Mussolini y los camisas negras. La pasó mal, pero hizo lo que le dictaba la consciencia. Los argentinos, pasan la vida quejándose de todo y ahí los tiene, lamiendo las botas de los asesinos.

—Jean-Luc me lo quiso explicar, pero no puedo entender qué es el offside —dijo Vittorio.

—No me tome por tarada, ya sé que quiere cambiar de tema. Tío Jean lo único que sabe de fútbol es que unos tipos patean una pelota y todavía no entiende para qué la patean.

—Me gustaría entender este deporte. ¿En qué puesto juega Fangio?

Elena lanzó una carcajada.

—Y se salió con la suya —dijo.

Kiki

En París, con música de Elena y coreografía de Jean-Luc, se estrenó el ballet *Kiki de Montparnasse*, basado en la vida de la modelo de artistas, cantante y actriz, Alice Prin.

La música que compuso Elena incorporaba elementos del jazz, de la música popular francesa de principios del siglo y del tango. El ballet era en extremo audaz y desató una polémica. Pero fue un gran éxito de público.

La música sonaba diferente a lo conocido, rompía los cánones de lo clásico y parecía estar cincuenta años avanzada.

Jean-Luc creó una coreografía que, para muchos, fue escandalosa por el fuerte, pero refinado erotismo.

Nada mejor que ser escandaloso en París.

Eso asegura fama en todas partes.

En la noche del debut, durante todo el tiempo que duró el ballet, Elena tuvo dolor de estómago. Nunca le había pasado.

En las semanas anteriores, sintió molestias, pero esa noche el malestar era constante.

Síntomas

Terminó el concierto en la Ópera de Sidney sintiéndose mal.

Los dolores estomacales aumentaron, había adelgazado demasiado y estaba pálida, pero no aceptaba que los médicos la revisaran. Ella jamás se había enfermado y ningún médico la había atendido alguna vez.

Los dolores aumentaron en las semanas siguientes.

Al fin, Vittorio y Jean-Luc la obligaron a hacerse estudios en Londres, después de presentarse en el Royal Albert Hall.

Elena tenía cáncer de hígado.

Estaba ramificado.

Le quedaba menos de un año de vida.

Los secretos

Se negó a suspender conciertos y a realizar tratamientos.

Las continuas súplicas de Jean-Luc y Vittorio para que se tratara fueron inútiles.

Acabaron por desistir, aceptando su decisión.

Hizo los arreglos para que su hermano recibiera una mensualidad de por vida.

Puso Villa Elena a nombre de Vittorio, para que decidiera qué hacer con ella y le hizo jurar que subastaría el Stradivarius y el dinero se entregaría a la fundación Brozovsky, a la que ya había donado todas sus pertenencias.

Mantuvo en secreto lo que le pasaba.

Solamente Vittorio y Jean-Luc lo sabían y les exigió que no dijeran una palabra.

Nunca hablaba de la enfermedad ni les permitía a sus tíos que lo hicieran.

Cuando sentía dolores intensos, se inyectaba morfina.

Llegó a usarla varias veces al día.

Dijo que todo lo que deseaba era morir con dignidad.

Y pidió que respetaran su decisión.

Era su vida y la única con derecho a qué hacer con ella.

Elena – 1979

El estilo

A comienzos de año, Elena casi no podía sostenerse en pie.

Pesaba treinta y nueve kilos.

Por primera vez en su vida, usó maquillaje para ocultar las ojeras y cubrir la extremada palidez de su rostro demacrado en el que sus ojos celestes parecían brillar con mayor intensidad.

—¿Sabes lo que hizo Elena? —dijo Jean-Luc.

Vittorio suspendió la lectura del diario.

—Dime.

—Hizo colocar un arnés en la pared del cuarto de música para estar sujeta y no inclinarse. Me dijo: «El maestro Vittorio me enseñó así. Repetía que la posición correcta para tocar el violín es con la espalda recta, de pie o sentada».

Vittorio y Jean-Luc se quedaron mirándose a la cara.

Ninguno de los dos pudo decir una sola palabra.

El chiste

Tocó en la Scala de Milán con la Filarmónica della Scala y regresó a Florencia. Vittorio y Jean-Luc hacía meses se habían

mudado a Villa Elena para no dejarla sola en ningún momento. Ya no insistían en que hiciera el tratamiento y hacían un enorme esfuerzo para no mostrar la tristeza que los dominaba.

—Maestro, ¿puede conseguir un teatro acá, en Florencia? Usted y yo solos en escena. No se le ocurra organizarlo para el año que viene —le pidió Elena, que en ningún momento perdió su sentido del humor.

Vittorio no la hizo esperar.

—Tocamos en la Sala Grande del Teatro della Pergola, en diez días. ¿Te parece bien?

—¿Llegaré?

—Ele, claro que sí.

—Es un chiste, maestro. ¿Cómo lo voy a dejar ir solo?

Vittorio sonrió y le acarició el pelo.

—¿Quieres que empecemos los ensayos hoy mismo?

—¿No ve que ando con el violín en la mano?

—Por lo visto, no voy a poder leer el diario.

—Últimamente, anda hecho un vago. Se va a oxidar. Póngase aceite en los dedos y venga. Y cuando estemos en el escenario, no me salga con su próstata. Se mea encima, pero no vaya a interrumpir para ir al baño.

Vittorio sonrió. ¿Cómo hacía para mantener el buen humor con lo que le pasaba?

—Quédate tranquila. Voy a tomar las pastillas.

Se levantó y fue hacia la sala de música.

Cuando Elena se colocó el arnés para mantener erguida la espalda en el ensayo, sintió un nudo en la garganta.

La adoraba

Y a nadie había admirado como a ella.

Esa muchacha tenía en sus venas la pasión incontenible por la música.

Elena, la pasión y la música eran la misma cosa.

El dolor

Los mil quinientos asientos de la sala resultaron escasos ante la demanda de entradas.

Elena era el personaje público más querido de Florencia.

Todos la habían visto paseando en su bicicleta o caminando con las manos en los bolsillos de su saco, siempre con jean, zapatillas y gorra. Y nadie ignoraba que era una genia de la música y una celebridad mundial.

En el camarín, Elena pidió quedarse a solas.

Dijo que necesitaba concentrarse.

Al quedarse sola, se dobló hacia adelante.

Se tomó del vientre con las dos manos.

Apretó los dientes hasta que rechinaron; su cara se desfiguró.

El dolor era intenso, más intenso que nunca, como si le revolvieran las tripas con un cuchillo.

Buscó la jeringa y se inyectó morfina.

Sin soltarse el vientre, susurrando, cantó:

—¡Volare… oh oh! ¡Cantare… oh oh oh oh! Nel blue, dipinto di blue.

Cuando el dolor cedió, con un tremendo esfuerzo, se puso de pie. Sus piernas apenas la sostenían.

Tomó el violín.

Levantó la cabeza.

Se miró en el espejo.

—Estás hecha mierda, Elena. Vamos, pendeja, a dejarse de hinchar las pelotas. Hay que tocar —dijo.

Fue hacia el escenario.

Alejandro – 2014

El desconsuelo

Miraba la fotografía gigante que ocupaba la mitad de una de las paredes: Elena, con el teatro Colón a sus espaldas, tocaba el violín en la Plaza Lavalle.

Treinta y cinco años atrás, estuvo inconsolable durante semanas. Elena había muerto.

Supo que padecía una enfermedad mortal y, a pesar de eso, había tocado hasta ya no tener más que un resto insignificante de vida.

Una vez más, comprobó cómo sobrevivían los malvados y las buenas personas morían como si el demonio arrasara con toda la bondad existente sobre la faz de la Tierra.

Se sintió tan deprimido que comenzó a aislarse poco a poco. Trabajó lo indispensable para sostener sus gastos básicos.

Todo era injusto.

Había asesinado a un hombre y no recibió castigo.

La policía creyó que se trató de un crimen por venganza cometido por un subversivo.

Su madre no lo reconoció cuando mató a Jorge.

Meses después, dejó de verla para siempre.

Esa mujer ya nada tenía que ver con él.

Se alejó por completo de Eva y su hija. Vivió en Montevideo veinte años y regresó al morir su madre.

Heredó un departamento que vendió para comprar otro, al que se mudó.

Como el destino hace cosas extrañas, su vecina era profesora de piano. Daba clases a unos pocos alumnos y trabajaba en una escuela primaria. Apenas la saludaba al cruzarla en el palier.

Cuando la escuchaba tocar el piano, subía el volumen de la música en el aparato.

Era una mediocre pianista, una vieja insulsa que vivía sola.

Una más entre millones que ocupaban un sitio inmerecido en la vida. Esa vieja inútil estaba viva y Elena muerta.

¿Qué clase de justicia gobernaba la existencia?

Alejandro – 1982

Las flores

Viajó a Italia al acabar la guerra de Malvinas.

El único motivo de su viaje era conocer Villa Elena.

Vittorio Prosperi la había convertido en un museo de la música y era patrimonio cultural de Florencia.

La recorrió cuarto por cuarto, lentamente, como si quisiera memorizar hasta el mínimo.

En cada lugar, la imaginaba haciendo alguna cosa.

Se sentía profundamente emocionado y, varias veces, tuvo que controlarse para no llorar.

Al llegar a la sala de música, vio los cordones de zapatos colgados y no entendió qué significaban.

Le preguntó al guía de un grupo que recorría la casa.

Le respondió y añadió:

—Y esa partitura que usted ve en el atril, junto a los cordones, es el minueto de Bach que interpretó a la perfección sin haber tocado el violín nunca antes —dijo el guía.

—¿Le ató el arco a la mano?

—Hablamos de la Gran Elena Brozovsky, señor —dijo el guía y sonrió, no era necesario que dijera lo que Alejandro sabía:

—No era como nosotros.

Alejandro – 1994

El libro

Regresó a Florencia. Había leído hasta conocer de memoria cada palabra de *Mis días con Elena*, escrito por Vittorio Prosperi un año antes de morir, a los setenta y nueve años, en 1989.

Jean-Luc Béraud lo sobrevivió tres años y murió a los setenta y siete.

Mis días con Elena se convirtió en el libro de cabecera de Alejandro. Leyéndolo, se enteró del inmenso amor que ella había despertado en sus *tíos*.

Se sintió feliz por eso. Ella nunca había estado sola. A su lado siempre estuvieron ellos para cuidarla y protegerla en todo lo que pudieron.

Prosperi y Béraud vivieron hasta el final de sus vidas en Villa Prosperi. Algunas noches, comían en uno de los restaurantes cercanos al Ponte Vecchio y pocas veces abandonaron Florencia, como si no quisieran dejar sola a Elena.

Ella estaba en el Cimiterio delle Porte Sante, sobre una de las colinas desde la que se veía la ciudad.

Ahí, fue a visitarla nuevamente. Pero, esta vez, dejó un ramo de rosas blancas en el panteón de la familia Prosperi, donde estaban Vittorio y Jean-Luc.

Frente a la puerta del panteón, sintió que allí dentro estaban dos viejos y queridos amigos suyos. Como si el amor que todos ellos sintieron por Elena los uniera.

Al acercarse al panteón de Elena, rodeado de las flores frescas que los visitantes dejaban, comenzó a llorar.

Dejó el ramo de margaritas, las flores que ella prefería, y estuvo largo rato llorando.

Alguien lo tocó en el hombro y le preguntó:

—¿Sei il fratello di Elena?

Contuvo el llanto. Movió la cabeza negando.

Se fue. Quería estar solo. No soportaba a la gente.

Meses más tarde, supo de la muerte de Mateo Brozovsky.

Se suicidó cortándose las venas.

¿Quién quedaba de todos los que realmente la amaron?

Solo él, Alejandro.

Un tipo que pasó unos minutos con ella y que la amó para el resto de su vida.

Alejandro – 2014

Los retratos

Desde su muerte, se publicaron decenas de libros, centenares de artículos y se filmaron documentales sobre Elena.

Alejandro consiguió todo. Incluso copias de los documentales, videos y películas de sus conciertos y reportajes.

Reunió más de ochocientos álbumes con fotos, entrevistas y notas. Mucho de ese material le costó muy caro.

Los coleccionistas pagan grandes sumas por cosas que otros pagarían monedas.

Con ellos tuvo que lidiar y perdió todos sus ahorros para no dejar de tener algo que tuviera que ver con ella.

Su vista estaba fija en la gigantografía.

En otras partes de la casa había más de treinta fotos de Elena además de tres cuadros al óleo, dos acuarelas y cinco dibujos que encargó.

En su mesa de luz, tenía un portarretratos con la fotografía de Elena, a los veinte años, con su gorra, sonriendo despreocupada y los ojos llenos de ese brillo que perdió con las desgracias que vivió.

En el piso del departamento, había papeles, colillas de cigarrillos, corchos de botellas de vino, tapitas de cerveza, y sucie-

dad. La cama nunca tenía sábanas y se cubría con un acolchado mugriento. Las paredes estaban descascaradas y con enormes manchas de humedad.

Una lamparita sin pantalla colgaba del techo; en la cocina, un tubo fluorescente titilaba todo el tiempo.

La inocencia

Esa noche, escuchando el *Concierto para piano y orquesta Nº 2*, interpretado por Elena, en el momento en que giró la cabeza para mirar el retrato *Camille en su vestido verde*, hizo un descubrimiento.

Lo que descubrió esa noche era que Monet pintó a la mujer que lo acompañó gran parte de su vida, pero nunca la amó.

Al morir Camille, viéndola en el lecho de muerte, en vez de sufrir por ella, solo pensó en pintarla.

La pintó muerta.

¿En qué pensaba ese hombre?

Años después, volvió a casarse con Alice Hoschedé, viuda de su mecenas Ernest. No soportó la soledad, no amó a Camille más allá de la muerte.

Chopin compuso un concierto para una chica de la que estuvo enamorado en su adolescencia, pero por la que nunca sintió un auténtico amor.

De haberlo sentido, no hubiera podido estar con otras mujeres y jamás se hubiera alejado de Konstancia, como lo hizo.

Él, en cambio, el más mediocre de los hombres, el que ni siquiera había sido capaz de escribir un buen poema para Elena, la había amado en vida y en muerte.

La había amado con el amor más puro y sano. Sin el sexo que todo lo ensucia ni las bajas pasiones del egoísmo y los celos.

Eso sentía.

No había escrito una palabra que le importara a alguien. No tenía fama ni dinero. Hacía años que permanecía días enteros sin salir de su departamento, viviendo de su jubilación.

Carecía de amigos y nadie sentía amor por él. Pero él era el único hombre sobre la tierra que había amado realmente a una mujer y que moriría amándola.

Su amor por Elena era su obra maestra: el amor más sano y puro que puede sentirse por otro ser.

La pasión

Se sintió invadido por una súbita alegría.

Comenzó a reír a carcajadas.

Fue a la cocina y buscó una botella de vino.

La descorchó y bebió del pico.

En años no había experimentado la sensación de estar cargado de energía y la necesidad de liberarla, como en sus años de juventud, cuando escribir era su pasión.

Una pasión que se diluyó con el correr del tiempo.

En cambio, Elena era grandiosa por la pasión que sintió. Su vida, su música, la manera en que tocaba, eran la muestra de la pasión que experimentaba por todas las cosas de la existencia.

Elena había vivido apasionadamente, sin que ni en una sola hora la pasión la abandonara.

Esa pasión formidable la sostuvo en los momentos más terribles. La pasión la hacía distinta a todos.

La pasión y el modo de sacarla de adentro de su ser para volcarla sobre los hombres y transformarlos, por unos minutos, en seres buenos, alejados de toda maldad.

Esa maldad que retornaba a ellos al cesar la música.

La vecina

De repente, necesitó contar lo que había vivido con ella.

Era una necesidad incontenible.

Alguien debía escucharlo.

Nunca le había contado a nadie lo que sentía y lo que había hecho por ella.

Vestido con un piyama con mal olor y pantuflas, salió al palier.

Tocó el timbre en la casa de la profesora de piano.

La mujer miró por la mirilla. Entreabrió la puerta, sin quitar la cadena de seguridad.

—¿Necesita algo? —le preguntó.

Alejandro sonrió. Sus dientes se veían amarillentos.

—¿Sabe que conocí a Elena Brozovsky? —dijo.

—Qué bien. Yo también la vi tocar. Perdone, es tarde.

—¡No, no! Yo estuve con ella en París y en las barricadas de Mayo.

—¿Qué barricadas?

—Las del Mayo Francés, en el 68. ¿No sabe lo que pasó?

—Sí, sí. ¿Qué necesita?

—Le quiero contar de Elena.

—En otro momento, ya estaba en la cama.

—No. Le quiero contar ahora.

—Perdone, señor. Me levanto muy temprano.

—¡Oiga!

La profesora cerró la puerta.

—¡Vieja de mierda! —gritó—. ¡Vieja puta!

Volvió a su departamento.

Cerró la puerta de un portazo.

—¡Vieja hija de puta! —gritó.

Golpeó la pared con el puño, como si martillara.

—¡Maté a un hombre por Elena! ¿Sabe eso, vieja de mierda? ¿Lo sabe?

Puso otro disco de Elena. Subió el volumen al máximo.

—¡Escuchen, escuchen! ¡Eso es pasión! ¡Eso es talento! ¡Escuchen, es la Gran Elena Brozovsky!

Tomó casi media botella de vino de un trago.

El disco terminó. Él soltó el llanto. Todos los días lloraba.

Caminó por el cuarto.

Estuvo mucho tiempo yendo y viniendo.

Hasta que pareció agotarse.

Fue al dormitorio. Se acostó sin quitarse la ropa.

Tomó el portarretratos con la foto de Elena y lo puso sobre su pecho.

—Quisiera tener un largo, largo sueño en el que soñara con vos, Elena... Y nunca despertara.

Elena – 1979

La máxima

La ejecución era magistral, perfecta.

Hubo un momento en el que Vittorio sintió que Elena era toda la música de todos los tiempos.

Nunca la había escuchado tan grandiosa, llegando más allá de los límites que un ejecutante pudiera alcanzar.

En *Carnaval de Venecia*, de Paganini, Elena pareció una poseída. Tocó con toda su pasión, como si la envolvieran las llamas que brotaban de su violín.

Las llamas no nacían de su violín.

Nacían en su alma.

Y la estaba entregando toda.

El aplauso fue estruendoso.

Elena sonrió.

Sus piernas tenían un leve, casi imperceptible temblor.

Dio unos pasos hasta quedar junto a Vittorio.

En un momento, la magia de Elena haría posible lo imposible.

Eso es lo que verían todos los que se encontraban en el Teatro de La Pergola en ese sábado de mayo.

Y que no podrían olvidar en el resto de sus vidas.

El recuerdo

En voz audible solo para él, Elena dijo:

—Tío Vittorio, ¿te acordás cuando me dejaste sola en el escenario de Orsanmichele?

Vittorio vaciló

Nunca lo había llamado «tío» ni lo había tuteado.

—Por supuesto que me acuerdo, bambina.

Elena sonreía. Sus ojos estaban llenos de tristeza.

Parecía increíblemente debilitada.

Viéndola, Vittorio recordó la sonrisa de Elena al girar el cuerpo después de atravesar el jardín hasta la verja de entrada para decirle: «¿Vio qué actriz que soy?».

Sintió una profunda angustia.

—¿Te molestaría dejarme sola otra vez?

Vittorio vaciló.

De inmediato, dijo:

—El escenario es solo tuyo, Ele.

Se puso de pie apartándose del piano.

—Tio, por favor, llevate el violín.

Vittorio quedó confundido.

De pronto, entendió.

—Bambina... —murmuró; sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se retiró de la escena cargando el violín y, entre bambalinas, vio cómo Elena se sentaba frente al piano.

Hubo un prolongado murmullo en toda la sala y exclamaciones de sorpresa.

Luego, el completo silencio. Un silencio casi religioso.

Dio la impresión que nadie respiraba.

El reencuentro

Elena miró las teclas del piano, pasó sus manos sobre ellas, como haciendo una larga y delicada caricia a un viejo y querido amigo con el que se reencontraba.

Hacia veinte años que había tocado uno por última vez.

El piano, el instrumento que más había amado y del que se alejó cuando el destino, por primera vez, se ensañó con ella para llevarla a cumplir lo que tenía preparado para su vida.

Había compuesto música para todos los que amó.

Excepto para su padre.

Elena eligió la polonesa *Heroica*, de Chopin.

No debió ser una elección casual.

La pianista

Los espectadores se mantenían tan quietos que parecían maniquíes sentados en las butacas.

El silencio era total.

De pronto, la música estalló.

Las dos manos de Elena habían iniciado la imponente introducción. Sus dos manos recorrían el teclado llevando al extremo el tono heroico de la pieza.

Las manos de Elena y las teclas celebraron un pacto antes de que ella naciera y el pacto seguía en pie.

Sus manos podían hacer lo que ella quisiera.

Las teclas lo aceptarían.

Sus manos tocaban los potentes acordes arpegiados o el extenso interludio de acordes y modulaciones en la seguidilla de corcheas y semicorcheas con el máximo virtuosismo y las teclas cedían ante ellas para que Elena lograra la ejecución imposible: la ejecución perfecta.

Al llegar al epílogo, echando el cuerpo hacia atrás, alzó un instante las manos, haciendo el silencio.

Su cuerpo volvió rápidamente hacia adelante y sus dos manos cayeron con fiereza sobre el teclado.

Su mano izquierda cayó una, dos veces, sobre las teclas y sus dos manos juntas golpearon las teclas en el furibundo final.

En ese final, descargó toda su pasión, todo lo que en ella había existido de bueno y de malo, de ilusión y desencanto; de alegría y dolor.

Su vida entera, sus ansias de vivir, su valor frente a la muerte, habían estado en cada nota.

Toda su alma había quedado en los seis minutos y cincuenta y ocho segundos en los que, de manera excepcional y perfecta, la Gran Elena Brozovsky tocó *La Heroica*.

El volcán

Hubo un profundo silencio.

Luego, un estruendo.

Como la explosión de un volcán.

Los espectadores saltaron de sus butacas poniéndose de pie para entregarle la más extraordinaria ovación. La aplaudían golpeando sus manos con tanta fuerza que podrían romperlas.

Ella no solo les había dado una ejecución magistral.

Les había dado todo lo que tenía.

Se los había dado a través de la inconmensurable belleza de la música.

Les había dado su genio, su alma y su grandeza.

Las lágrimas

Elena se quedó sentada, la cabeza gacha.

Las manos quietas sobre el teclado, como si no quisiera apartarse de él. Lloraba.

Las lágrimas caían incontenibles por sus mejillas.

Vittorio llegó junto a ella. No podía hablar de la emoción ni contener sus propias lágrimas.

Ella, con la cara empapada por el llanto y la voz completamente debilitada, le dijo:

—Tío Vittorio... ayudame. No me puedo levantar.

Vittorio le pasó el brazo por la cintura. La sostuvo con firmeza. Sintió que tan débil estaba ese cuerpo que podría quebrarse con la misma facilidad que una fina copa de cristal.

Elena hizo un enorme esfuerzo para poner se pie.

El aplauso continuaba y crecía.

Gritaban su nombre.

Se detuvo frente al público.

Sonrió con tristeza e inclinó ligeramente la cabeza.

Vittorio volvió a tomarla por la cintura.

Elena salió del escenario caminando paso a paso, como si tuviera los pies atados uno con el otro.

Su cara estaba desfigurada por el dolor y el llanto.

El público no sabía que Elena acababa de dejar lo poco que le quedaba de vida y estaba muriendo en el escenario.

Jean-Luc, a punto de caer en la desesperación, ayudó a Vittorio a sostenerla.

Al dejarla en el camarín, completamente desencajado, corrió por el pasillo a buscar un teléfono.

Elena se quedó sentada en una silla.

Miró a la chica del espejo.

Le vio la cara mojada por las lágrimas.

Sonrió levemente.

Vittorio la tomaba de la mano.

Elena, con los ojos vidriosos y casi sin aliento, volteó la cabeza mirándolo. Con un hilo de voz, le dijo:

—Tío, ¿viste que toqué el piano?

Después, se desmayó. En la ambulancia, entró en coma.

El mensaje

Había nacido un 13 de septiembre, el mismo día lunes y a la misma hora en que nació Clara Schumann.

Quizás no había nada extraño y fuera casualidad.

Quizás, fue un mensaje que el destino envió.

Un miércoles 20 de mayo, murió Clara Schumann.

Un miércoles 20 de mayo, cuatro días después de su último concierto, en una soleada tarde en Florencia, murió la Gran Elena Brozovski.